



LA VIDA SOBRE UNA COLUMNA

VIDA DE SIMEÓN ESTILITA
ANTONIO

VIDA DE DANIEL ESTILITA
ANÓNIMO

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS
DE JOSÉ SIMÓN PALMER

EDITORIAL TROTTA

COLECCIÓN DE VIDAS

Teodoreto de Ciro
Historias de los monjes de Siria
Edición y traducción de Ramón Teja

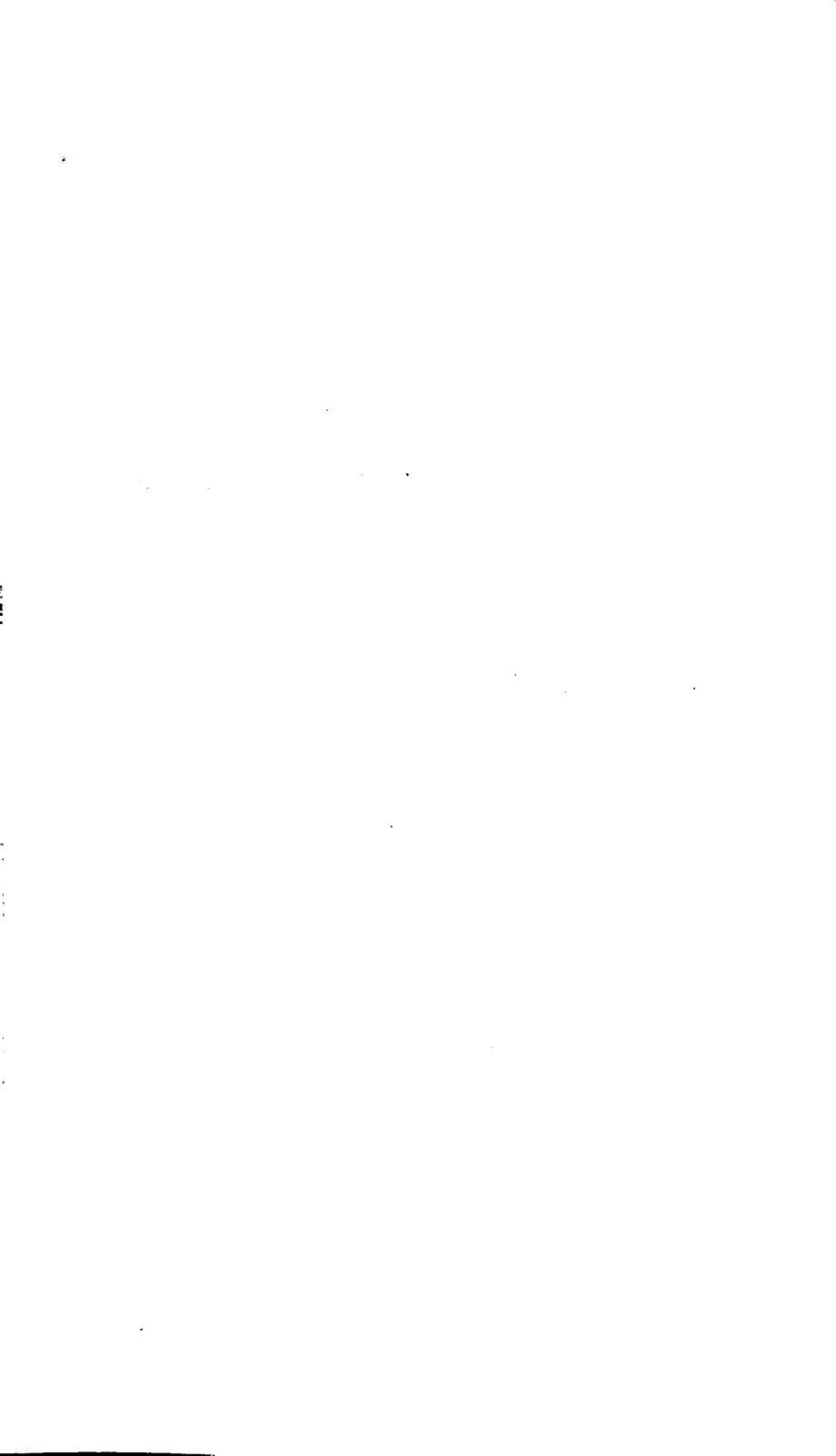
Marco el Diácono
Vida de Porfirio de Gaza
Edición y traducción de Ramón Teja

Vidas de los santos Padres de Mérida
Edición y traducción de Isabel Velázquez

Calínico
Vida de Hipacio
Edición y traducción de Ramón Teja

Gregorio Magno
Vida de san Benito y otras historias de santos y demonios. Diálogos
Introducción, traducción y notas de Pedro Juan Galán

La vida sobre una columna



La vida sobre una columna

Antonio
Vida de Simeón Estilita

Anónimo
Vida de Daniel Estilita

Introducción, traducción y notas de José Simón Palmer

E D I T O R I A L T R O T T A

La edición de este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de Investigación del FFI2011-29696-C02-01 del Plan General de I+D y desarrollado en el CCHS-CSIC.

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión - Colección de Vidas
Dirigida por Ramón Teja

© Editorial Trotta, S.A., 2014
Ferrer, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
<http://www.trotta.es>

© José Simón Palmer, 2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-9879-529-5
Depósito Legal: M-21975-2014

Impresión
Cofás, S.A.

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	9
I. <i>VIDA DE SIMEÓN ESTILITA</i> , DE ANTONIO	9
1. El estilita y las <i>Vidas</i> de santos	9
2. Simeón, el primer estilita	11
3. El autor y la obra	13
4. Las otras <i>Vidas</i> de Simeón	15
4.1. Teodoreto de Ciro	15
4.2. La <i>Vida</i> siriaca	16
5. Sinopsis comparativa	17
6. La columna y la reliquia	19
II. <i>VIDA DE DANIEL ESTILITA</i>	20
1. El Daniel histórico	20
2. El autor, la obra y las fuentes	22
3. Valor histórico	23
4. Un silencio enigmático	24
III. SIMEÓN Y DANIEL: LA VIDA SOBRE LA COLUMNA	26
1. Los seguidores de Simeón	26
2. Relaciones con la Iglesia	28
3. La columna	28
4. El recinto de la columna	30
5. Prácticas ascéticas y función social	31
6. Innovación y tradición	32
EDICIONES Y TRADUCCIONES	34
NUESTRA TRADUCCIÓN	37
BIBLIOGRAFÍA	38

LA VIDA SOBRE UNA COLUMNA

VIDA Y CONDUCTA DEL BIENAVENTURADO SIMEÓN ESTILITA	47
VIDA Y CONDUCTA DE NUESTRO SANTO PADRE DANIEL ESTILITA	67
APÉNDICE. TESTIMONIO DE EVAGRIO ESCOLÁSTICO SOBRE SIMEÓN ESTILITA (<i>HISTORIA ECLESIASTICA</i> I,13-14)	145

1917

1917

1917

1917

1917

1917

1917

INTRODUCCIÓN

I. VIDA DE SIMEÓN ESTILITA, DE ANTONIO

1. *El estilita y las Vidas de santos*

Un estilita era un asceta que vivía de pie en lo alto de una columna (*stylos*) sobre una plataforma de la que no se bajaba jamás, a no ser en caso de estricta necesidad o para subirse a otra columna más alta. El género de vida de los estilitas, inaugurado por Simeón (389-459), es una creación genuina del monacato de Siria, donde los ascetas se sometían a mortificaciones extremas desde el siglo IV, como sabemos, sobre todo, por las *Historias de los monjes de Siria* (ca. 444), de Teodoreto de Ciro: ayunos sobre-humanos, vigiliias interminables, ataduras con cadenas de hierro, exposición ininterrumpida a las inclemencias del tiempo, permanencia constante de pie sin dormir... Simeón, antes de subirse a su primera columna, se había ejercitado ya en todas estas prácticas ascéticas simultáneamente. Su aportación consistió en introducir como novedad única un accesorio que, por su particularidad, acabó convirtiéndose en el elemento principal. Hasta entonces había hecho la vida de un estilita sin columna.

Simeón pasó casi cuarenta años en lo alto de varias columnas sucesivamente y tuvo numerosos imitadores a lo largo de los siglos en el Oriente cristiano. El primero fue el también sirio Daniel (409-493). A sus cincuenta y un años se sintió llamado a seguir los pasos de Simeón, a quien conoció personalmente, y trasplantó su peculiar forma de ascetismo a orillas del Bósforo, junto a Constantinopla, donde el clima era más riguroso que en su Siria natal y el bullicio de la capital del Imperio romano de Oriente poco tenía que ver con las aldeas que rodeaban la montaña donde se levantaba la columna de Simeón. Murió a los ochenta y cuatro años.

Las dos obras mencionadas se inscriben en la tradición de las *Vidas de santos*, cuyo propósito era demostrar la santidad de los grandes as-

cetas, venerarlos salvándolos del olvido y edificar al lector exponiéndolos como modelo de vida. Dicha tradición se remonta a Atanasio de Alejandría, autor de la *Vida de Antonio* (356-357), escrita en respuesta a las biografías paganas de filósofos y «hombres divinos» (*theoi andres*), como la *Vida de Apolonio de Tiana*, de Filóstrato, la *Vida de Plotino*, de Porfirio, o la *Vida de Pitágoras*, de Jámblico. Al distinguir entre «hombre divino» y «hombre de Dios», Atanasio sustituyó al héroe pagano por un equivalente cristiano que era totalmente humano y, sin embargo, tan poderoso como cualquier «hombre divino». Tal y como lo describió Atanasio, Antonio, el primer eremita de la cristiandad, tiene rasgos reminiscentes de los «hombres de Dios» del Antiguo Testamento.

Aunque conservaban ciertas tradiciones de la biografía griega, las *Vidas* de santos constituían un género nuevo. A. Kazhdan¹ ha resumido sus aportaciones: un nuevo ideal de comportamiento basado en el rechazo de los valores terrenales a cambio de una recompensa futura en la otra vida; un nuevo tipo de narrador que comprendía y aceptaba su humilde posición en comparación con el santo; una nueva visión de lo legendario y lo milagroso como algo normal y ordinario, dentro de la esfera de influencia del santo; y un nuevo concepto del tiempo narrativo, entendido como una serie de episodios diferentes puestos uno tras otro sin pretensión de coherencia.

La hagiografía cristiana siguió la tradición griega de la biografía y el elogio (*enkomion*), pero también se combinó con otros muchos géneros: las actas de los mártires, los hechos apócrifos de los apóstoles, los apotegmas de los padres, la historia eclesiástica, la novela griega, los relatos de las curaciones de Asclepio... El héroe más frecuente era el «padre del desierto», que, en su aislamiento, luchaba contra el demonio intentando reconstruir el jardín del edén y anticipar el paraíso. Pero también había otros muchos tipos de santos: entre otros, el exorcista, la aristócrata piadosa, la prostituta regenerada, el mimo, la asceta travestida de hombre, el llamado «loco por causa de Cristo»... La hagiografía cristiana reflejó en sus inicios la espiritualidad de una sociedad amplia, emprendedora y compleja en la que había lugar para una gran variedad de contrastes: densidad de población y desierto, ciudad y campo, saber e ignorancia, cristianismo y tradición pagana, iglesia y circo, convento y burdel... En este contexto, las *Vidas* de Simeón y de Daniel aportaron un nuevo tipo de santo que alcanzó gran popularidad en la hagiografía bizantina.

1. Cf. *The Oxford Dictionary of Byzantium*, ed. A. Kazhdan, Oxford University Press, Oxford, 1991, s. v. «Vita».

2. Simeón, el primer estilita

Sobre la vida de Simeón Estilita se conservan tres testimonios antiguos: la *Vida* griega escrita por Antonio, que se declara discípulo del santo, traducida aquí por primera vez del griego al castellano [en adelante, *Vgr*]; el capítulo 26 de las ya mencionadas *Historias de los monjes de Siria* o *Historia religiosa* de Teodoreto, obispo de Cirro (o Cirro), que conoció y trató personalmente a Simeón; y la llamada *Vida* siríaca, escrita en esta lengua por los discípulos del santo pocos años después de su muerte [en adelante, *Vsir*]. El historiador Evagrio Escolástico habla también de Simeón en su *Historia eclesiástica* [en adelante *Hist. ecl.*] a finales del siglo VI, pero no aporta ningún dato biográfico relevante respecto a las fuentes mencionadas. La biografía del primer estilita ha de reconstruirse, pues, a partir de los tres documentos mencionados².

Simeón nació hacia el 390 en el seno de una familia campesina de la aldea de Sisa, en la frontera entre Siria y Cilicia, cerca de la actual Adana (Turquía). De niño cuidaba los rebaños de sus padres, que, según la *Vida* siríaca, eran creyentes y lo bautizaron. Carente de toda instrucción en materia de fe, un domingo entró por casualidad en una iglesia y sintió la llamada de Dios durante la lectura de unos versículos del Nuevo Testamento. Simeón se convirtió y decidió buscar a Dios en solitario. Según Teodoreto, pasó los dos años siguientes en un retiro cercano a su aldea en compañía de otros ascetas. En el 403 ingresó en el monasterio de Teleda, a 40 km de Berea-Alepo, donde vivió nueve o diez años (*Vsir* 110 e *Hist.* 26,5, respectivamente). Allí, sus excesos en la práctica del ascetismo provocaron su expulsión del cenobio.

Decepcionado de la vida en comunidad, Simeón abandonó en el 412 el monasterio y volvió sobre sus pasos hasta la aldea de Telanisos (hoy Deir Sem'an, en Siria), situada al pie de la montaña donde instalaría su columna, a unos 60 km al este de Antioquia y a 30 de Berea-Alepo. En Telanisos se mantuvo tres años encerrado en una pequeña choza, según Teodoreto, para establecerse después definitivamente en lo alto de la montaña, en el sitio que los árabes llamarían con el tiempo Qal'at Sem'an («castillo/fortaleza de Simeón», por sus fortificaciones medievales). En este lugar, entonces totalmente salvaje, se hizo construir un muro de cierre a su alrededor y, tras encadenarse a una roca, permaneció de pie y a la intemperie durante cuatro o diez años (*Vgr* 12 y *Vsir* 110, respectivamente). Permanecer de pie largas temporadas sin

2. Cf. Teodoreto de Cirro, *Historias de los monjes de Siria*. Introducción, traducción y notas de R. Teja, Trotta, Madrid, 2008 [en adelante, *Hist.*]; *The Syriac Life of Saint Simeon Stylites*, en *The Lives of Simeon Stylites*, introducción, traducción y notas de R. Doran, Cistercian Publications, Kalamazoo, 1992, pp. 101-198. El texto de Evagrio sobre Simeón y su santuario de Qal'at Sem'an está traducido *infra*, en pp. 146 ss.

moverse era una disciplina ascética habitual entre los monjes sirios, que en griego recibía el nombre de *stasis* («permanencia de pie»; en latín *statio*); los ascetas «estacionarios» adoptaban la inmovilidad permanente y estaban siempre de pie o dividían el día entre estar sentados y estar de pie.

La fama de taumaturgo de Simeón crecía y de todas partes llegaban sin cesar enfermos y peregrinos que deseaban tocarlo y recibir su bendición. Fue entonces, según Teodoreto, cuando, para huir de la gloria y del agobio al que le sometía la muchedumbre, decidió subirse a su primera columna, de 6 codos de altura. Era el año 422. Las siguientes columnas fueron cada vez más altas hasta llegar a la última, que según Antonio fue la tercera y según las otras dos fuentes, la cuarta. Su altura era de 36 o 40 codos³. Hoy día se puede ver su base y el tambor inferior entre las ruinas de la gran iglesia cruciforme de Qal'at Sem'an, construida después de la muerte del santo en torno a su columna; formaba parte de un enorme complejo arquitectónico, el mayor del mundo cristiano durante mucho tiempo.

Las hazañas ascéticas del estilita se conocían desde Bretaña hasta Persia; en la lejana Roma, los artesanos ponían imágenes suyas a la entrada de sus talleres como amuletos. Los peregrinos acudían con todas las súplicas imaginables. Sus curaciones milagrosas le proporcionaron gran popularidad, pero también fue muy apreciado como consejero en todas las cuestiones de la vida cotidiana. Es una paradoja que el mismo asceta que había optado por huir del mundo y entregarse a las disciplinas ascéticas más severas, se viera completamente inmerso en la resolución de problemas que afectaban el día a día de sus visitantes. Los pobres y los oprimidos por las medidas económicas de los poderosos se beneficiaron de sus intercesiones ante las autoridades. De hecho, fue consejero de altos cargos del Estado, incluyendo a los emperadores Teodosio II, Marciano y León I, e incluso los dirigentes árabes de los territorios limítrofes del Imperio se contaban entre sus peregrinos. Pero su enorme popularidad no le hizo descuidar su participación en la vida litúrgica de la Iglesia: en torno a su columna se celebraban asiduamente eucaristías, confesiones y bautizos y, al parecer, él mismo fue investido sacerdote por el patriarca de Antioquía.

Murió en 459, cuando tenía más de setenta años, y fue enterrado con gran pompa en Antioquía. Años después, en 470, el emperador

3. En el Imperio romano el codo equivalía a 0,44 cm, pero este valor podía oscilar según la región, por lo que preferimos dar la equivalencia aproximada en metros. Sobre la altura de las columnas no hay unanimidad. La primera medía 4 codos (menos de 2 m) según la *Vgr* 12; 6 codos (más de 2,5 m) según *Hist.* 26,12; 11 codos (casi 5 m) según la *Vsir* 110. La última, 36 codos (casi 16 m) según *Hist.* 26,12; 40 codos (casi 18 m) según *Vgr* 17 y *Vsir* 110.

León I hizo trasladar sus reliquias a Constantinopla; cumplía así un deseo del segundo estilita de la historia, Daniel.

3. El autor y la obra

El autor de la *Vida* griega de Simeón es Antonio, que se dice discípulo del estilita y testigo ocular de algunos de los hechos que narra. Todo lo que sabemos sobre su persona es lo que consta en su obra, en la que aparece solo en dos ocasiones, si exceptuamos el Prólogo y el segundo epílogo, en los que reivindica la autoría del texto. La primera vez lo vemos cumpliendo la orden del estilita de recoger del suelo los gusanos que se le van cayendo de una herida infectada, para que puedan seguir alimentándose de la misma (Vgr 17). La segunda vez se atribuye a sí mismo el descubrimiento de la muerte de Simeón, que mantiene en secreto para evitar un tumulto entre los peregrinos; solo se la comunica a las máximas autoridades de la Iglesia y del Ejército en Antioquía (Vgr 28, 29). B. Flusin observó en 1993 que esta última aparición de Antonio tiene todas las trazas de ser un relato ficticio inspirado en las leyendas de los monjes del desierto, donde el hallazgo inesperado del cadáver de un anacoreta por su discípulo es un lugar común; el autor de la *Vida de Pelagia la Penitente* (siglo V) también afirma haber descubierto el cuerpo sin vida de la santa. Es muy posible que incluso la condición de discípulo que reivindica Antonio sea una ficción. Hacerse pasar por discípulo del biografiado no era algo que causara escrúpulos a los biógrafos antiguos, que aprovechaban este recurso para hacer creer a su público que proporcionaban lo que hoy llamaríamos información privilegiada (Flusin, 1993, 15).

La *Vida* griega de Simeón, escrita en un griego relativamente sencillo, sin pretensiones estilísticas y con frecuentes diálogos, gozó de inmensa popularidad desde muy pronto, tanto en el Oriente cristiano como en Occidente, donde Gregorio de Tours (538-594) menciona la existencia de una versión latina (*De gloria confessorum*, 26). Tal y como ha llegado a nuestros días, es un texto extraño y distorsionado, debido en gran parte a su complicada tradición manuscrita, que hace prácticamente imposible la elaboración de una buena edición crítica de la obra. Escueta en su presentación, simple en su concepción, la *Vida* griega tiene una finalidad moral antes que adulatoria. Frente al encomio majestuoso de Teodoreto y la exaltación del santo que caracteriza el tono de la *Vida* siríaca, da una importancia capital al pecado y a la necesidad de expiarlo mediante una automortificación llevada al extremo. Por eso presenta el aspecto más desagradable y descarnado de las prácticas ascéticas: la putrefacción de la carne, el hedor de las heridas, los gusanos.

Se puede dividir en tres partes, aparte del Prólogo (*Vgr* 1) y del Epílogo con la doxología final (*Vgr* 33; algunos manuscritos añaden un nuevo epílogo, *Vgr* 34): la infancia y la vida de Simeón hasta la columna de treinta codos (*Vgr* 2-12), sus milagros (13-21; 22-27 son interpolaciones), y su muerte y funeral (28-32).

Los capítulos iniciales (2-12) proceden de Teodoreto, a quien Antonio adapta libremente: Simeón niño como pastor del rebaño de sus padres; conversión en la iglesia y periodo inicial de ascetismo; ingreso en el monasterio de Teleda (donde permaneció tres años según Antonio y diez, según Teodoreto); expulsión temporal del mismo; retiro dentro de un pozo; vida eremítica en Telanisos como monje «estacionario».

Según la versión de Antonio, Simeón abandona definitivamente a sus padres siendo niño para ingresar en el monasterio, donde, desde el principio, se niega a revelar su origen a los demás monjes. En el transcurso de los tres años que dura su iniciación en la vida ascética, hay una clara evolución. Al principio, el superior del cenobio actúa como su padre espiritual, pero al final, una vez comprobada su extraordinaria capacidad de automortificación, acaba rogándole que le imparta sus enseñanzas: los papeles se han invertido. A esta etapa cenobítica sigue la eremítica de cuatro años en Telanisos que tampoco le deja satisfecho. Comienza entonces su carrera de estilita: primero una columna de cuatro codos de altura, donde permanece siete años, y después otra de treinta, donde pasa quince (*Vgr* 12). En un capítulo posterior, Antonio explica que tuvo una tercera y última columna de cuarenta codos, en la que vivió veintiún años (*Vgr* 17).

La segunda parte comienza destacando la condición de siervo de Dios de Simeón y su papel de mero intermediario en las curaciones. Una vez aclarado este extremo, se relata el reencuentro de Simeón con su madre (*Vgr* 13) y se añade una serie de siete episodios que no se encuentran en las otras dos biografías (14-21), aunque casi todos son variantes de relatos tradicionales. Si se consideran en su conjunto, se observa que los seis primeros se pueden agrupar de dos en dos por su afinidad de contenido. El primer par está formado por las historias de la cierva preñada (15) y de la mujer supuestamente embarazada (16); en ambas narraciones se describe una sorprendente alteración de las leyes de la naturaleza que Simeón se encarga de corregir. Los dos siguientes episodios son los más truculentos de la *Vida*, pues conceden un sorprendente protagonismo a los gusanos procedentes de una úlcera infectada del estilita. El primero describe la misión encomendada por Simeón a Antonio y a otros discípulos: recogerlos del suelo y, tras subir a lo alto de la columna, volverlos a poner en su úlcera para que sigan comiendo el alimento que Dios les ha dado (17); en el segundo, uno de estos gusanos cae junto a un rey sarraceno y actúa como móvil de su conversión,

al transformarse en perla dentro de su mano (18). El último par de relatos presenta la misma estructura narrativa: un temible dragón herido encuentra su curación junto a la columna del santo y regresa a su guarida sin hacer daño a nadie (19); un bandido sirio que atemoriza a la población cura su alma de pecados gracias al estilita y muere en paz junto a su pilar (20).

El séptimo y último milagro insiste en el papel de intermediario de Simeón entre Dios y el género humano: en plena época de sequía, hombres y animales acuden a su columna suplicando ayuda y, gracias a las oraciones del santo, se halla una cueva repleta de agua, donde se abren siete caños. Según R. Doran, el número siete significa aquí plenitud, abundancia, y este valor simbólico justificaría también la serie de siete relatos incluidos en la segunda parte. La idea que se querría transmitir es que el santo restituye el orden de la naturaleza y lleva la creación a su plenitud; por eso, a su muerte, lloran hombres, mujeres y niños, e incluso los pájaros, con sus graznidos de dolor, sacuden la montaña. Toda la creación está de luto (*Vgr* 21)⁴.

Sobre la muerte y el funeral de Simeón solo conservamos los testimonios de Antonio y de la *Vida* siriaca, puesto que el santo sobrevivió a Teodoreto. Ambas biografías siguen el mismo esquema: muerte del estilita sobre su columna; reacción de la muchedumbre; presencia del *magister militum* y del obispo de Antioquía; cortejo fúnebre desde la columna, en Telanisos, hasta Antioquía, con el milagro de la curación de un poseído; finalmente, deposición del cuerpo en la «Gran Iglesia» de esta ciudad. Sin embargo, a pesar de estas coincidencias, la tercera parte de la *Vida* griega es, como veremos más adelante, la más problemática.

4. *Las otras Vidas de Simeón*

4.1. Teodoreto de Ciro

Teodoreto (393-ca. 457), obispo de la ciudad siria de Ciro, fue un escritor de amplia cultura literaria y teológica, que además desempeñó un papel destacado en los debates político-religiosos de su época. Profundo conocedor del monacato sirio, él mismo fue monje desde los dieciocho años y como obispo no solo continuó su disciplina monástica, sino que además solía visitar y tratar a los ascetas más famosos y admirados de su diócesis. Sus *Historias de los monjes de Siria* son el resultado de esos encuentros. Documento excepcional sobre el movimiento monástico en Siria durante los siglos IV y V, presenta la semblanza biográfica de más de treinta monjes sirios, contemporáneos suyos en su mayoría, que des-

4. R. Doran, «Introduction», en *The Lives of Simeon Stylites*, cit., p. 44.

tacaron por sus extremadas prácticas ascéticas, su capacidad taumatúrgica y su lucha constante contra el demonio.

La más célebre de estas biografías es la de Simeón (cap. 26), que escribió cuando este ya llevaba veintiocho años sobre su columna. Todos los especialistas la consideran como el testimonio más fiable sobre el estilita, aunque sufrió importantes interpolaciones a lo largo de su transmisión; la más importante es la de la muerte del santo. Probablemente esta *Vida*, que ha tenido su propia tradición manuscrita y que, comparada con las demás biografías de monjes sirios, destaca por la mayor presencia de motivos hagiográficos, por un estilo más hinchado y por un tono general de panegírico, fue escrita con la idea de ser usada de forma independiente.

Otro aspecto importante que se debe tener en cuenta es la tesis que subyace a las *Historias* de Teodoreto: «demostrar, con ejemplos y casos concretos, que el ideal filosófico de Platón, que a partir del siglo II de nuestra era había sido desarrollado por el neoplatonismo, el neopitagorismo y la teúrgia, solo lo habían realizado de una manera plena los monjes cristianos»⁵. Precisamente, la semblanza biográfica del primero de los estilitas muestra de manera especial la habilidad de Teodoreto para articular la espiritualidad del cristianismo sirio mediante formas y procedimientos de la tradición clásica griega. Simeón es presentado como el verdadero filósofo en cuya persona confluyen los ideales de sabiduría y autocontrol del filósofo helénico. Gracias a la mortificación física del cuerpo y a la soledad consigue la *apatheia*, la liberación de las pasiones corporales que hace posible la contemplación divina.

Finalmente, hay que tener presente la voz del narrador: es un obispo consciente de su posición como pastor del rebaño de Dios y de la necesidad de integrar las formas extremas de vida ascética en el seno de la Iglesia. Por eso, Teodoreto se esfuerza constantemente en poner de relieve su estrecha amistad con Simeón y los demás monjes sirios, al tiempo que destaca el gran respeto que todos ellos le manifiestan como autoridad eclesiástica. Se ha dicho que detrás de muchas *Vidas* de santos hay un obispo, y esta obra es un buen ejemplo.

4.2. La *Vida* siriaca

Esta biografía, la más extensa de las tres, fue compuesta, según uno de los manuscritos en que se conserva, por dos discípulos de Simeón en 473, es decir, catorce años después de la muerte del santo. Ha sido caracterizada como un panegírico en el que se exalta la figura del estili-

5. R. Teja, «Introducción», en Teodoreto de Ciro, *Historias de los monjes de Siria*, cit., p. 24.

ta, a quien se compara con Moisés, los profetas y el propio Jesús, y del que se dice que es un nuevo fundador de la Iglesia que superó a los propios apóstoles Pedro y Pablo como taumaturgo. También es una apología de la nueva forma de ascetismo inaugurada por Simeón, que suscitaba fuertes objeciones. Sirviéndose de la Biblia, los autores recuerdan a modo de antecedentes una serie de acciones extrañas o extravagantes inspiradas por Dios a sus profetas: Isaías caminaba desnudo, Jeremías se puso un yugo en el cuello, Oseas se casó con una prostituta, etc. Teodoreto utiliza el mismo tipo de argumentación, pero la *Vida* siríaca la desarrolla más. Incluso la columna es presentada como la imagen de las montañas desde cuyas cimas los profetas, como Moisés o Elías, entraban en contacto directo con la divinidad.

La *Vida* siríaca destaca, a diferencia de la griega, por la precisión de sus detalles. Muchos de los personajes mencionados son históricos y la obra contiene gran cantidad de testimonios inéditos, por ejemplo, sobre la familia de Simeón. En los raros casos en que cuenta los mismos hechos que Teodoreto, los presenta de forma distinta y con detalles suplementarios.

El momento culminante es el relato de la muerte del santo, anunciada con mucha antelación y precedida de signos asombrosos. Tiene una doble función: la primera es demostrar la santidad del estilita y la validez de su género de vida frente a las críticas de sus detractores; de ahí que su muerte se presente como un gran espectáculo, culminación de la gloria que Dios le había profetizado mediante un ángel ya al inicio de su carrera. La segunda es poner de manifiesto la legitimidad de la comunidad formada por los herederos de Simeón, cuyas reliquias, como señalan unánimemente las fuentes, les habían sido arrebatadas para ser depositadas en Antioquía; por eso los autores se esmeran en describir con gran detalle cómo recibieron todos la última bendición del santo, haciendo aparecer en escena a cada uno de los miembros de la comunidad según el orden jerárquico, hasta llegar a los dos sucesores de Simeón (Flusin, 1993, 16-17).

5. *Sinopsis comparativa*

Aunque las tres *Vidas* de Simeón ofrecen a grandes rasgos el mismo marco biográfico, solo presentan dos relatos en común: la conversión del niño Simeón en la iglesia⁶, que sigue el modelo de la *Vida de Antonio*, 2, y la automortificación de Simeón mediante el cilicio en el monasterio de Teleda. En Teodoreto (*Hist.* 26,5) y en la *Vida* siríaca (cap. 21) este episodio es uno más entre los que causan fricción entre los monjes y

6. *Vgr* 2-3, *Hist.* 26,2 y *Vsir* 2.

Simeón, sin mayores consecuencias; en Antonio, que presenta una versión más larga y con diálogos, provoca la expulsión temporal del santo (Vgr 5-8). Hay un tercer relato que está en la *Vida* siríaca y en Antonio pero no en Teodoreto: la curación de un endemoniado durante el traslado de las reliquias a Antioquía, un lugar común en la hagiografía cristiana (Vgr 31; *Vsir* 127).

Las contradicciones entre las tres *Vidas* son más importantes que las coincidencias. Como hemos visto, no hay unanimidad sobre los años que pasó en el monasterio de Teleda, ni sobre su vida inmediatamente anterior a la primera columna, ni sobre el número de sus sucesivas columnas y su altura. Sobre el día de la muerte de Simeón también hay discrepancias: según la *Vida* siríaca, muere el miércoles 2 de septiembre a las nueve y sus restos descansan diecinueve días sobre la columna; según la *Vida* griega, un domingo, y su cuerpo permanece arriba solo cuatro días.

Una contradicción frontal se refiere al papel de la madre de Simeón. La *Vida* siríaca dice que los padres del santo murieron cuando este era niño (*Vsir* 2). Pero, según Antonio, la madre no solo no murió durante la infancia del santo, sino que encontró a su hijo al cabo de veinte años de búsqueda. De acuerdo con el mismo autor, como este no le permitió acercarse a la columna por su condición de mujer, se aventuró a escalar el muro del recinto, pero se cayó en el intento y se mató. Simeón hizo que resucitara por unos instantes y la consoló; sus ayudantes «la enterraron delante de la columna para que este se acordara de ella en sus oraciones» (Vgr 14).

El mejor paralelo existente para este episodio de la *Vida* griega plantea serios problemas sobre la autoridad de la misma: se trata de la biografía de la madre de Simeón Estilita el Joven (521-592), la *Vida de Marta* (ca. 620), donde se dice que esta fue enterrada también al pie de la columna de su hijo (caps. 26-27). Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el llamado «Monte Admirable» de Simeón el Joven, a unos 18 km al oeste de Antioquía, dan verosimilitud a este dato; de hecho, se cree que la santa está enterrada en un anexo del santuario de Simeón el Joven. Semejante doblete en las *Vidas* de los dos estilitas homónimos admite varias explicaciones: por ejemplo, una dependencia de Antonio respecto a la *Vida de Marta*, lo cual implicaría que este autor vivió como muy pronto en el siglo VII y descartaría, evidentemente, su condición de testigo ocular de los hechos que narra; o bien lo contrario, es decir, una influencia directa del episodio de la madre de Simeón el Anciano en la biografía de la madre de Simeón el Joven, de la misma manera que otros milagros y gestas del primer Simeón fueron atribuidas al segundo; o una interpolación en el texto de Antonio, propia de la extrema complejidad de la tradición manuscrita de su obra.

Ninguna de estas posibilidades es totalmente descartable (Lane Fox, 1997, 184)⁷.

6. *La columna y la reliquia*

Con todo, el punto más polémico, sobre el que las *Vidas* siriaca y griega presentan relatos divergentes y, en muchos aspectos, incompatibles, son los últimos días del santo. La *Vida* siriaca presenta una muerte espectacular, pública y largamente anunciada, con una cronología muy precisa de los últimos meses del santo; este muere rodeado de sus discípulos y confía a dos de ellos la dirección de la comunidad. En cambio, en la *Vida* griega, muy alejada de esa precisión cronológica, es el propio Antonio el que descubre inesperadamente el cuerpo sin vida de Simeón y, como hemos visto, mantiene el secreto para evitar un alboroto entre los fieles. Según Antonio, los intentos por arrebatarse reliquias fueron en vano; el obispo está a punto de arrancar un pelo de la barba del cadáver, pero su mano se le anquilosa en el acto (Vgr 29). Al final de la obra se recalca que el cuerpo del santo permaneció incólume (33). Esta insistencia en la integridad de los restos del estilita no se encuentra en la *Vida siriaca*, que se centra más en la muerte misma de Simeón y en los signos que la preceden; tampoco da tantos detalles como Antonio sobre la deposición de los restos: primero en Telanisos y después en Antioquía, donde descansaron, por este orden, «en la iglesia de Casiano», en la «Gran Iglesia» y en un oratorio construido especialmente para guardar los restos del santo (Vgr 32).

Desde comienzos del siglo pasado, los especialistas han polemizado sobre cuál de los dos relatos sobre la muerte de Simeón es más fiable como documento histórico⁸. Pero lo más razonable parece, como sugiere B. Flusin, dejar de lado el análisis puramente histórico hasta que no se disponga de una buena edición crítica de los dos textos —cosa muy improbable en el caso de la *Vida* griega— y estudiar las *Vidas* como documentos hagiográficos.

La obra hagiográfica no es una obra individual y privada, sino que tiene un carácter público y oficial, y desde este punto de vista, la cuestión básica es determinar la institución que la da a luz y la promueve. En el caso de la *Vida* siriaca, es evidente que surge de la comunidad monástica formada en torno a la columna de Simeón en Telanisos. Como

7. Sobre la tumba de santa Marta, cf. Sodini, 2001, 256.

8. Por ejemplo, Delehay (1923), Peeters (1950), Festugière (1959). Recientemente, E. Soler (2005, 202) ha defendido la historicidad de la Vgr; así, justifica el secretismo de Antonio tras el descubrimiento del cadáver por su deseo de evitar enfrentamientos entre calcedonianos y monofisitas en la comunidad monástica del estilita. Flusin (1993, 15 ss.) es fundamental en esta sección, cuyo título hemos tomado de él.

veremos más adelante, probablemente se escribió para los visitantes de la gran iglesia de Qal'at Sem'an. En cuanto a la *Vida* griega, el relato detallado de Antonio sobre la triple deposición del cadáver, que parece ser de lo poco que no pertenece al terreno de la leyenda, unido a su insistencia en la inviolabilidad del cuerpo del santo, invitan a vincular la *Vida* griega con el culto de las reliquias de Simeón y, concretamente, con el lugar que, durante algún tiempo, pudo enorgullecerse de poseer el cuerpo incólume del primer estilita: el oratorio de Antioquía, donde «son muchas las curaciones que se producen» (Vgr 33). De esta manera, el distinto enfoque de las dos *Vidas* respondería a los dos lugares de culto que las habrían alumbrado: por una parte, la columna; por otra, la reliquia.

II. VIDA DE DANIEL ESTILITA

1. *El Daniel histórico*

De Daniel Estilita solo conocemos los datos biográficos que nos proporciona su *Vida* [en adelante *VDan*], compuesta por un discípulo suyo poco después de su muerte en 493. Nació en 409 en la aldea de Mera-tha, cerca de Samosata, en Siria. Cuando cumplió doce años, sus padres lo metieron en un monasterio cercano. Allí vivió cinco lustros, destacando por la ejemplaridad de sus prácticas ascéticas. En los años treinta del siglo v, con ocasión de un concilio celebrado en Antioquía, acompañó a su *higúmeno* o superior a esta ciudad y tuvo la oportunidad de conocer a Simeón Estilita. Este fue el origen de su vocación.

En el 446, él mismo fue nombrado *higúmeno* de su monasterio, pero delegó la responsabilidad en el monje más capacitado y abandonó para siempre la comunidad monástica. Lo primero que hizo fue ir a ver de nuevo a Simeón. Tras una corta estancia junto a su columna, se dedicó a visitar a los grandes maestros del ascetismo durante cinco años. Después planeó visitar Tierra Santa, pero los disturbios políticos de la época —una revuelta de samaritanos en 450/451— le hicieron cambiar de idea.

A los cuarenta y dos años llegó a Constantinopla y se encerró en un templo pagano de Anaplus, lugar situado a 15 km al norte de la capital, en la ribera europea del Bósforo (probablemente, el moderno barrio de Istinye, en Estambul). Allí permaneció nueve años, en pugna permanente con los demonios que habitaban el lugar (451-460). Durante este periodo se hizo ya famoso y empezó a recibir la visita de oleadas de peregrinos. Gozó del aprecio y veneración de importantes figuras de la Iglesia y de la corte, como el patriarca Anatolio, el poeta Ciro de Panópolis, que había desempeñado importantes cargos en la administración

imperial, y Olibrio, yerno de Valentiniano III y Licinia Eudoxia y futuro emperador de Occidente (472). Cuando la emperatriz Eudoxia II acudió a ver a Daniel sobre su segunda columna en el 461, ya era muy conocido por sus años de reclusión en Anaplus.

Daniel comenzó su carrera de estilita en 460, a la edad de cincuenta y un años. Su primera columna tenía la altura de dos hombres y fue sufragada por un alto oficial de la corte (caps. 24-26); la segunda fue construida en una semana con la ayuda de otro influyente personaje; la tercera y última, que era doble, fue levantada junto a la anterior por orden de León I. Para trasladarse a ella sin bajar al suelo, Daniel «ordenó poner unas tablas de escalera a escalera a modo de puente» (cap. 44). El espectáculo fue presenciado por el emperador, el arzobispo y una multitud de peregrinos. En la columna doble, el poeta Ciro hizo grabar unos versos en agradecimiento a Daniel por haber curado a su hija de un mal espíritu. El autor de la *Vida* afirma que esa poesía se podía leer todavía *in situ* en su época (cap. 36).

Durante los treinta y tres años y tres meses de su vida como estilita, el prestigio de Daniel creció sin cesar no solo por sus curaciones, profecías y consejos espirituales, sino también por su intervención en cuestiones de Estado. El emperador León I y Gubazio, rey de los lazos, pueblo de la Cólquide, acudieron a él en 466 a fin de solicitar su mediación para un tratado de paz. Diez años después, el estilita encabezó la rebelión de la población de Constantinopla contra el emperador Basilisco, que, tras arrebatar el trono a Zenón en 475, había tomado una serie de medidas contra el concilio de Calcedonia.

Este concilio había establecido en 451 uno de los dogmas cristológicos fundamentales al afirmar que Cristo posee tanto naturaleza divina como humana y que ambas coexisten inseparablemente en su persona. La política religiosa de Basilisco se encaminó desde el principio a ganarse el apoyo de los monofisitas, que se adherían firmemente a la teología y terminología del patriarca Cirilo de Alejandría (412-444) y sostenían que en Jesucristo existía «una naturaleza (o hipóstasis) encarnada». Las medidas de Basilisco fueron aceptadas sin oposición en casi todo el Oriente cristiano (Brennecke, 2007b, 309). La oposición más radical procedía de Constantinopla, donde el patriarca Acacio contaba con el apoyo de la población, el clero y Daniel. El estilita, ante las súplicas de Acacio, bajó de su columna para unirse a la rebelión y consiguió que emperador y patriarca se reconciliaran en Santa Sofía. Basilisco hizo profesión de fe ortodoxa y Daniel profetizó tanto su caída en desgracia como el regreso de Zenón, lo que ocurrió unos dieciocho meses después de su exilio, en el 476 (cap. 84).

Cumplida su misión, Daniel volvió a su columna, donde permaneció diecisiete años más hasta su muerte en 493, bajo el reinado de Anastasio

y el patriarcado de Eufemio. Su multitudinario funeral, con el descenso de su cadáver desde lo alto de la columna por medio de una escalera de caracol y con miles de cirios encendidos alrededor, pasó a la historia como uno de los más espectaculares de la Antigüedad (cap. 100).

2. *El autor, la obra y las fuentes*

La *Vida de Daniel* existió en dos recensiones. El editor del texto griego, H. Delehayé, señaló que la más reciente «quizá» fue obra del mismo autor que compuso la primera (Delehayé, 1923, xxxvii)⁹. No sabemos nada de él salvo su condición de discípulo de Daniel durante, por lo menos, los últimos meses de la vida del santo, como demuestran los pasajes en que usa el «nosotros» (caps. 91 ss.). No obstante, el tipo de información que proporciona sobre sí mismo, su forma de expresarse e incluso sus silencios arrojan alguna luz sobre su personalidad.

El autor reivindica en dos ocasiones su papel de testigo de algunos de los acontecimientos que narra por haberlos visto «con mis propios ojos» (cap. 1) o por haberlos oído «de la propia boca» de su padre espiritual (cap. 12). Pero también menciona sus fuentes orales, que son de dos tipos: «quienes fueron discípulos del santo antes que yo» y «hombres dignos de crédito que siguieron sus enseñanzas desde el principio al pie de la columna» (cap. 12); es decir, por una parte, los discípulos que se habían incorporado a la comunidad del estilita antes de que él llegara en los años noventa y, por otra, los miembros fundadores de la comunidad monástica que permanecían junto a la columna desde 460.

El biógrafo no disponía de fuentes escritas sobre Daniel, y él mismo menciona el motivo: el santo estaba totalmente en contra de que se escribiera sobre su persona; en una ocasión incluso ordenó quemar el manuscrito en que un discípulo había escrito su biografía (cap. 12). Para reconstruir los años anteriores a su vida de estilita, el autor debió de apoyarse en la tradición local sobre el santo, en cuya elaboración Daniel, probablemente, había intervenido. Esta parte de la *Vida* es menos rica en acontecimientos y contiene lugares comunes compartidos con la infancia y juventud de otros santos, pero también ofrece, como veremos, detalles específicos sobre Daniel y alusiones a hechos históricos confirmados por otros testimonios.

El periodo comprendido entre 460 y 476 está bien documentado, porque el autor pudo recabar la información fácilmente de los discípulos del estilita. Quizá habló con Sergio, uno de los miembros fundadores de la comunidad (caps. 22-25, 30), o con algunos de los personajes de su propia obra que decidieron consagrar su existencia al servicio del

9. Para los temas tratados aquí, cf. Lane Fox, 1997, 202-205, 210.

estilita como pago a un favor¹⁰. Finalmente, sobre los años 476 a 493, en el que muere Daniel, la *Vida* guarda un silencio sorprendente que no puede deberse a la ignorancia, ya que el autor disponía de buenas fuentes y, además, él mismo pasó a formar parte de la comunidad del estilita en los años noventa. Más adelante nos detendremos en este enigma.

Sobre el autor de la *Vida* de Daniel puede decirse que no estamos ante alguien carente de formación: usa con fluidez el lenguaje burocrático; tiene un estilo variado, con diálogos ágiles, discursos bien contruidos y acción; sabe crear tensión en el relato; y escribe en un griego que, si bien no es el retórico de los escritores más refinados, tampoco es el de un autor mediocre. Llama la atención su conocimiento de los entresijos de la corte. Es posible que su información sobre los asuntos del palacio imperial procediera de la memoria colectiva de los discípulos de Daniel, acostumbrados desde el principio a recibir la visita de ilustres personajes de Constantinopla, pero no hay que descartar que él mismo hubiera servido en la corte. También es posible que tuviera alguna vinculación con el patriarca Eufemio, a quien, como veremos, trata con gran veneración en su obra.

3. *Valor histórico*

Una de las características más relevantes de la *Vida de Daniel* es que la narración respeta escrupulosamente el orden de los hechos históricos (Lane Fox, 1997, 185-200). Ya en la parte dedicada a los primeros años del santo, donde son frecuentes los lugares comunes por falta de información, hay referencias a dos acontecimientos confirmados por otras fuentes: un concilio de obispos en Antioquía (en los años treinta del siglo V) y una revuelta de samaritanos en Tierra Santa (450/451) (caps. 6 y 10, respectivamente). Posteriormente, durante los nueve años que Daniel pasa recluido en el templo de Anaplis, cerca de Constantinopla, entran en escena importantes personajes de la época —los ya mencionados Olibrio, Ciro y Anatolio—, y lo que se dice sobre ellos concuerda con lo que sabíamos por otras fuentes.

Con el inicio de su carrera como estilita, los episodios de la vida del santo ganan en precisión, sobre todo entre otoño del 460 y finales del verano del 476: visita de Eudoxia, suegra de Olibrio en 461 (cap. 35); nacimiento del hijo del emperador León y de Verina en 463 (cap. 38); incendio de Constantinopla del septiembre de 465 (caps. 41, 45); visita de Gubacio, rey de Lazica, al emperador León I en 465/466 (cap. 51); denuncia de la conspiración de Ardabur por Zenón en 466/467 (cap. 55); derrota de los vándalos de Libia por el ejército imperial en 470 (cap. 56);

10. Cf. *VDan* 30, 34, 61-63, 89.

matrimonio de Ariadna, hija del emperador León, con Zenón en 469 (cap. 65) y nacimiento y muerte prematura del hijo de ambos, León II (470/471-474; cf. cap. 67); muerte del emperador León a comienzos del 474 (cap. 67); usurpación del trono por Basilisco en 475-476 (caps. 68-84); y recuperación del poder por Zenón en 476 (cap. 85).

Mención aparte merece el traslado de las reliquias de Simeón Estilita de Antioquía a Constantinopla en el 470 por orden de León I, que actuó aconsejado por Daniel; ocurrió después que este hubiera profetizado ese mismo año la derrota de los vándalos por el ejército imperial (caps. 56-57). No debió de resultar fácil para el emperador hacerse con las reliquias de san Simeón, consideradas como la principal protección de Antioquía (*Vsir*, 128), solo diez años después de la deposición de su cadáver en el oratorio homónimo (*Vgr* 32). Según R. Lane Fox, debió de haber dos factores decisivos: el primero, la colaboración del patriarca de Antioquía, hombre de confianza de León I; el segundo, la promesa a los discípulos de Simeón de un gran santuario que albergara su columna, con edificios destinados a ellos y a los peregrinos, como los que el propio emperador había construido para Daniel en su *mandra* o cercado (*VDan* 57). Este sería el origen de la monumental iglesia cruciforme y del complejo arquitectónico de Qal'at Sem'an¹¹. No hay ningún argumento arqueológico que impida situar el comienzo de la construcción de la gran iglesia de San Simeón hacia 470 en vez de la fecha tradicional de *ca.* 475, es decir, bajo el reinado de León I y no de Zenón (Sodini, 2001, 251). La celeridad que los arqueólogos han advertido en la construcción de la iglesia cruciforme, en la que debieron de trabajar varios miles de obreros a la vez, pudo deberse a que las partes principales de la misma se hicieron bajo la presión de León I durante últimos años de su vida (murió a comienzos del 474). La *Vida* siríaca de Simeón, que no fue escrita hasta catorce años después de la muerte del estilita, en 473, habría nacido de la necesidad de explicar a las nuevas oleadas de peregrinos a Qal'at Sem'an la vida y milagros de Simeón, además de justificar su peculiar género de vida ascética.

4. Un silencio enigmático

El clímax de la *Vida*, si prescindimos del relato de la muerte y funeral de Daniel, se sitúa en el 476, año de la sublevación de la población de Constantinopla contra el emperador Basilisco (caps. 70-85). Tras la reconciliación del emperador y el patriarca Acacio ante Daniel, el autor de la *Vida* se limita a decir que «después de eso, las santísimas Iglesias se mantuvieron en un estado de gran satisfacción, el Imperio resplandeció y el

11. Cf. una breve descripción del mismo en pp. 145-146.

Estado romano creció en fuerza», cubriendo con un silencio enigmático que, como hemos visto, no puede atribuirse a la ignorancia, el periodo comprendido entre finales del verano del 476 y el 493, unos años ricos en toda clase de acontecimientos, incluyendo, por supuesto, los debates cristológicos y político-religiosos. De hecho, es probable que las razones de este paréntesis de la *Vida* sean de tipo hagiográfico y teológico.

Seis años después de recuperar el trono, en el 482, el emperador Zenón, en un intento de acabar con las disputas entre calcedonianos y monofisitas, que eran muy numerosas en Egipto y Siria, publicó el *Edictum Zenonis* o *Henotikon*. Este edicto, en el que desempeñó un papel importante el patriarca Acacio, buscaba poner fin a las controversias teológicas pasando por alto las decisiones del concilio de Calcedonia e ignorando la cuestión crítica de las naturalezas de Cristo. Pero el *Henotikon*, que, en realidad, no puede ser considerado como un texto anticalcedoniano ni monofisita, no solo no satisfizo a ninguna de las dos partes, sino que además fue condenado por el papado de Roma y ocasionó el llamado cisma acaciano (484-519). Egipto y Palestina se separaron prácticamente de la Iglesia imperial, mientras que en Antioquía el patriarca calcedoniano se mantenía a duras penas en el poder. Lejos de acabar con la división de la Iglesia, el *Henotikon* la acentuó más todavía (Brennecke, 2007b, 310-311).

El autor de la *Vida*, al suprimir los acontecimientos posteriores al 476, se ahorra dar detalles sobre la situación creada en Constantinopla por el *Henotikon*. Se nos dice que Zenón siguió visitando a Daniel, pero ya no se describe ningún encuentro en particular; en vez de eso, se relata una serie de milagros sin referencias cronológicas que dan una apariencia artificial de calma y prosperidad. Finalmente, se da un salto de diecisiete años hasta las muertes de Zenón, primero, y de Daniel, después, ambas anunciadas por el santo.

Solo en uno de los capítulos finales (cap. 90) se alude a «los desórdenes» producidos en la Iglesia por «discusiones y razonamientos vanos» que «hicieron crecer cizaña» y llevaron a monjes ejemplares a hacer apostasía. Una representación de los monjes más expertos en disputas teológicas acude a la columna de Daniel para intentar confundirlo, pero el santo les responde que ese tipo de discusiones son «demasiado profundas» para los hombres y deben ser contrarrestadas por una fe inquebrantable; sobre los asuntos que conciernen a Dios, dice Daniel, no se debe discutir, y sobre los asuntos de la Iglesia que conciernen a los hombres, son los obispos quienes deben juzgar, en representación de Dios. Es la misma defensa de la unidad de la Iglesia que encontramos en su discurso de despedida antes de morir. Daniel exhorta a sus seguidores a permanecer unidos en la fe en su seno y a rechazar «la cizaña de los herejes» (cap. 95).

Esta defensa de la unidad de la Iglesia, fundamental en la *Vida de Daniel*, se esconde bajo una aparente ingenuidad en materia teológica que ha llevado a algunos estudiosos a calificar erróneamente a su autor como un inocente incapaz de entender las sutiles discusiones cristológicas de su tiempo. En su obra, en efecto, tanto León I como Zenón y Anastasio, defensores del *Henotikon*, gozan de la más alta estima, mientras que los patriarcas de Constantinopla, incluyendo a Acacio, son tratados con el mismo respeto que los tres emperadores. Se percibe, no obstante, cierta predilección por Eufemio, a quien el autor califica de «santísimo», «muy querido por Dios» y «verdaderamente santísimo». Según R. Lane Fox, es posible que fuera este precisamente el que impulsara la redacción de la *Vida de Daniel* como manera de incorporar a un personaje tan santo y popular a la causa de la unidad de la Iglesia. El patriarca Eufemio tenía inclinaciones calcedonianas, pero respaldó el *Henotikon* hasta el 496. Este año fue investigado por un sínodo de la Iglesia oriental, declarado hereje y depuesto con el consentimiento del emperador Anastasio, que lo veía demasiado vinculado al partido isaurio constituido por el emperador precedente, Zenón, y demasiado calcedoniano en un momento en que la política imperial comenzaba a acercarse al monofisismo. Eso significa que, de haber sido Eufemio el impulsor de la *Vida de Daniel*, la primera versión de esta obra debió de ser redactada entre el 493, año de la muerte de Daniel, y el 496¹².

III. SIMEÓN Y DANIEL: LA VIDA SOBRE LA COLUMNA

1. *Los seguidores de Simeón*

Simeón tuvo multitud de imitadores en el Oriente cristiano hasta finales del siglo XIX (Serafim de Sarov), si bien a partir del XI solo conocemos casos esporádicos. Los seguidores más importantes, aparte de Daniel, fueron el también sirio Simeón el Joven, del Monte Admirable, cerca de Seleucia de Pieria (siglo VII), y tres de Asia Menor: Alipio de Adrianópolis (siglos VI-VII), Lucas de Eutropio (siglos IX-X) y Lázaro del Monte Galesio (siglo XI). De todos ellos se conserva una *Vida* en griego. Si añadimos a las *Vidas* de los grandes estilistas las de otros menos conocidos, escritas en siríaco y en árabe, el número de los biografiados llega a diez, por lo menos¹³. Pero hay, además, abundantes textos que

12. Cf. Lane Fox, 1997, 205-210; Déroche y Lesieur, 2010, 284.

13. Cf. Schachner, 2010, 330-332. Para la historia de los estilistas y sus *Vidas* sigue siendo fundamental Delehaye, 1923.

mencionan la existencia de otros muchos estilistas en todo el Oriente cristiano; especialmente, en el Cercano Oriente hasta el siglo xv, desde la región de Petra, en el sur, hasta las de Edesa (Mesopotamia) y Egea (Cilicia), en el norte. H. Delehayé recogió la mayor parte de los testimonios en 1923, pero hoy día los especialistas coinciden en que es preciso volver a examinarlos de cerca y fecharlos, eliminando los casos dudosos: los términos «columna» y «estilista» son ambiguos a menudo en las fuentes griegas, siríacas, árabes, coptas y eslavas¹⁴. Una vez realizada esta tarea, se podrán cruzar con cierta garantía los datos de los textos con los resultados de las excavaciones arqueológicas en el Cercano Oriente.

En los últimos años, los arqueólogos han constatado en Siria y Mesopotamia la existencia de otros estilistas anónimos, raramente mencionados en los textos, que no fueron considerados santos ni atrajeron multitudes de peregrinos. O. Callot y P.-L. Gatier han contado once monasterios de estilistas (aparte de Qal'at Sem'an) en la parte septentrional del Macizo Calcáreo, concretamente, en la región oriental del territorio de Antioquía. En el siglo vi, cuando el modelo de santidad era el de Simeón el Anciano, sus sucesores tendieron a reagruparse en torno a Qal'at Sem'an, buscando no solo estar cerca de la columna del santo, sino también tenerla a la vista. Además, gracias a la situación estratégica del lugar, situado en el cruce de dos importantes rutas comerciales de Siria —las que iban desde Cir, en el norte, hasta Apamea, en el sur, y desde Antioquía, al oeste, hasta Berea-Alepo, al este—, el necesario contacto de los discípulos de los estilistas con la sociedad estaba garantizado. Según L. A. Schachner, «un viajero que caminara por la vía romana desde Antioquía a Dana y a Calcis/Berea estaría, quisiera o no, al alcance de la vista de un estilista durante 10 km o 2-3 horas de viaje, y nunca a más de 2,4 km de distancia del siguiente estilista. Si ese mismo viajero decidiera girar hacia el norte en Dana para ir a Cir, esta proximidad continuaría durante unos 20 km o 5-6 horas de viaje»¹⁵.

Los textos, como hemos mencionado, nos hablan de la expansión de este peculiar género de ascetismo a otras zonas del Cercano Oriente, pero de momento los arqueólogos solo han encontrado una columna de estilista en Androna (actual El Anderin, en Siria).

14. Schachner, 2010, 332-335; Callot-Gatier, 2004, 585-586. Cf. Delehayé, 1923, cxvi-cxliii («Les stylites à travers les âges») y Peña, 1975, 79-84.

15. Cf. Schachner, 2010, 379-380, donde se exponen los resultados de un estudio con tecnología moderna sobre el alcance visual de los estilistas de la llanura de Dana y sus alrededores; para los hallazgos de columnas de estilistas en Siria, cf. Callot y Gatier, 2004.

2. Relaciones con la Iglesia

A pesar de las resistencias iniciales por parte de la Iglesia y de los ascetas contemporáneos, la revolucionaria forma de ascetismo creada por Simeón fue quedando paulatinamente bajo el control de la jerarquía eclesiástica, que reglamentó el carácter permanente de la columna como morada del estilita. De hecho, los grandes estilitas y otros cuya carrera se puede seguir documentalmente hasta el fin, murieron sobre su columna a una edad muy avanzada y nunca se bajaron de ella salvo excepciones motivadas por la extrema necesidad, la violencia o el deseo de subirse a otra columna; en caso de una incursión de los bárbaros, los cánones eclesiásticos autorizaban a bajar al suelo provisionalmente. La Iglesia estableció un rito litúrgico para la iniciación en este tipo de ascetismo —con la lectura evangélica correspondiente (Lc 20)— y consideró a los seguidores de Simeón como una categoría propia dentro del orden monástico. Como tal, disfrutaban de privilegios sancionados por la ley civil: por ejemplo, no podían ser citados judicialmente.

En cuanto a la práctica de la eucaristía por los estilitas, los testimonios hagiográficos de los siglos V a VII permiten clasificar a estos en tres grupos: los que comulgaban raramente, por no asistir a la celebración eucarística; los que se suministraban regularmente la comunión a sí mismos, obteniéndola de una reserva eucarística situada en lo alto de la columna (a estos, las autoridades eclesiásticas intentaban hacerlos sacerdotes); y los que, al vivir en un monasterio en el que la columna era el elemento focal, recibían regularmente la eucaristía por medio de dispositivos diversos (cesta izada mediante una polea, por ejemplo). Era raro que un estilita celebrara la eucaristía en lo alto de su columna (cf. Binggeli, 2009).

3. La columna

En Qal'at Sem'an se conserva la base y el tambor inferior de la última columna de Simeón. De la de Daniel en Anaplus no queda rastro, pero, al parecer, sobrevivió más de seis siglos al estilita. A comienzos del siglo X, el autor de la *Vida de san Lucas el estilita* decía que tenía el aspecto de una «torre». A mediados del XII, Leoncio, futuro patriarca de Jerusalén y por entonces ecónomo del monasterio de San Juan Evangelista en Patmos, planea subir a esa misma columna y, para ello, negocia con los religiosos del lugar. Finalmente, en 1200, Antonio, arzobispo de Novgorod, vio las reliquias del estilita *in situ*, pero la columna ya no estaba (Kaplan, 2001, 199, 216-217).

Las columnas de los estilitas nunca estaban coronadas por un capitel. Los textos y las excavaciones arqueológicas muestran que estos —con la

única excepción de Alipio, en Asia Menor— nunca reutilizaban columnas de edificios antiguos, sino que se las hacían construir *ad hoc*. Constaban de tres partes: una base (en Siria, con un diseño cuadrado o cilíndrico muy simple, salvo en el caso de los grandes estilitas), el fuste y la plataforma superior. La base de la columna de Simeón era un elevado zócalo paralelepípedo de 1,50 m de altura que se distingue claramente de la masa rocosa en la que se talló y sobre la que descansaba el fuste. En Anaplus también había una base, con escalones de piedra (VDan 30).

El fuste de la columna de Simeón se componía de tres tambores, evocación de la santísima Trinidad (*Vsir* 113)¹⁶; la arqueología muestra que la mayoría de sus seguidores en la región le imitaron también en esto. El fragmento del tambor inferior conservado da un diámetro máximo de 2 m. Los fustes de la columna doble de Daniel, cuya altura ignoramos, estaban unidos por barras de hierro para asegurar el equilibrio (VDan 47). O. Callot y P.-L. Gatier han estudiado *in situ* los fustes de estilitas en la región antes señalada y han encontrado en la superficie «nichos» —¿para guardar vasos sagrados, reliquias o iconos?— y agujeros destinados a levantar los tambores durante la construcción y fijar abrazaderas, escaleras, cuerdas, cadenas y puntales. En cuanto a la posible existencia de conductos de desagüe en el fuste, contamos con el testimonio de la *Vida* de Lázaro, donde se dice que por la columna de este bajaba una tubería (cap. 222). Peña, Castellana y Fernández, tras una inspección ocular *in situ* de diversos fustes (ino siempre de estilitas!) encontrados en la región de Qal'at Sem'an, certificaban la existencia de dichos conductos en 1975, en un libro que no siempre ha convencido (Peña, 1975, 58-59). Los arqueólogos mantienen un prudente silencio sobre este punto.

A la plataforma superior se accedía mediante una escalera de mano que, salvo raras excepciones, solo usaban los discípulos; los fieles se comunicaban con el estilita a gritos desde abajo. Dados el peso y la altura de estas escaleras, debía de ser casi imposible moverlas cuando hacía mucho viento (VDan 52); los arqueólogos han encontrado en algunos monasterios dispositivos de sujeción. Un caso excepcional de escalera es la de caracol que se construyó expresamente para descender el cuerpo sin vida de Daniel. Fue costeada por una aristócrata (VDan 52).

Sobre la estructura de la plataforma, los textos apenas proporcionan información. La de Simeón debía de ser lo suficientemente amplia como para que tres personas pudieran poner sobre ella un ataúd destinado a guardar los restos del estilita (Vgr 29). Indudablemente, debía de haber algún tipo de protección para evitar accidentes. En lo alto de su primera columna, Daniel fijó con cuerdas un tonel compra-

16. Sobre la altura de la columna, cf. p. 12.

do en Constantinopla (caps. 24, 25); a su muerte fue necesario quitar el parapeto de su última columna para retirar el cadáver (cap. 98). La opinión de Callot y Gatier es que, efectivamente, los fustes debían de tener en lo alto una plataforma de madera con aspecto de tonel o de celdilla, que descansaba sobre dos o más vigas fijadas directamente sobre el tambor superior. Según la *Vida de Daniel* (cap. 54), en lo alto de su columna Simeón no dispuso jamás de ningún tipo de refugio; Daniel quiso imitarlo, pero después de haber estado a punto de morir congelado durante una nevada, se dejó convencer por el emperador León I, que le construyó una especie de dosel; los estilitas posteriores siguieron su ejemplo.

El aspecto de la torre de una mezquita de Athareb (Siria) le sugirió hace años a I. Peña la hipótesis de que los minaretes tuvieran su origen en las columnas de los estilitas. Pero es solo una hipótesis. Sus referencias a la conocida admiración de los árabes por Simeón y a los contactos de los árabes de Mesopotamia y Siria con los monjes cristianos son insuficientes. Además, este autor no mencionaba la existencia de distintos tipos de torres que compartían el mismo territorio que las columnas de los estilitas: de eremitas; de vigilancia para la defensa y control de la tierra cultivada; de demarcación de fronteras (Peña, 1975, 44-47)¹⁷.

4. *El recinto de la columna*

La columna se levantaba en medio de un recinto rodeado por un cerco similar al que gurdaba las ovejas y las cabras, pero probablemente más alto. Este recinto recibe en las biografías de los estilitas el nombre de *mandra*. En griego clásico esta palabra significa «espacio cerrado, redil» —en español «mandra» (desus.) designa la majada donde se recogen los pastores—, pero en el griego del siglo IV, en Mesopotamia por lo menos, se usaba también con el significado de «monasterio». Es posible que el primer monasterio de Qal'at Sem'an, del que se conservan restos en el ángulo sudeste de la iglesia cruciforme, fuera construido en vida de Simeón (Sodini, 2001, 253) y que el lugar recibiera el nombre de *mandra* ya en tiempos del estilita, como sugiere el historiador Evagrio en el siglo VI (*Hist. ecl.* I, 14). El caso es que los biógrafos de los estilitas se apropiaron de este término para designar, por analogía, el lugar en que se alzaban sus columnas.

En una primera fase, el muro de cierre de la *mandra* o cercado de Simeón Estilita, de piedra, circular y dotado de una puerta, debía de coincidir con el que levantó al llegar a Telanisos¹⁸. Más tarde fue desmantela-

17. Sobre los distintos tipos de torres, cf. Schachner, 2010, 377.

18. Vgr 12; Teodoreto, *Hist.* 10; *Vsir* 28.

do total o parcialmente para ser sustituido, según la *Vida* griega (cap. 12), por uno más grande, doble, que servía de barrera entre hombres y mujeres (cap. 25); el recinto interior, al que no podían acceder estas, tenía una puerta. La prohibición que impedía a las mujeres el acceso al recinto de la columna (Vgr 14, 25) seguía en vigor cuando el historiador Evagrio visitó Qal'at Sem'an el siglo siguiente (*Hist. ecl.* I, 14).

En el interior del cercado, Simeón no dejó construir ningún edificio (VDan 54). Daniel, que quería parecerse en todo a su predecesor, aprobó a regañadientes un proyecto de León I consistente en un monasterio para la comunidad y un albergue para los peregrinos —muchos de ellos, enfermos que acudían con sus familiares—; a cambio, pidió al emperador que construyera un *martyrion* o iglesia para las reliquias de Simeón. Fue así como el espacio sagrado del cercado, que al principio solo debía de tener las cabañas o celdas de los discípulos, fue parcialmente ocupado por el *martyrion* «al norte de la columna» y por un monasterio y una hospedería «detrás» de la misma (cap. 57). Posiblemente, estos edificios tenían, aparte de la puerta que daba al recinto de la columna, otra que comunicaba con el mundo exterior. La nueva organización espacial tuvo su importancia en el proceso de las curaciones de los enfermos o poseídos, que a menudo debían guardar un periodo de espera o «incubación» en el cercado: ahora ya no se veían obligados a esperar al aire libre, como antes (VDan 36), sino que podían aguardar en el *martyrion* (caps. 86, 87) o en el monasterio (cap. 89)¹⁹.

5. *Prácticas ascéticas y función social*

La parte esencial de la severa penitencia de los estilitas era permanecer constantemente de pie sin dormir (*stasis*), causa de graves heridas en las extremidades inferiores²⁰. Eran muy pocas las excepciones que justificaban el abandono de esta postura: la enfermedad, la necesidad de un mínimo reposo —en ambos casos, se apoyaban sobre el parapeto o barandilla—, o el deseo de someterse a mortificaciones peores todavía, como las genuflexiones que acompañaban la plegaria. Teodoreto de Ciro cuenta que un acompañante suyo se dedicó a contar un día las de Simeón y, después de haber llegado a 1244, se distrajo y se dio por vencido (*Hist.* 26, 22).

Siempre de pie y expuestos a las inclemencias del tiempo —Daniel estuvo a punto de morir dos veces por las tempestades del Bósforo—,

19. Sobre el origen del término «mandra», cf. Delehay, 1923, clxv-clxvi; para los recintos de las columnas de Simeón y Daniel, cf. Sodini, 2001, 252 y Kaplan, 2001, 209; 211-212, respectivamente.

20. Cf. VDan 28, 44, 62, 82, 98.

los estilistas se sometían además a las prácticas ascéticas habituales, como la plegaria, el ayuno y la vigilia. La oración ocupaba la mayor parte de su tiempo. Simeón pasaba rezando la noche entera y continuaba al día siguiente hasta la hora nona (es decir, las tres de la tarde). «Después de la nona» —explica Teodoreto (*Hist.* 26, 26)— «expone primero a los presentes la doctrina divina, después, tras recibir las peticiones de cada uno y llevar a cabo algunas curaciones, soluciona las disputas entre las personas enfrentadas. A la caída del sol, comienza de nuevo su diálogo con Dios». Teodoreto está describiendo aquí la estructura básica de la liturgia eucarística tal y como se celebraba en su época: primero, la proclamación y exposición de la Escritura; después, las letanías de súplica y petición (repetidas varias veces a lo largo del servicio); a continuación, la reconciliación o paz y, finalmente, la comunión entre lo humano y lo divino. Hemos de concluir, por tanto, que el día de Simeón tenía una estructura litúrgica (Harvey, 1998, 530-531).

Gracias a la vida ascética ejemplar de los estilistas, eran muy apreciados sus consejos y enseñanzas, su protección, sus bendiciones, sus curaciones y exorcismos y, por supuesto, sus profecías: se creía que no solo podían predecir el futuro, sino también influir sobre él (*VDan* 41, 45-46). La consecuencia era que sus columnas funcionaban como imanes entre las multitudes. Paradójicamente, proporcionaban al estilista en el espacio social una posición que era, al mismo tiempo, central y marginal; y en la práctica del ascetismo, un equilibrio inédito entre la vida solitaria y la cenobítica, entre la reclusión y el apostolado.

El papel de mediador del estilista, al que se refería Teodoreto en el pasaje antes citado, era muy importante y de él se beneficiaban por igual los humildes y los poderosos. Simeón, que trataba con emperadores, afrontaba también las tensiones propias de una sociedad rural recientemente cristianizada como la de Siria. Una carta dirigida al estilista por los habitantes de la aldea de Panir y que se ha transmitido con la *Vida* siríaca, muestra que sus instrucciones no eran solo de tipo espiritual, sino que también se referían a asuntos de la vida cotidiana y a la resolución de disputas (*Vsir* 130-133). Daniel, por su parte, tenía una clientela cristianizada desde antiguo y afrontaba problemas propios de una corte imperial —se ha comparado su actividad política a la agenda de un primer ministro— y de una «segunda Jerusalén» (*VDan* 10).

6. Innovación y tradición

El género de vida de Simeón no tenía precedentes entre los ascetas orientales y no todos ellos lo aprobaban. En la *Vida* de Daniel (cap. 7), unos monjes de Mesopotamia alojados en su antiguo monasterio de Telanisos lo acusan de vanagloria, y Evagrio Escolástico ilustra mediante

una anécdota la preocupación de los «padres del desierto» (cf. p. 147). Teodoreto, según hemos visto, lo defiende de este tipo de acusaciones destacando su misión profética y atribuye su audaz iniciativa al deseo de huir de la gloria y de la fatiga que le causaba la multitud. A esta explicación concreta añade una motivación espiritual destinada a convertirse en un tema central en este tipo de ascetismo: si Simeón se sube a columnas cada vez más altas es «porque aspira a volar hacia el cielo y abandonar esta morada sobre la tierra» (*Hist.* 26,12). Su biógrafo sugiere que buscaba la vida angélica y, de hecho, era común la creencia de que los estilistas vivían entre los ángeles y recibían su ayuda.

A pesar del testimonio de Teodoreto, en los últimos cien años algunos historiadores, como J. Toutain en 1912 y, modernamente, D. Frankfurter en 1990, han considerado que Simeón Estilita representa la supervivencia del antiguo culto pagano de los *falóbatas* o «escaladores del falo» del templo de Atargatis en Hierápolis, a unos 100 km de Telanisos. El ritual está descrito en *De dea syria* (28-29), una obra atribuida a Luciano de Samosata (siglo II): dos veces al año un sacerdote escalaba uno de los gigantescos falos de piedra situados delante del templo de la *dea syria*, y se quedaba arriba una semana suplicando a los dioses la prosperidad de la región.

Sin embargo, como demostraron hace tiempo P. Horden y N. Purcell, «las formas religiosas son esencialmente inestables y mutables en todos los contextos; continuamente se están recreando después de que hayan desaparecido»²¹. A modo de ejemplo, estos autores comparan la importancia que tenían los peces en los antiguos cultos paganos del norte de Siria —según nos cuenta el propio Luciano en *De dea syria*, 45— con el papel que juegan hoy día los grandes estanques de carpas en el culto a Abraham en Urfa, en la misma región de Siria. No hay «supervivencia» del antiguo culto, sino «regeneración espontánea» y, en nuestra opinión, lo mismo ocurre con los *falóbatas* y los estilistas. No hay ningún testimonio de que este rito pagano persistiera en tiempos de Simeón y es improbable que hubiera influido en su voluntad de subirse a una columna. La explicación más razonable sigue siendo la que dio a comienzos del siglo pasado H. Delehay, que situaba a Simeón en la tradición de los monjes sirios que practicaban la *stasis*, siempre unida a la vigilia y a la oración con los brazos en cruz. Su iniciativa de subirse a una columna responde al espíritu agonial que caracterizaba a los ascetas sirios de la época, deseos de alcanzar lo más difícil e inimaginable en el terreno de las prácticas penitenciales. Algunos estilistas seguían agudizando su ingenio y para aumentar su soledad renunciaban total-

21. P. Horden y N. Purcell, *The Corrupting Sea: A Study of Mediterranean History*, Blackwell, Oxford, 2000, p. 408.

mente a la escalera, como uno de Petra, o se fingían locos (cf. Delehayé, 1923, clxxxi ss.)²².

Simeón Estilita ha seguido fascinando a lo largo de la historia, tanto a los que han visto en él un modelo de santidad como a los que no. Julia Butterfly Hill, la célebre activista medioambiental que permaneció dos años (1997-1999) en lo alto de una secuoya del bosque de Standford (California) para evitar su tala, se declaraba seguidora suya, y todavía hoy el monje georgiano Máximo Qavtaradze se esfuerza desde hace veinte años en seguir sus pasos en lo alto de un enorme peñasco de Katskhi, en el Cáucaso²³. El carácter extremo y espectacular de su ascesis ha servido de inspiración en la poesía (Lord Alfred Tennyson, *St Symeon stylites*; Constantino Cavafis, *Simeón*; Clark Ashton Smith, *The Stylite*), la pintura (Carel Willink, *Simeon de zuilenheilige*), el cine (Luis Buñuel, *Simón del desierto*) e incluso el periodismo gráfico (los políticos encaramados a sus columnas del dibujante Peridis). Pero sea cual sea la reacción que suscite en nuestra imaginación el espectáculo de un hombre «a medio camino entre la tierra y el cielo» —en palabras de otro poeta, Ciro de Panópolis (VDan 36)—, lo cierto es que Simeón surge en un contexto histórico muy concreto, el del monacato sirio del siglo V, como una nueva forma de poner en práctica viejos ideales cristianos y de reafirmar funciones que ya estaban muy enraizadas en la sociedad cristiana.

EDICIONES Y TRADUCCIONES

Vida de Simeón Estilita, de Antonio

Hasta 1907, en que A. Papadopoulos-Kerameus publicó el texto griego de Antonio a partir de un único manuscrito²⁴, esta obra solo se podía leer en traducciones latinas. Un año después H. Lietzmann saca a la luz la edición definitiva en *Das Leben des heiligen Symeon Stylites* ([Texte und Untersuchungen 32,4] Leipzig, 1908, pp. 20-78), que integra la de Papadopoulos-Kerameus.

La base manuscrita de esta obra fundamental de Lietzmann está cons-

22. Para el estilita de Petra, cf. Juan Mosco, *El prado*, cap. 129, en *Historias bizantinas de locura y santidad*, introducción, traducción y notas de J. Simón Palmer, Siruela, Madrid, 1999, p. 147. La fusión de estilitas y «santos locos» se da en los sirios Maro (siglo VI) y Teodosio (siglo IX). La vida del primero está escrita en siríaco por Juan de Éfeso (*Lives of the Eastern Saints*, ed. y trad. E. W. Brooks, París, 1923, cf. pp. 70-71); la del segundo, en griego, en *Vida de Teodoro de Edesa* 52-53 (ed. I. Pomialovskii, San Petersburgo, 1892).

23. Cf. http://www.huffingtonpost.com/2013/09/19/katskhi-pillar-monk-georgia-maxime-qavtaradze_n_3950192.html (con fotos y un video).

24. A. Papadopoulos-Kerameus, *Sylloge Palaistines kai Syriakes Hagiologias*, t. 1, San Petersburgo, 1907, pp. 60-74.

tituida por nueve manuscritos griegos medievales (siglos X-XIII) con colecciones hagiográficas en las que la *Vida de Simeón* figura como lectura para el 1 de septiembre: tres manuscritos parisinos (A, B, F), cinco del Vaticano (C, D, G, X, Y) y uno de San Petersburgo (F). Lietzmann utiliza también dos manuscritos latinos de París (L, del siglo XV; M, del XII) que presentan una misma traducción de la *Vida* escrita por Antonio.

El editor distingue dos estados principales del texto, extremadamente fluctuante: por un lado, XY, a los que se aproxima mucho el latín de LM; por otro, A-G. Pero cuando X e Y se aproximan, los otros siete manuscritos griegos presentan entre ellos tales diferencias que es imposible colacionar dos entre sí.

El resultado es que no se puede reconstruir el texto original (*Ur-text*), ni establecer un *stemma codicum*. Una vez establecida la oposición XY(LM)/A-G, Lietzmann llega a las siguientes conclusiones respecto al grupo A-G: para este estado del texto, la forma menos alterada se encuentra en A, cuyo testimonio puede mejorarse gracias a B; los manuscritos C-G representan formas derivadas del mismo tipo de texto.

Todas estas consideraciones determinan la presentación de la edición de Lietzmann, cuya descripción da una idea de su complejidad: en la página de la derecha, el estado del texto XY(LM): texto griego con su aparato; texto latino con su aparato. A la izquierda, A-G: ocupando la página entera, el texto de A con dos aparatos: el primero, con todas las variantes de B; el segundo, con una selección de las variantes tomadas de los manuscritos C-G. Para los capítulos 22-27, ausentes de ACEFGXY, la disposición cambia: a la derecha, el texto griego es el de D, a la izquierda, el de B.

La edición de Lietzmann mereció, a pesar de sus esfuerzos, severas críticas: usa solo 9 de los 26 testimonios conocidos, y descuida casi por completo la tradición latina de la *Vida*.

Las traducciones de la *Vida de Simeón Estilita* a las lenguas modernas están basadas en el texto correspondiente al manuscrito A de la edición de Lietzmann. Es el caso de la versión francesa de A.-J. Festugière (*Vie et conduite du bienheureux Syméon le Stylite*, en la monografía del mismo autor *Antioche Païenne et Chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, de Boccard, París, 1959, pp. 493-506 y [para los caps. 28, 29, 32 y 33] 373-375); de la rusa de A. N. Egunov (*Vizantiiskie legendy*, ed. S. V. Poliakova, Ladomir, Moscú, 1972, pp. 25-36); de la inglesa de R. Doran (*The Life and daily Mode of Living of the Blessed Simeon the Stylite*, en *The Lives of Simeon Stylites*, Cistercians Publications, Kalamazoo, 1992, pp. 85-100); y de la italiana de R. Mazza²⁵. Hemos consultado todas estas traducciones, incluyendo

25. «Difronte alla città: il santo 'antipolitico'? Antonio, Vita e ascesi del beato Si-

la rusa, teniendo en cuenta especialmente las lecturas del texto griego propuestas por A.-J. Festugière en las notas de su traducción.

Vida de Daniel Estilita

La importancia histórica de esta obra es conocida desde hace mucho tiempo. En 1556 Luigi Lippomano publicó en Venecia la primera traducción latina, que pasó después, con otras muchas *Vidas* de santos traducidas por el mismo autor, a la famosa colección hagiográfica de Laurentius Surius (Colonia, 1570-1577). Esta versión latina, sin embargo, no estaba hecha a partir del texto griego original, sino de una reelaboración del mismo por Simeón Metafrasta (siglo X). La *Vida* griega de Simeón Metafrasta correspondiente a la traducción latina quedó inédita hasta 1864, en que Jean Baptiste Malou publicó las obras atribuidas al mencionado autor bizantino en la *Patrologia Graeca*, 114-116. Durante mucho tiempo la *Vida de Daniel Estilita* en la versión de Simeón Metafrasta fue citada como la versión original. Fue mérito de Hippolyte Delehaye corregir este error.

El insigne bolandista fue el autor, en 1913, de la *editio princeps* del texto griego original de la *Vida*, escrita por un contemporáneo de Daniel Estilita (*Analecta Bollandiana* 32 [1913], pp. 121-229). Diez años después, la reprodujo en su estudio magistral *Les saints stylites* ([Subsidia Hagiographica 14] Société des Bollandistes, Bruselas, 1923, pp. 1-94), con el título de *Sancti Danielis stylitae vita antiquior*, acompañada del texto griego de otras dos *Vidas* de Daniel: una *Vitae epitome*, sin fecha (pp. 95-103), y una *Vita tertia*, correspondiente a una nueva edición de la *Vida* escrita por Simeón Metafrasta (pp. 104-147).

La edición de la *Vita antiquior* está basada en cuatro manuscritos de los siglos XI-XII (OLPV) procedentes, según Delehaye, de dos recensiones diferentes en origen, debidas quizá al mismo autor. Cuando las diferencias entre la recensión primitiva (que Delehaye llama D y que corresponde en realidad al texto del manuscrito L) y su reelaboración (D'), que la mayor parte de las veces corresponde a los testimonios de PV) son demasiado grandes, el editor reproduce los textos por separado, situando la recensión D en la parte superior de la página; en caso contrario, las variantes se consignan en el aparato crítico.

Un breve estudio reciente ha demostrado, sin embargo, que la oposición entre estas dos recensiones es una simplificación de la situación real, ya que los cuatro testimonios manuscritos representan recensiones distintas y no homogéneas entre sí. Es cierto que L representa una

recensión más próxima al original (salvo en los capítulos 43-53, donde reproduce un texto retocado y abreviado), pero «hay que suponer una contaminación en fecha temprana entre varias recensiones o reediciones de la *Vida*», procedentes posiblemente del mismo autor (Déroche y Lesieur, 2010, 290).

Las traducciones de la *Vita antiquior* de Daniel Estilita a las lenguas modernas se han hecho siempre a partir de la «primera redacción» (D). Entre ellas cabe destacar: la traducción inglesa de E. Dawes y N. Baynes, *The Life and Works of Our Holy Father, St. Daniel the Stylite* (en *Three Byzantine Saints. Contemporary Biographies of St Daniel the Stylite, St Theodore of Sykeon and St John the Almsgiver*, Blackwell, Oxford, 1948, pp. 7-71); la francesa de A. J. Festugière, *Vie et vertus de notre saint père Daniel le Stylite* (en *Les moines d'Orient II. Les moines de la région de Constantinople. Callinicus, Vie d'Hypatios; Anonime, Vie de Daniel le Stylite*, Cerf, París, 1961, pp. 87-165) y la holandesa de P. W. van der Horst, *Daniël de pilaarheilige* (Meinema, Zoetermeer, 2009). La traducción alemana de H. Lietzmann, *Der heilige Daniel auf der Säule* (en *Byzantinische Legenden*, Diederichs, Jena, 1911, pp. 1-52) está basada en un manuscrito griego de Leipzig, entonces inédito, que Delehayne incorporaría a su edición (L). Hemos consultado todas estas traducciones, menos la holandesa, por desconocer esta lengua. Las notas de la traducción de Baynes y Dawes y, sobre todo, las de A.-J. Festugière son excelentes y han servido de inspiración para las nuestras juntamente con otros estudios recientes citados en la Bibliografía.

NUESTRA TRADUCCIÓN

Las traducciones de las dos *Vidas* que ofrecemos aquí y de *Historia eclesiástica* I, 13-14, de Evagrio Escolástico, son las primeras que se hacen directamente del griego al español. La *Vida de Simeón Estilita* está basada en la edición de H. Lietzmann antes mencionada (Leipzig, 1908); como los traductores que nos han precedido, hemos traducido el texto correspondiente al manuscrito A, teniendo en cuenta las sugerencias de A.-J. Festugière (París, 1959) a las que nos hemos referido más arriba. Nuestra versión de la *Vida de Daniel Estilita* traduce la «primera redacción» de la *Vita antiquior* editada por H. Delehayne en 1913 (es decir, el texto D; *v. supra*). Finalmente, la traducción del fragmento de la *Historia eclesiástica* de Evagrio Escolástico está hecha a partir de la edición de J. Bidez y L. Parmentier (Methuen, Londres, 1898; reimpr. Adolf M. Hakkert, Amsterdam, 1964). Esta edición del texto griego ha sido reeditada dos veces en los últimos años para acompañar otras tantas traducciones: una al alemán (por Adelheid Hübner; Brepols, Turn-

hout, 2007), y otra al francés (solo los libros I-III, por A.-J. Festugière, B. Grillet y G. Sabbah; Cerf, París, 2011). Aunque ambas versiones son anotadas, nos han resultado de mayor utilidad las notas de la traducción inglesa de M. Whitby (Liverpool University Press, Liverpool, 2000); también hemos consultado la versión francesa de A.-J. Festugière (*Byzantion* 45 [1975], pp. 187-488) y la italiana de F. Carcione (Città Nova, Roma, 1998).

Las dos *Vidas* son muy distintas entre sí, empezando por su extensión, y ofrecen distintos problemas al traductor. La de Simeón, tal y como ha llegado hasta nosotros en la deficiente edición de H. Lietzmann, es un texto breve, en general con escaso interés literario, esquemático y a veces confuso. La *Vida de Daniel* es, como ya hemos visto, una obra de un autor mucho más competente desde el punto de vista lingüístico y capaz de conseguir grandes momentos a largo de su relato. Sus referencias históricas, culturales, institucionales, geográficas, etc., son abundantes y usa con frecuencia términos técnicos relativos a la esfera religiosa, política y militar que son intraducibles por no tener un equivalente en nuestra lengua. Cuando son latinismos, los hemos sustituido por la forma latina correspondiente: *comes*, *magister militum*, *conventus*, etc. Si no lo son, los hemos mantenido en su forma original mediante una transliteración elemental del griego. En todos los casos, las palabras van en cursiva y con la nota explicativa correspondiente.

Son numerosas las citas bíblicas de la versión de los Setenta insertas en los textos, aunque con frecuencia están alteradas, porque los autores de las *Vidas*, como era costumbre entre los hagiógrafos, citan de memoria o adaptan el texto bíblico a su conveniencia. Las hemos traducido en cursiva con la referencia correspondiente.

Finalmente, como en otras obras de esta colección, a fin de facilitar la lectura de las *Vidas* hemos intercalado rúbricas que indican el contenido de los capítulos o de varios párrafos*.

BIBLIOGRAFÍA

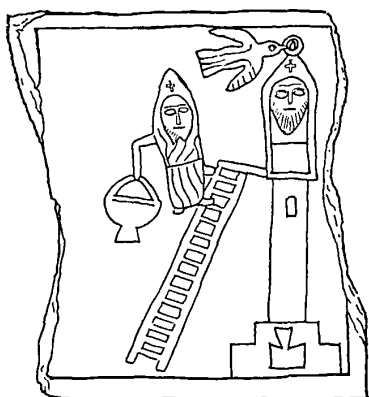
Se incluyen aquí solo los estudios que tienen relación directa con las dos obras traducidas. Omitimos —por estar citadas en el apartado correspondiente— las ediciones de los textos griegos y las traducciones de ambas *Vidas* a las lenguas

* Esta publicación forma parte del Proyecto de Investigación del FFI2011-29696-C02-01 del Plan General de I+D y desarrollado en el CCHS-CSIC bajo la dirección del doctor Pedro Bádenas de la Peña, a quien estoy muy agradecido por haber hecho posible que este libro vea la luz. Deseo expresar mi agradecimiento también a los doctores Jane Baun, Peregrine Horden y María del Carmen Simón Palmer por el envío de las fotocopias de algunos de los artículos citados a continuación, y a la profesora Paloma Ortiz García por la lectura del manuscrito de este libro y sus sugerencias.

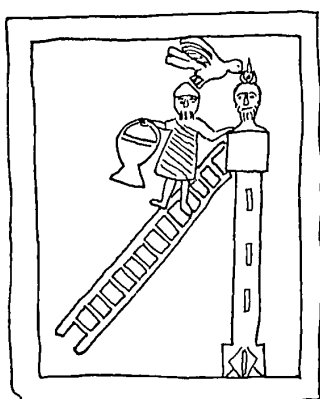
modernas. Para la bibliografía sobre estudios arqueológicos e iconográficos remitimos al artículo de L. A. Schachner (pp. 387-395) citado más abajo.

- Baynes, N. H., «The Vita S. Danielis Stylitae»: *The English Historical Review* 40 (1925), pp. 397-402.
- Binggeli, A., «Les stylites et l'eucharistie», en N. Bériou et al. (eds.), *Pratiques de l'eucharistie dans les Églises d'Orient et d'Occident (Antiquité et Moyen Âge)* (Collection des Études Augustiniennes: Série Moyen-Âge et Temps Modernes 45-46), París, 2009, 2 vols; t. 1, pp. 421-444.
- Brennecke, H. Chr., «Die Styliten als Römer», en U. Heil et al. (eds.), *Ecclesia est in re publica. Studien zur Kirchen- und Theologiegeschichte im Kontext des Imperium Romanum*, Berlín, 2007a, pp. 315-336 (= *Theologie und Kultur*, Halle, 1999, pp. 237-260).
- Brennecke, H. Chr., «Wie man einen Heiligen politisch instrumentalisiert. Der Heilige Simeon Stylites und die Synode von Chalkedon», en U. Heil et al. (eds.), *Ecclesia est in re publica*, Berlín, 2007b, pp. 291-314 (= *Leitbilder aus Kunst und Literatur*, Stuttgart, 2002, pp. 9-30).
- Callot, O. y Gatier, P.-L., «Les stylites de l'Antiochène», en B. Cabouret et al. (eds.), *Antioche de Syrie. Histoire, images et traces de la ville antique* (Topoi suppl. 5), Lyon/París, 2004, pp. 573-596.
- Caseau, B., «Syméon Stylite l'Ancien, entre puanteur et parfum»: *Revue des Études Byzantines* 63 (2005), pp. 71-96.
- Del Canto Nieto, J. R., «Relatos de estilistas en la historia, el cine y la literatura»: *Erytheia* 23 (2002), pp. 251-275.
- Delehay, H., *Les Saints Stylites*, Bruselas, 1923.
- Déroche, V. y B. Lesieur, «Notes d'hagiographie byzantine: Daniel le Stylite – Marcel l'Acémète – Hypatios de Rufinianos – Auxentios de Bithynie»: *Analecta Bollandiana* 128/2 (2010), pp. 283-295.
- Drijvers, H. J. W., «Spätantike Parallelen zur altchristlichen Heiligenverehrung unter besonderer Berücksichtigung des syrischen Stylitenkultes», en *Göttingen Orientforschungen*, 1. Reihe, *Syriaca* 17 (1978), pp. 77-113.
- Eastmond A., «Body vs. column: the cults of St. Symeon Stylites», en L. James (ed.), *Desire and Denial in Byzantium*, Aldershot, 1999, pp. 87-100.
- Festugière A.-J., *Antioche païenne et chrétienne. Libanius, Chrysostome et les moines de Syrie*, París, 1959.
- Flusin, B., «Syméon et les philologues ou la mort du stylite», en C. Jolivet-Lévy, M. Kaplan y J.-P. Sodini (eds.), *Les saints et leur sanctuaire à Byzance. Textes, images et monuments* (Byzantina Sorboniensia 11), París, 1993, pp. 1-23.
- Frankfurter, D., «Stylites and Phallobates: Pillar Religions in Late Antique Syria»: *Vigiliae Christianae* 44 (1990), pp. 168-198.
- Gaiffier, B. de, «La fête de S. Syméon Stylite dans la liturgie hispanique», en *Miscelánea en memoria de Dom Mario Férotin, 1914-1964*, Madrid, 1966, pp. 509-513.
- Gilli, G. A., *Arti del corpo. Sei casi di stilitismo*, Cavallermaggiore, 1999.
- Harvey, S. A., «The Sense of a Stylite: Perspectives on Simeon the Elder»: *Vigiliae Christianae* 42 (1985), pp. 376-394.

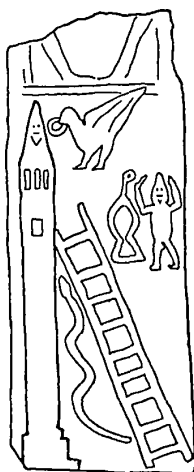
- Harvey, S. A., «The Stylite's Liturgy: Ritual and Religious Identity in Late Antiquity»: *Journal of Early Christian Studies* 6 (1998), pp. 523-539.
- Hesse, O., «Das altkirchliche Mönchtum und die kaiserliche Politik am Beispiel des Apophthegmen und der Viten des Symeon Stylites und des Daniel Stylites», en M. F. Wiles y E. J. Yarnolf (eds.), *Studia Patristica* 34, Lovaina, 2001, pp. 88-96.
- Hiestand, R., «Der Säulenheilige», en L. Schrader (ed.), *Alternative Welten in Mittelalter und Renaissance* (Studia humaniora 10), Düsseldorf, 1988, pp. 19-42.
- Kaplan, M., «L'espace et le sacré dans la Vie de Daniel le Stylite», en M. Kaplan (ed.), *Le sacré et son inscription dans l'espace à Byzance et en Occident. Études comparées* (Byzantina Sorbonensia 18), Paris, 2001, pp. 199-217.
- Lane Fox, R., «The Life of Daniel», en M. J. Edwards y S. Swan (eds.), *Portraits: biographical representations in the Greek and Latin literature of the Roman Empire*, Oxford, 1997, pp. 175-225.
- Miller, D., «The Emperor and the Stylite: A Note on the Imperial Office»: *The Greek Orthodox Theological Review* 15 (1970), 207-212.
- Peeters, P., «Un saint hellénisé par annexion: Syméon Stylite», en *Orient et Byzance. Le trésors oriental de l'hagiographie byzantine* (Subsidia Hagiographica 26), Bruselas, 1950, pp. 93-136.
- Peña, I. et al., *Les stylites syriens*, Milán, 1975.
- Sansterre, J. M., «Les saints stylites du V au XI siècle, permanence et évolution d'un type de sainteté», en J. Marx (ed.), *Sainteté et martyre dans les religions du Livre*, Bruselas, 1989, pp. 33-45.
- Schachner, L. A., «The Archaeology of the Stylite», en D. M. Gwynn y S. Bangert (eds.), *Religious Diversity in Late Antiquity*, Leiden/Boston, 2010, pp. 329-397.
- Sodini, J.-P., «La hiérarchisation des espaces à Qal'at Sem'an», en M. Kaplan (ed.), *Le sacré et son inscription dans l'espace à Byzance et en Occident. Études comparées* (Byzantina Sorbonensia 18), Paris, 2001, pp. 251-262.
- Soler, E., «La figure de Syméon Stylite l'Ancien et les controverses christologiques des V^e-VI^e siècles en Orient», en S. Crogiez-Pétrequin (ed.), *Mélanges en l'honneur de Françoise Thelamon*, Rouen, 2005, pp. 187-210.
- Vivian, M. R., «Daniel and the Demons: The Battle Against Evil as Central to the Authority of the Monk», en M. F. Wiles y E. J. Yarnolf (eds.), *Studia Patristica* 35, Lovaina, 2001, pp. 191-197.
- Vivian, M. R., «Monastic mobility and Roman transformation. The example of St. Daniel the Stylite», en E. Young, M. Edwards y P. Pervis (eds.), *Studia Patristica* 39, Lovaina, 2006, pp. 461-466.
- Wright, G. R. H., «The Heritage of the Stylites»: *Australian Journal of Biblical Archaeology* 1 (1970), 82-107.



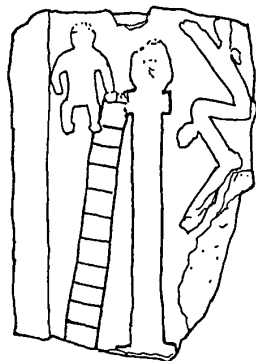
Estela de Simeón Estilita. Staatliche Museen, Berlin. (Según V. H. Elbern, «Eine Frühchristliche Reliefdarstellung des Älteren Symeon Stylites»: *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* 80 [1965] 280-304, fig. 1).



Estela con santo estilita. Museo de Hama (Siria). (Según G. R. H. Wright, «The Heritage of the Stylites»: *Australian Journal of Biblical Archaeology* 1 [1970] 85, fig. 2).



Estela de Simeón Estilita. Museo del Louvre, París. (Según V. H. Elbern, art. cit., fig. 2).



Estela con santo estilita. Museo de Damasco. (Según V. H. Elbern, art. cit., fig. 4).



Escenas de la vida de Simeón Estilita. Fol. 2 v. del cód. 14 del monasterio de Esfigmenu, monte Atos (Grecia), siglo XI.



Daniel Estilita abraza a su maestro Simeón en lo alto de la columna (detalle).



Dormición de san Efraín el Sirio. Icono del monasterio de Iviron, monte Atos (Grecia), mediados del siglo xv.



Simeón Estilita. Exvoto procedente de los alrededores de Hama (Siria), siglo vi.
Museo del Louvre, París.

LA VIDA SOBRE UNA COLUMNA

1
2
3

VIDA Y CONDUCTA DEL BIENAVENTURADO SIMEÓN ESTILITA

Prólogo

1. Un misterio extraño e insólito ha ocurrido en nuestros días. Yo, el pecador y humildísimo Antonio, he decidido contarle por escrito en la medida en que lo entiendo. Esta obra está llena de edificación y de compunción; por eso os lo ruego: aplicad el oído y escuchad lo que yo alcanzo a entender.

Infancia. El pequeño Simeón en la iglesia

2. Cuando el santo y muy bienaventurado Simeón era niño, apacentaba el rebaño de su padre, como el profeta David¹. El santo domingo, acudía a la iglesia a oír la palabra de Dios y escuchaba con placer las sagradas Escrituras, aun sin entender qué era lo que oía.

Cuando creció en edad, movido por la palabra de Dios, entró un día en la santa iglesia. Al oír la lectura del Apóstol, pregunta a un monje:

—Dime, padre, ¿qué es lo que se está leyendo?

—Es sobre la continencia del alma —responde el anciano.

—¿Qué es la continencia del alma?

—Hijo, ¿por qué me lo preguntas? Veo que eres joven de edad, pero tienes el entendimiento de un anciano.

—No te estoy poniendo a prueba, padre, es que me extraña la expresión.

—La continencia es la salvación del alma, pues conduce a la luz y lleva al reino de los cielos.

—Venerable padre, explícame lo que me estás diciendo, porque soy un ignorante.

3. Le dice el anciano:

—Hijo, es cuando uno ayuna sin interrupción en nombre de Dios y le reza todas las oraciones cuando se debe, es decir, una a la hora tercera y, de la misma manera, otra a la sexta, otra a la nona, otra a la duodécima y así sucesivamente, como hacen en los monasterios. Si compren-

des lo que has oído, hijo, medítalo en tu corazón, pues deberás pasar hambre y sed, soportar ultrajes, bofetadas y vituperios, gemir y llorar, padecer tribulaciones y los vaivenes de la fortuna², renunciar a la salud y al deseo; conocer la humillación y sufrir muchos padecimientos entre los hombres, y así serás consolado por los ángeles. Ahora que has oído todas estas advertencias, que el Señor de la gloria te conceda tomar una buena decisión, acorde con su voluntad.

Ingreso en el monasterio

4. Ante estas palabras, san Simeón sale de la iglesia, se marcha a un lugar solitario, se echa de bruces al suelo y se queda llorando y rezando a Dios durante siete días, sin probar comida ni bebida. Transcurridos los siete días, se levanta y se va corriendo a un monasterio. Y echándose a los pies del archimandrita³, le implora a gritos:

—¡Apiádate de mí, padre, que soy una persona vil y desgraciada! ¡Salva a un alma que va a la ruina, pero que anhela servir a Dios!

—¿Quién y de dónde eres? —le pregunta el archimandrita—. ¿Cómo te llamas? ¿De dónde has venido?

—Soy de familia libre —responde el bienaventurado Simeón— y me llamo Simeón. Pero no me preguntes, señor, cómo he llegado hasta aquí ni quiénes son mis padres, te lo suplico. Redime a un alma que va a la ruina.

El archimandrita, ante esta súplica, lo levanta del suelo y le dice:

—Si vienes enviado por Dios, el Señor te protegerá de toda maldad e insidia; estarás al servicio de todos, para que todos te amen.

Uso del cilicio en secreto, origen de un hedor insoportable

5. Entretanto, sus padres no dejaban de llorar y de buscarlo. Pero el santo pasaba el tiempo en el monasterio sirviendo a todos, ganándose el amor de todos y cumpliendo la regla del monasterio.

Un día sale del monasterio y encuentra sobre el pozo el cubo con el que sacaban el agua, atado con una cuerda. Entonces desata la cuerda, se va a un lugar solitario y se la enrolla por todo el cuerpo; luego se pone encima una túnica hecha de crines y regresa al monasterio.

—He salido por agua —dice a sus hermanos— y no he encontrado la cuerda del cubo.

—¡Calla —le advierten sus hermanos—, que nadie se lo diga al archimandrita!

Nadie se dio cuenta de que se había enrollado la cuerda por debajo de la túnica. Pasó más de un año con la cuerda ceñida a su carne, y la cuerda se la fue royendo, de suerte que quedó cubierta por la carne po-

drida del Justo y, a causa del hedor, no se podía estar a su lado; pero nadie se enteró del secreto. Además, su lecho se llenaba de gusanos, pero nadie sabía lo que había ocurrido⁴.

Fricciones con los demás monjes por sus excesos ascéticos

6. Cogía su comida y se la daba a los pobres sin que nadie lo supiera. Un día sale uno de los monjes y lo sorprende repartiendo entre los pobres el pan y las legumbres que había recibido. (Todos ayunaban hasta el anochecer, mientras que san Simeón comía solo de domingo a domingo). El monje entró y le denunció ante el archimandrita:

—Por favor, Tu Santidad⁵, ese hombre quiere acabar con el monasterio y la regla monástica que tú nos diste.

—¿Cómo que quiere acabar con la regla?

—A nosotros se nos ha inculcado la tradición de ayunar hasta el anochecer, pero ese come solo de domingo a domingo y cada día entrega a escondidas a los pobres el pan y las legumbres que recibe. Y no solo esto, sino que de su cuerpo sale un hedor insoportable, hasta el punto de que no hay quien esté a su lado. ¡Su lecho se ha llenado de gusanos y no podemos aguantarlo! En fin, si quieres, quédate aquí con él y nos vamos nosotros o, si no, échalo para que vuelva al lugar de donde ha venido.

Se descubre el origen del hedor y de los gusanos

7. Ante estas palabras, el archimandrita se quedó estupefacto. Entonces inspecciona el lecho y lo encuentra lleno de gusanos. A causa del hedor, no podía seguir allí.

—He aquí al nuevo Job —dice el archimandrita; y agarrándolo, le pregunta—: ¿Por qué has hecho esto, hombre? ¿De dónde viene este hedor? ¿Por qué engañas a tus hermanos? ¿Por qué estás acabando con la regla del monasterio? ¿O es que eres un espectro? Vete a otro lugar a morir, lejos de nosotros. ¿Por tu culpa iba yo quizás a ser puesto a prueba, desdichado de mí?⁶. Si fueras un hombre de verdad nacido de unos padres dotados de razón, nos habrías revelado quiénes son tu padre y tu madre y tu familia, y de dónde has venido hasta aquí.

Ante estas palabras, el santo bajaba la mirada al suelo y permanecía callado, sin decir nada⁷, mientras sus lágrimas inundaban el lugar donde estaba. Pero el archimandrita, fuera de sí, ordena a los monjes:

—Desnudadlo, veamos de dónde viene este hedor.

Expulsión del monasterio

8. Intentaron desnudarlo, pero no pudieron: se le había pegado la ropa a causa de la carne putrefacta. Tres días estuvieron mojándolo sin cesar con agua tibia mezclada con aceite, y de esta manera, causándole mucho dolor, consiguieron desnudarlo. Pero con la ropa le arrancaron también la carne putrefacta y descubrieron la cuerda enrollada a su cuerpo, tan hundida que no asomaba al exterior ningún trozo, a no ser las puntas; y en cuanto a los gusanos que llevaba encima, era imposible hacerse una idea. Todos los monjes se quedaron estupefactos ante él viendo aquellas heridas incurables, y discutían entre ellos sobre de qué manera y con qué artificio podrían arrancarle la sogá. San Simeón, por su parte, gritaba:

—Por favor, señores hermanos, dejad morir así a este perro maloliente, porque son mis actos los que me han hecho merecedor de esta condena; toda injusticia y codicia han nacido conmigo, pues yo soy el océano de los pecados.

Los monjes y el archimandrita lloraban al ver aquellas heridas incurables. Le dice el archimandrita:

—Todavía no llegas a los dieciocho años. ¿Qué pecados tienes?

—El profeta Daniel dice: *He aquí que en la iniquidad fui concebido y en el pecado me dio a luz mi madre*^a; en cualquier caso, yo también estoy revestido de pecados semejantes⁸.

Ante su prudente respuesta, el archimandrita se quedó sorprendido de que, campesino como era, sintiera tanta compunción y se viera incitado así al temor de Dios. Llamó a dos médicos y estos, causándole grandes penas y sufrimientos —hasta el punto de que llegaron a pensar que estaba muerto—, le extrajeron la cuerda separándosela de la carne que se había pegado a su alrededor; después lo cuidaron durante cincuenta días atendiéndolo por turnos.

—Mira, hijo —le dice el archimandrita—, ya estás curado: vete adonde quieras.

Se arroja a un pozo

9. Entonces san Simeón se fue del monasterio. Pero he aquí que cerca del monasterio había un pozo en el que no quedaba agua, sino que dentro habitaba una multitud de malvados espíritus impuros; y no solo espíritus impuros, sino también una cantidad incalculable de áspides, víboras, serpientes y escorpiones; por eso todos temían pasar por aquel lugar. Pues bien, allí va san Simeón sin que nadie lo sepa y, des-

a. Sal 50, 7.

pués de persignarse en nombre de Cristo, se lanza dentro del pozo y se esconde a un lado.

Visión del superior del monasterio

10. Diez días después de su salida del monasterio, el archimandrita ve en sueños a una multitud incalculable de hombres vestidos de blanco rodeando el monasterio con antorchas en la mano.

—Ahora mismo te quemamos aquí —le dicen— si no nos entregas al siervo de Dios, Simeón. Pero ¿por qué motivo lo has echado? ¿Qué ha hecho para que lo hayas expulsado del monasterio? ¿Cuál ha sido su falta? ¡Dínoslo, antes de que te prendamos fuego! ¿No sabes qué tenías en tu monasterio? Porque él será considerado más grande que tú en el Día del Miedo y el Terror.

Al despertarse, el archimandrita, tembloroso, dice a los monjes:

—¡Ahora veo que ese hombre es un siervo genuino de Dios! *Esta noche he sufrido mucho en sueños por causa suya*^a. Pero ¡venga, hermanos!, os lo suplico: recorred el lugar y encontrádmelo. Y si no lo encontráis, ¡que ninguno de vosotros vuelva aquí!

Rescate y reconciliación

11. Salieron y lo buscaron por todas partes, pero como no lo encontraron, volvieron.

—De verdad, señor —dicen al archimandrita—, no hemos dejado un lugar donde no lo hayamos buscado, a no ser aquel por el que nadie se atreve a pasar a causa de la gran cantidad de serpientes salvajes.

—Hijos —les responde el archimandrita—, rezad una oración, coged antorchas y ¡adelante!, bajad a buscarlo.

Después de haber rezado sobre el pozo durante tres horas, descolgaron con sogas a cinco monjes provistos de antorchas. Las serpientes, al advertir su presencia, se refugiaron en los rincones; en cuanto a san Simeón, tan pronto como los vio, les dijo a gritos:

—Os lo suplico, hermanos míos y siervos de Dios, concededme un poco de tiempo para entregar mi espíritu; ya he vivido lo suficiente, porque no he sabido llevar a término lo que me había propuesto.

Pero los monjes lo hicieron subir a la fuerza con gran violencia, arrastrándolo como a un malhechor, y se lo llevaron al archimandrita. Este, al verlo, se echó a sus pies exclamando:

—Perdóname, siervo de Dios, sé tú mi maestro y enséñame qué tiene y qué beneficios proporciona la perseverancia.

a. Mt 27, 19.

Huida a Talanis (Telanis)

12. San Simeón no dejaba de llorar ni de suplicar a Dios. Pero después de vivir tres años en el monasterio, lo abandona sin que nadie se entere y se va a un sitio deshabitado en el que había varios campos. Muy cerca se encontraba un lugar llamado Talanis⁹. Allí se construye un pequeño recinto con piedras en seco y resiste cuatro años de pie en el centro del mismo, soportando la nieve, la lluvia y el calor ardiente. Eran muchos los que iban a visitarlo. Su comida eran lentejas en remojo, y su bebida, agua¹⁰.

Primeras columnas. Aumenta su fama

Después de esto, se hizo una columna de cuatro codos y estuvo siete años de pie sobre ella, mientras su fama se extendía por todas partes. Transcurrido este tiempo, las multitudes le construyen dos cercados con piedras en seco, ponen una puerta al cercado interior y le hacen una columna de treinta codos de alto¹¹. Sobre ella estuvo quince años de pie, llevando a cabo muchas curaciones. Porque muchos endemoniados acudían a él y eran sanados.

Simeón, instrumento de Dios

13. San Simeón imitaba a su maestro Cristo, a quien invocaba cuando hacía que los cojos caminaran, los leprosos se vieran limpios, los mudos hablaran, los paráliticos corrieran y los enfermos crónicos se curaran; a cada uno de ellos les hacía la siguiente advertencia y exhortación:

—Si alguien te pregunta quién te ha curado, responde: «Me ha curado Dios». Ni se te ocurra decir: «Me ha curado Simeón», porque de lo contrario volverás a los padecimientos de antes. Y te lo advierto: jamás mientas ni jures invocando a Dios. Si te ves obligado a jurar, jura en mi nombre, que soy un ser insignificante, ya sea diciendo la verdad o mintiendo. Porque es un pecado grave y una cosa terrible jurar por Dios¹².

La madre lo encuentra

14. Escuchad un milagro portentoso, extraordinario:

La madre de san Simeón se enteró al cabo de veinte años de dónde estaba su hijo y fue corriendo a su encuentro, pues quería verlo después de tantos años; pero por más que lloró para contemplarlo, no se lo permitieron. Como deseaba mucho ser bendecida por sus santas manos, se vio obligada a escalar el muro del cercado con una escalera; pero en ple-

na subida se estrelló contra el suelo, sin haber podido verlo. San Simeón le transmitió el siguiente mensaje:

«Perdóname, madre, de momento. Si somos dignos de ello, nos veremos en la otra vida».

Pero ella, al oír sus palabras, ardía todavía más en deseos de verlo. Entonces san Simeón le transmitió este otro mensaje:

«Cálmate, mi señora madre. Ya que has venido de lejos y te has fatigado por mí, que soy un miserable, ¡venga!, échate un rato, descansa, recobra fuerzas y dentro de un poco te veré».

La madre, tras oír sus palabras, se tumbó en el vestíbulo del santo e inmediatamente entregó su espíritu a Dios. Cuando los celadores fueron a despertarla, la encontraron muerta y se lo anunciaron al santo. Este, al oír la noticia, ordena que se la lleven adentro y la hace poner delante de la columna. Después de haberla contemplado, empezó a suplicar entre lágrimas:

—*Señor, Dios de los poderes^a, Guía de la luz y Auriga de los querubines, Tú que guiaste a José^b, que diste la fuerza a tu profeta David contra Goliath, que resucitaste a Lázaro de entre los muertos al cabo de cuatro días, ¡levanta tu diestra y recibe en paz el alma de tu sierva!*

Mientras rezaba, los santos restos de su madre comenzaron a moverse y en su rostro apareció una sonrisa. Todos los testigos se quedaron estupefactos y daban gloria a Dios. Después de haber celebrado el funeral, la enterraron delante de la columna del santo para que se acordara de ella en sus oraciones¹³.

La cierva preñada

15. Escuchad otro misterio insólito y extraordinario:

Unas personas viajaban desde muy lejos para obtener una plegaria suya. En esto, sale a su encuentro una cierva preñada que estaba paciendo. Uno de ellos dice a la cierva:

—Te conjuro por el poder de san Simeón: ¡quieta ahí para que te alcance!

La cierva se detuvo inmediatamente y él, tras capturarla, la degolló, y se comieron la carne; la piel se quedó allí. Pero al instante se les trabó la lengua y comenzaron a balar como animales. Entonces echaron a correr y se postraron delante de la columna del santo implorando su curación.

Aquellos hombres rellenaron con paja la piel de la cierva, y esta piel quedó expuesta largo tiempo para conocimiento público de los hechos.

a. Cf. Sal 79, 5. 8. 15. 20.

b. Sal 79, 2.

En cuanto a ellos, después de haber hecho penitencia durante un tiempo suficiente, lograron su curación y regresaron a sus casas.

La mujer que se tragó una serpiente

16. Escuchad otro suceso insólito y digno de admiración:

Una mujer que tenía sed por la noche quiso beber agua; entonces coge el cántaro de agua y, con el agua, se traga una pequeña serpiente. Alimentada en el vientre de la mujer, la serpiente se hizo grande, mientras que la cara de aquella adquirió el aspecto de la hierba verde. Acudieron muchos médicos a curarla, pero no pudieron. Sin embargo, sus familiares, que se habían enterado de los milagros y curaciones que hacía el santo de Dios, Simeón, toman a la mujer consigo, se la llevan al santo y le explican todo la relacionado con ella. Él les ordena:

—Metedle en la boca un poco de esta agua y de esta tierra¹⁴.

Después que cumplieron lo que les había ordenado, la serpiente comenzó a agitarse delante de todos. Entonces tira al suelo a la mujer, sale fuera de su cuerpo y, tras esconder la cabeza en medio de la verja¹⁵, se muere. Todos dieron gloria a Dios.

*Tercera columna. Afluencia de sarracenos.
Indiferencia ante la gangrena*

17. Cambiaron la columna del santo por otra de cuarenta codos de altura, y su fama se extendió por todo el mundo habitado. Por esa razón acudió a él el pueblo de los sarracenos¹⁶, inflamados en su fe, y él los llenaba de compunción, moviéndoles al temor a Dios.

Pero el diablo, que odia a los hombres y que habitualmente pone a prueba a los santos y es pisoteado por ellos, le hizo una úlcera en el muslo semejante a la del bienaventurado Job, causándole el dolor del llamado «bubón»¹⁷. El muslo se le gangrenó por completo y durante dos años se sostuvo sobre un solo pie¹⁸. Innumerables gusanos caían desde su muslo al suelo¹⁹, por lo que los discípulos más próximos al santo no tenían otra ocupación que recogerlos y llevarlos de nuevo al lugar desde donde habían caído, mientras el santo decía a los gusanos:

—Comed de lo que el Señor os ha dado.

El gusano que se convirtió en perla

18. Por voluntad de Dios ocurrió que el rey de los sarracenos fue a verlo para que rezara por él. Apenas se había acercado a la columna para ser bendecido por san Simeón en persona, cuando el santo de Dios, al verlo, comenzó a impartirle sus enseñanzas. Y en esto que, en plena

conversación, un gusano se le cae del muslo y atrae la atención del rey; este, no sabiendo qué es lo que se ha caído, va corriendo a recogerlo; y entonces se pone el gusano sobre los ojos y sobre el corazón y sale del cercado con él en la mano.

El santo manda a decirle lo siguiente:

«Entra y deja lo que has cogido, pues me das pena, pecador de mí. Es un gusano maloliente caído de carne maloliente. ¿Por qué mancharte las manos tú, un hombre que goza de honores?».

Tras dirigirle el Justo estas palabras, el sarraceno regresa y le responde:

—Esto me servirá de bendición y para remisión de mis pecados.

Pero cuando abrió la mano, lo que había en ella era una perla preciosa. Al verla, empezó a dar gloria a Dios:

—¡Mira! —dice al Justo—, lo que tú has dicho que era un gusano, es una perla que no tiene precio; con ella el Señor me ha iluminado.

Ante estas palabras, el santo le responde:

—Por tu fe, que sea para ti durante todos los días de tu vida, y no solo para ti, sino también para tus hijos.

Después de recibir su bendición, el rey de los sarracenos regresó a su casa contento y en paz.

El dragón herido

19. Escuchad otro misterio:

En la montaña donde estaba el santo, en la ladera oriental, habitaba un enorme dragón; por eso, en aquel lugar no crecía ni una hierba. Pues bien, a aquel dragón le sucedió que, mientras salía a refrescarse, se le metió una astilla en el ojo. Durante mucho tiempo no hubo quien pudiera soportar su silbido de dolor. Hasta que un día el dragón sale de su guarida arrastrándose y, ante la mirada de todos, llega al vestíbulo del cerca-do y se tumba; entonces, de repente, se le abre el ojo y se le cae la astilla.

Se quedó allí tres días, hasta que recuperó la salud. Y así, emprendió el regreso a su guarida, en presencia de todos y sin haber causado daño a nadie; al contrario, había estado echado como una oveja en el vestíbulo del Justo, mientras todo el mundo entraba y salía sin recibir daño alguno.

El salteador de caminos

20. Escuchad otro milagro extraordinario:

Había un jefe de salteadores en Siria llamado Antíoco, de sobrenombre Gónatas²⁰, de cuyas fechorías se hablaba en todo el mundo. De todas partes enviaban soldados para capturarlo y llevarlo a Antioquía, pero

nadie podía hacerlo por el gran poderío de su fuerza. En Antioquía habían preparado osos y otros animales salvajes, pues debía enfrentarse a estas fieras, y toda la ciudad estaba conmocionada por culpa suya.

En esto que los soldados salen a capturarlo y lo encuentran bebiendo en el albergue de una aldea; y rodean el albergue. Él, en cuanto se da cuenta, empieza a montar una escena. Cerca de la aldea pasaba un río; aquel bandido, que tenía una yegua a la que daba órdenes como si fuera un hombre, se levanta, echa su ropa sobre la yegua y le ordena:

—Ve al río y espérame allí.

La yegua sale del albergue dando mordiscos y coces, se va al río y se pone a esperarlo. El bandido, por su parte, sale también del albergue blandiendo la espada y gritando al tropel de soldados:

—¡Huid, no sea que muera alguno!

Ninguno de los soldados pudo someterlo. Escapando a todos los que lo vigilaban, cruzó el río con su yegua y cabalgó hasta llegar al cercado de san Simeón²¹. Tras entrar en él, se echó al suelo delante de su columna; pero he aquí que los soldados se concentraron también en el cercado del santo. Entonces, este les dice lo siguiente:

—Con nuestro Señor Jesucristo fueron crucificados dos ladrones: uno recibió su merecido por sus fechorías, mientras que el otro heredó el reino de los cielos. Si alguno de vosotros es capaz de enfrentarse a Aquel que ha enviado a este hombre, que se acerque y que él mismo se lo lleve. Porque yo ni lo he traído ni puedo dejarlo marchar: no puedo, porque que el que lo ha enviado hasta este lugar lo reclama para sí. Por tanto, que nadie me censure, miserable de mí, que ya estoy sumamente consternado por mis muchos pecados —y tras dirigirles estas palabras, los despidió.

Cuando se fueron, dice el bandido:

—Mi señor, yo me voy.

—¿A los mismos crímenes, otra vez? —le pregunta el santo.

—No, amo. Me llama el Señor —y tras extender sus brazos al cielo, ya no dijo nada más, sino solo—: ¡Hijo de Dios, acoge mi espíritu en paz!

Estuvo llorando durante dos horas, hasta el punto de que hizo llorar también al santo y a las personas presentes. Finalmente, se echó delante de la columna del Justo y entregó su espíritu en el acto. La multitud amortajó su cuerpo y lo enterró junto al cercado del santo.

Al día siguiente, llegan de Antioquía más de cien hombres armados con espadas para detener al bandido.

—¡Danos a ese que tienes!— empezaron a gritar al Justo.

—Hermanos —les respondió el santo—, el que lo envió aquí es más fuerte que vosotros. Como tenía necesidad de él, pensando que le sería útil, ha enviado en su busca a dos terribles soldados armados, capaces

de fulminar vuestra ciudad y a sus habitantes, y se lo ha llevado. Yo, pecador de mí, cuando vi su terrible aspecto, me asusté y no me atreví a llevarles la contraria, no fuera que me mataran, pobre de mí, por oponerme a Dios.

Aquellos hombres, después de escuchar las palabras del santo y saber de qué manera tan gloriosa había entregado su espíritu el jefe de los salteadores, alabaron a Dios, llenos de temor, y regresaron a Antioquía.

Milagro de la fuente

21. Escuchad otro milagro tremendo y famoso:

En el lugar donde estaba el santo no había rastro de agua, y la multitud de animales y de personas que iba al lugar de san Simeón moría de sed. Entonces el santo hizo una plegaria y durante siete días no habló a nadie, sino que permaneció arrodillado y rezando, de manera que todos creyeron que ya se había muerto. Pero hacia la quinta hora del séptimo día empezó a brotar agua a borbotones en el lado oriental de su cercado, y después de haber excavado, descubrieron una especie de cueva llena de agua. En ese lugar construyeron siete bocas, y todos alabaron al Dios del cielo y de la tierra²².

La reina de los sarracenos

[22. *Cierta reina de los sarracenos que era estéril fue a pedir al santo que pudiera tener hijos, pues cada día sufría los reproches de su marido. Se quedó esperando durante varios días cerca de la columna de Simeón, haciendo muchas genuflexiones y súplicas, hasta que el santo mandó a decirle lo siguiente:*

—Vete a casa, que el Señor puede proporcionarte lo que te conviene.

De vuelta a casa, se unió a su marido e inmediatamente se quedó embarazada. Dio a luz a una niña, pero esta durante cinco años no pudo ni hablar ni caminar. Entonces la madre, acompañada de su marido y de su hija, acude llorando a san Simeón, y este les responde:

—Quedaos aquí, que Dios os puede ayudar.

Pero después de pasar allí siete días sin recibir ningún beneficio, entristecidos, se marcharon diciendo:

—¡El Señor no ha querido en absoluto curarla!

Ya en pleno camino de vuelta y cuando se habían alejado mucho, se giran para ver la columna de san Simeón, y he aquí que la hija, de repente, rompe a gritar:

—¡Gloria a ti, san Simeón!

Al ver aquello, los padres de la niña dieron gloria a Dios a causa de san Simeón.

La mujer disfrazada de soldado

23. Escuchad otro misterio:

Un día, mientras unos soldados iban de viaje, una mujer que tenía grandes deseos de ver la cara de san Simeón <se preguntaba> con qué pretexto lo vería; entonces planeó ponerse ropa de hombre y así verlo. Un día vio a muchos soldados que iban hacia el santo y, tras disfrazarse de soldado, se puso a caminar a su lado²³. Al llegar al lugar donde se encontraba la columna de san Simeón, dice a los soldados que estaban con ella:

—Hermanos, si queréis, dejadme aquí vuestros animales y entrad para ser bendecidos por el Justo; cuando hayáis salido vosotros, entonces entraré yo a mi vez para tener el honor de recibir su bendición.

Cuando entraron y se arrodillaron, les dice san Simeón:

—Uno de vosotros se ha quedado fuera.

—Sí, señor, está vigilando nuestros animales.

—Salid y decidle: «No te preocupes^a, pues has sido escuchado y bendecido por el Señor».

Ellos salieron y, entre ruegos, le preguntaron:

—¿Qué buena acción has hecho a los ojos de Dios? Porque, mira, el Justo nos ha dicho: «Decidle al soldado que os acompaña, al que se ha quedado afuera: 'No te preocupes, tu súplica ha sido escuchada y tú has sido bendecido por el Señor'».

Entonces ella respondió:

—Os lo confesaré, hermanos; soy una mujer y tenía un gran deseo de ver al Justo, ya que soy pecadora.

Cuando escucharon su respuesta, los soldados, llenos de estupor, dieron gloria a Dios a causa de san Simeón y se fueron en paz.

Milagro marítimo

24. Otro misterio, si quieres oírlo:

Habiéndose reunido una gran muchedumbre de hombres y mujeres <para recibir su bendición, el diácono fue>²⁴, según la costumbre, con incienso y le dijo a gritos:

—Siervo de Dios, el pueblo está esperando a recibir tu bendición. Por favor, despídelos porque, mira, ya llevan mucho tiempo esperando y no han recibido ninguna respuesta.

Y es que su espíritu no estaba presente. Mientras yo mismo lo llamaba a gritos con insistencia sin obtener respuesta, el diácono empezó a lanzar agudos gemidos junto a la columna, creyendo que había muerto.

a. Lc 7, 6.

Ante esto, la multitud del pueblo empezó a gritar y a golpearse fuertemente el pecho, lamentándose por sus pecados. Pero al cabo de bastante tiempo regresó su santo espíritu y contestó diciendo al pueblo:

—Hermanos, durante este tiempo un gran barco con unas trescientas almas a bordo ha sufrido los embates de una tempestad en el mar. Todos daban grandes gritos invocando a Dios nuestro Señor en su auxilio. Y como me llamaban a gritos entre tremendos juramentos y yo veía lo que les estaba ocurriendo, supliqué a Dios, siempre magnánimo con nuestros pecados, que calmara el mar; y entonces, tendiéndoles la mano, los salvé a todos.

Ante este misterio, la multitud del pueblo dio gloria a Dios a causa de san Simeón, y el Justo los bendijo y los dejó ir en paz.

Curación de una serpiente

25. *A una serpiente hembra le salió una gran excrecencia y, a causa de sus dolores, hizo una carrera de casi una milla²⁵. El macho, que compartía su sufrimiento, la tomó consigo y se fue con ella a ver al señor Simeón. Pero cuando llegaron junto a la columna se separaron el uno de la otra: la hembra, que no se atrevía a dejarse ver por el Justo, se fue a la parte reservada a las mujeres, mientras que el macho, después de meterse entre aquella muchedumbre, se postró delante de la columna, moviendo la cabeza de arriba abajo y suplicando al Justo. La gente, al ver el enorme tamaño de la serpiente, salió huyendo lejos de ella; pero san Simeón, ante el revuelo, les dijo:*

—No huyáis, hermanos, pues es verdaderamente una súplica lo que lo ha traído hasta aquí. Su hembra está gravemente enferma y ha ido a la parte reservada a las mujeres —y dice a la serpiente—: Coge barro del suelo y llévaselo a tu esposa; pónselo encima, sopla sobre ella y esto la curará.

La serpiente cogió barro y fue a buscar a su hembra. Ante aquello, la gente lo siguió para observar qué iba a hacer. Entonces ven que la hembra está erguida fuera de la verja, con su gran excrecencia. La serpiente macho coge el barro, se lo aplica a la hembra y, tras soplar sobre ella, la cura en presencia de todos. Finalmente, la tomó consigo y se fue. La muchedumbre, a la vista de aquel misterio, dio gloria a Dios.

Súplicas de la población a consecuencia de un terremoto.

El campesino ejemplar

26. *Hubo otro milagro que ocurrió en sus días. Cuando la gran oleada de pánico se extendió por todo el mundo habitado²⁶, toda Anatolia y Antioquía acudieron a él implorándole su intercesión ante Dios. En*

efecto, se habían derrumbado muchas casas, habían muerto muchas personas, e incluso el santo y su columna habían sido sacudidos como una caña por el viento.

Llorando con ellos, dijo a la muchedumbre:

—Hermanos, todos se depravaron, a la vez se corrompieron <no hay uno que obre bien>, no hay ni uno solo^a. No me escucháis. Pero para tener más el uno que el otro, vuestras fornicaciones e injusticias han sobreabundado. De verdad os lo digo, hermanos: me resulta más fácil hablar con el Señor que con vosotros, incrédulos.

Ordenó que pusieran fin a sus súplicas y rezó una oración, pero la situación amenazante que perturbaba todo seguía en el mismo punto. Él les recomendó entonar a grandes gritos el kirieleisón. Pero como se obstinaban en quedarse allí muchas horas y gritaban: «¡Danos la paz!», rezó una larga plegaria. Después de haberla concluido, contestó diciéndolo al pueblo:

—Hermanos, de verdad os digo que, entre toda esta muchedumbre, ninguna alma ha sido escuchada, a no ser una sola. Para convencerlos, mirad, haré que salga aquí en medio —y tras ordenar a un hombre que saliera delante de todos, le preguntó—: Hermano, créeme cuando te digo: de todos estos, tú eres el único que ha sido escuchado. Pero danos una satisfacción a todos y dinos qué has hecho de bueno.

Pero aquel rehusó diciendo:

—Soy pecador, excúsame.

Cuando ya llevaban mucho tiempo apremiándolo, le llegó una voz del cielo que decía:

—Tu súplica ha sido escuchada.

Entonces el campesino, de pie en medio de todo el pueblo, comenzó a explicarles lo siguiente:

—Soy un campesino y tengo esta costumbre: el fruto de mi jornada, conseguido con mi esfuerzo, lo divido en tres partes: primero, separo la parte de los pobres; después, el impuesto del erario; y, finalmente, la parte destinada a mis gastos. Hasta el día de hoy no he dejado de obrar así.

Entonces todos, abrazándolo, lo saludaron respetuosamente; y al pobre lo agobiaban, porque cada uno de ellos estaba loco por verlo.

Escarmiento de un oficial

27. Un tal Juliano, hombre del séquito de Ardabur²⁷, no dejaba de importunar a este repitiéndole:

a. Sal 13, 3; Rom 3, 12.

—*Dame tu permiso, que subo, lo hago bajar de la columna y lo cubro²⁸ de golpes: ¡es un impostor y engaña a la gente!*

Juliano fue a su encuentro y, tras apoyar la escalera contra la columna, comenzó a subir, suponiendo que podría hacerlo bajar. Pero cuando había subido al tercer peldaño, la escalera se separó de la columna, se quedó suspendida a unos cuatro codos del suelo²⁹ y siguió suspendida en el aire. Todos se quedaron admirados ante el espectáculo. Lleno de irritación, Juliano³⁰ tensaba su arco para disparar una flecha contra el santo cuando, inmediatamente, la mano se le entumeció y ya no pudo lanzársela. Tuvo la gota no solo en la mano, sino también en el pie hasta el día de su muerte³¹].

El autor descubre el cadáver de Simeón

28. El bienaventurado permaneció de pie sobre diferentes columnas a lo largo de cuarenta y siete años, y después de todos estos años [el Señor] fue a buscarlo.

Era un viernes. Estaba sumido en la oración y, según su costumbre, pasó así todo el viernes e incluso el sábado y el domingo, y no se levantó, como solía, para bendecir a las personas que estaban arrodilladas. Yo, cuando vi aquello, subí a su lado y contemplé su rostro: estaba radiante como el sol. Aunque tenía la costumbre de hablarme, no me respondió nada. Entonces me dije a mí mismo que estaba muerto. Pero no estaba seguro y, aunque tenía miedo de acercarme a él, me armé de valor y le dije:

—Señor mío, ¿por qué no me hablas y sigues rezando la plegaria? Todo el mundo está esperando a ser bendecido: ¡ya han pasado tres días! —y de nuevo estuve esperando una hora de pie; finalmente, le digo—: ¿No me respondes nada, señor mío?

Extendí la mano y le toqué la barba, y cuando vi que su cuerpo estaba más blando, comprendí que había muerto. Me escondí la cara entre las manos y me eché a llorar amargamente. Me agaché y le besé la boca, los ojos y la barba, y le levanté el manto para besarle los pies. Luego le cogí la mano y me la puse sobre los ojos. Por todo mi cuerpo y por su ropa había tal olor a perfume, que yo estaba lleno de gozo por aquella fragancia. Después de quedarme una media hora de pie velando sus venerables restos, he aquí que una sacudida hizo temblar su cuerpo al mismo tiempo que la columna, y oí una voz que decía: «Amén, amén». Yo, presa del miedo, dije:

—Bendíceme, señor, y acuérdate de mí en tu santo reposo.

*Protección de las reliquias por las autoridades
y duelo por Simeón*

29. Entonces bajé y no revelé el secreto a nadie para que no se formara un tumulto. Por medio de un hombre de confianza di la noticia al obispo de Antioquía, Macario, y al *magister militum* Ardabur³². Al día siguiente, el obispo de Antioquía se pone en marcha con otros seis obispos. Ardabur, por su parte, se pone en marcha también con seiscientos hombres, para evitar que las aldeas vecinas, que se habían reunido, arrebataran los venerables despojos del santo; porque era esto, precisamente, lo que habían planeado.

Habían sido puestas unas cortinas en torno a la columna³³. Entonces suben tres obispos y besan su ropa mientras recitan tres salmos. Habían transportado un ataúd de plomo hasta arriba y depositaron en él su santo cadáver; después lo bajaron por medio de poleas, y fue entonces cuando todos supieron que san Simeón había muerto. Tanto es así, que todos los sarracenos se concentraron con sus armas y sus camellos, queriendo también ellos arrebatarse sus restos. Se formó tal turbamulta, que ya no se podía ver la montaña por el gentío y el humo de los incensarios, las antorchas y los cirios encendidos, que eran innumerables. El ruido de los lamentos de hombres, mujeres y niños llegaba a gran distancia y la montaña entera retumbaba por el graznido de las aves, que se habían reunido y volaban en círculo en torno al cercado del santo.

Inviolabilidad de las reliquias

Cuando lo bajaron, lo tendieron sobre el altar de mármol que había delante de su columna. Aunque ya era el cuarto día desde su muerte, aun así, su sagrado cadáver, una vez extendido, se mostraba como si el santo acabara de morir solo una hora antes. Todos los obispos le dieron el beso de la paz. Su rostro estaba todo resplandeciente como la luz, mientras que los cabellos de la cabeza y los pelos de la barba estaban como la nieve. El obispo de Antioquía quiso llevarse un pelo de su barba como reliquia, pero se le anquilosó la mano. Entonces todos los obispos rezaron por él una oración entre lágrimas, mientras decían al santo cadáver:

—¡No te falta ninguno de tus miembros ni ningún trozo de ropa, ni nadie cogerá ya nada de tus santos y venerables restos!

Mientras le hablaban así entre gemidos, la mano del obispo se curó; y entonces, al canto de salmos e himnos, lo depositaron en el féretro.

Visión de Antonio

30. Yo, pecador, vi once días antes de su fallecimiento a un hombre con una vestimenta aterradora que no puedo describir y cuya altura equivalía a la de dos personas; habló con el santo tres veces a lo largo del día y le dio el beso de la paz. Yo quise contar a unas personas lo de este hombre, pero me fue arrebatada la mente y me quedé sin habla hasta que murió el santo. Después que el hombre que he mencionado se le acercó, yo los vi —eso me parecía— comiendo (pero qué comían, no lo pude saber) y cantando salmos (pero qué salmos cantaban, tampoco pude saberlo, a no ser el «Amén»). El miedo me invadía ante la visión de aquel hombre.

Comitiva fúnebre y milagro del sordomudo

31. Así pues, depositan el ataúd del santo sobre el carro y de esta manera, con cirios e incienso y cantando salmos, lo transportan a la ciudad de Antioquía. Pero al llegar a unas cinco millas de la ciudad, a un lugar llamado Mérope, las mulas se pararon y no querían moverse. Y es que allí había ocurrido un misterio extraordinario. A la derecha del camino había una tumba y junto a esta vivía un hombre. La historia de aquel hombre es como sigue:

Había amado durante veinte años a una mujer casada y jamás había podido hacerla suya. Después, la mujer se murió y la enterraron en aquella tumba. Y como el Enemigo del bien³⁴ se aprovechó del alma de aquel hombre, este fue a la tumba, levantó la losa y se unió al cuerpo de la difunta. De inmediato, se volvió sordomudo, quedó retenido en la tumba y ya no pudo escapar de aquel lugar. Cuando los caminantes pasaban por allí, lo veían sentado en los escalones de la tumba y cada uno de ellos, por amor a Dios, le llevaba algo: unos agua, otros comida...

Pero por la voluntad divina, cuando los venerables restos del santo pasaron por allí ese día, aquel hombre que no podía ni hablar ni oír, en el momento en que el carro y la muchedumbre se detuvieron, abandonó la tumba diciendo a gritos:

—¡Ten piedad de mí, santo de Dios, Simeón! —y tan pronto como tocó el carro, las ataduras de aquel hombre se soltaron inmediatamente y su mente volvió a sus cabales.

Al ver lo ocurrido, todos alabaron a Dios y fue tal el griterío de la gente que aquel lugar retumbó. El hombre, por su parte, decía a voces:

—¡Hoy me he salvado gracias a ti, siervo de Dios, porque estaba en estado de perdición por mi pecado!

Deposición de las reliquias

32. Toda la ciudad salió a recibir el santo cadáver con vestimentas blancas y con cirios y antorchas. Lo llevan a la iglesia llamada «de Casiano», y al cabo de treinta días, por orden del *magister militum* Ardabur, lo depositan en la Gran Iglesia. A continuación, por una revelación divina, se construyó el oratorio del santo y bendito Simeón³⁵, y así, con mucha pompa e himnos, transportaron sus santos restos a este oratorio.

Epílogo y doxología

33. Muchos, después de ofrecer oro y plata, pidieron al obispo una reliquia de sus santos restos, pero el obispo no proporcionó ninguna a nadie por los juramentos que había hecho. Son muchas las curaciones que se producen en el lugar donde reposan sus venerables restos, por la gracia que le había sido otorgada al santo por nuestro Señor Cristo [*San Simeón murió el primero del mes de septiembre, en el reinado de nuestro Señor Jesucristo*³⁶], de quien sean el poder y la gloria por los siglos de los siglos, Amén.

[34. Yo, el humildísimo Antonio, guardián de la iglesia, he contado una parte de su historia. Porque ¡quién podría describir dignamente sus milagros y curaciones si no es parcialmente, a fin de dar una imagen de sus inmaculadas acciones para alabanza y gloria de Dios por los siglos de los siglos, Amén!]³⁷.

NOTAS

¹ Esta comparación está también en Teodoreto, *Hist.*, 26,2.

² Leo *anōmalēsai* en vez de *anomalēsai* (como Festugière, *Vie et conduite du bienheureux Syméon le Stylite*, cit. [en adelante, *Vie de Syméon*], p. 493, n. 3).

³ Superior del monasterio.

⁴ El relato de esta mortificación está también en la *Vida* siriaca, 21, en versión abreviada, y en Teodoreto, *Hist.*, 26,5, donde no es el hedor de las heridas, sino el goteo de la sangre lo que desvela el secreto de Simeón. En general, en las *Vidas* de santos, el mal olor se asocia a la presencia del diablo, pero en la *Vida* griega de Simeón es señal de santidad y tiene un valor epistemológico: el hedor que acompaña a Simeón y que él mismo provoca está unido al propio sufrimiento y al rechazo de su entorno, y gracias a esta experiencia aprende a sentir compasión por la humanidad y a tener paciencia ante el sufrimiento (Ca-seau, 2005).

⁵ «Tu Santidad», «Tu (Vuestra) Caridad», «Tu Ángel» son títulos de respeto habituales entre monjes.

⁶ El superior sospecha que ha sido víctima de una ilusión demoniaca al tomar a Simeón por un hombre de verdad.

⁷ El silencio de Simeón recuerda el de Jesús ante el Sanedrín: cf. Mc 14, 6; Mt 26, 63.

⁸ Sigo la lectura de Festugière, *Vie de Syméon*, p. 495, n. 3: *pántōs* mejor que *pántōn*.

⁹ El manuscrito A, sobre el que está hecha esta traducción, dice *Gelasōis*, que es una corrupción. Sigo aquí a Festugière (1959, 371, n. 1), que prefiere la lectura de los manuscritos F (*thalanís*) y C (*thalanēs*) por su semejanza a la forma correcta que proporciona Teodoreto, Telanisos (*Telanissós* o *Telanēssós*). Telanisos, a unos 60 km de Antioquía, se encontraba en una de las rutas comerciales más importantes de Siria, la que iba de Ciró a Apamea.

¹⁰ La versión de la *Vida* siríaca, 27, dice que, al llegar a Telanisos, Simeón llamó a la puerta del «monasterio de Maris, hijo de Baraton» en el que, en aquella época (hacia 410), «vivían un anciano laico y un niño de unos siete años». Simeón pasó con ellos la noche y al día siguiente le construyeron una pequeña choza, en la que permaneció encerrado toda la Cuaresma. Según Teodoreto, en esa choza Simeón pasó tres años (*Hist.* 26,7; 10). Hemos de imaginar este «monasterio» más bien como un lugar habitado por un grupo de ascetas que hacían vida en solitario, muy diferente, por tanto, de la comunidad monástica de Tele-da. La *Vida de Daniel Estilita*, 7, menciona el paso de Daniel (en la tercera década del siglo V) por «un cenobio muy grande» donde Simeón «había recibido su formación ascética». Sobre el desarrollo de Telanisos ya en tiempos de Simeón, cf. p. 145.

¹¹ Sobre el recito de la columna de Simeón, cf. pp. 30-31. En cuanto a la altura de las columnas, 4 y 30 codos equivalían a unos 2 y 13 metros, respectivamente.

¹² Simeón recuerda el precepto del Decálogo (Ex 20, 7).

¹³ Sobre este capítulo, cf. p. 18.

¹⁴ Me aparto de la lectura del manuscrito A (*ek tēs pōgēs taútēs*, «de esta fuente») y adopto la de CDFG (*ek tēs gēs taútēs*). Se trata de la mezcla de agua y de tierra benditas que el santo usa a menudo en la *Vida* siríaca (Festugière, *Vie de Syméon*, p. 498, n. 5).

¹⁵ La verja separaba el recinto interior del exterior, donde estaba la mujer.

¹⁶ Los sarracenos eran una de las tribus nómadas del desierto sirio-arábigo.

¹⁷ *Panoúkla*, del latín *panucla* o *panicula*, «tumor inguinal». Para la comparación con Job, cf. Job 2, 7.

¹⁸ Entre los ascetas sirios no era rara la práctica de la *stasis* sobre una sola pierna, pero casi siempre en alternancia con la otra y durante algunas horas como mucho. En la literatura antropológica, la referencia más próxima al caso de Simeón parece ser la postura de reposo denominada «de los nilotas» (*Nilotenstellung*), observada por primera vez en determinadas poblaciones del Sudán nilótico. Pero esta postura tiene una duración máxima de pocas horas y al control del equilibrio contribuye a menudo un bastón que el individuo tiene apoyado en el suelo o un objeto fijo sobre el que se apoya la mano (Gilli, 1991, 90).

¹⁹ Cf. Job 7, 5. Los gusanos aquí no son nada ajeno al cuerpo, sino «*otro modo de ser cuerpo*», temporalmente anticipado» (Gilli, 1991, 73-74).

²⁰ En el nombre y apodo de este legendario bandido hay ecos remotos de la historia de los epígonos de Alejandro Magno: Antíoco era el nombre de dos reyes de la dinastía siríaca de los Seleúcidas (Antíoco I y Antíoco II) y Gónatas era el sobrenombre del rey de Macedonia Antígono II, nieto del general de Alejandro Magno, Antígono I Monóftalmos.

²¹ El cercado o *mandra*, espacio sagrado, es también un espacio político en el que se puede ejercer el derecho de asilo. Cf. también VDan, 49.

²² Los siguientes relatos (22-27), que se encuentran solo en unos pocos manuscritos, son adiciones posteriores.

²³ El texto griego del comienzo de este capítulo es defectuoso. Sigo las sugerencias de Festugière, *Vie de Syméon*, p. 502, nn. 2, 3.

²⁴ Suplo la laguna del texto griego con el pasaje correspondiente del man. D y la traducción latina.

²⁵ Aproximadamente, 1,5 km.

²⁶ Se trata de una referencia a los terremotos que sacudieron la zona entre los años 457-459.

²⁷ Ardabur fue *magister militum per Orientem* de 453 a 466. Tuvo cierto protagonismo en la custodia y enterramiento del cuerpo de Simeón Estilita, como se verá más adelante (29, 32). Cayó en desgracia al ser acusado de traición (466 o 467), como sabemos por la *Vida de Daniel Estilita*, 55, la única fuente que nos revela los pormenores de su conspiración en Oriente.

²⁸ El editor del texto griego indica que a partir de aquí falta una línea en el manuscrito B. La he suplido con la traducción latina y el texto del man. D.

²⁹ Es decir, casi dos metros.

³⁰ El texto griego dice Ardabur, pero es más lógico suponer que se trata de Juliano.

³¹ Aquí se acaba la serie de los seis capítulos espurios, del 22 al 27.

³² *Stratēlātēs*, traducción del latín *magister militum*.

³³ Se han descubierto agujeros para postes en torno a la bases de las columnas de Simeón en Qal'at Sem'an y de otro estilita anónimo en Dayr al-Malik. Probablemente, los postes servían para colocar pantallas alrededor de las columnas (Schachner, 2010, 337).

³⁴ *Misókalos*, calificativo del diablo muy frecuente en la hagiografía desde la *Vida de Antonio*.

³⁵ Solo se conoce otra mención de esta iglesia: el historiador Malalas (siglos V-VI) dice que en ella Justiniano presentó a la población de Antioquía una de sus lujosas vestimentas, decorada con piedras preciosas (*Chronographia*, 450, 16-18).

³⁶ La fecha de la muerte de Simeón, que se hace coincidir con la de los calendarios litúrgicos griegos, solo se encuentra en un manuscrito. Festugière (1959, 381-382) excluye esta frase. Es de señalar que una serie de calendarios litúrgicos hispánicos anteriores al siglo XII coinciden con otros orientales en situar la fiesta de san Simeón Estilita a finales de julio (Gaiffier, 1966).

³⁷ Este segundo epílogo solo se encuentra en tres manuscritos.

VIDA Y CONDUCTA DE NUESTRO SANTO PADRE DANIEL ESTILITA

PRÓLOGO

1. Ante todo, es justo que glorifiquemos a Aquel que se encarnó por nosotros y que, por nuestra salvación, soportó todo de acuerdo con la Providencia: a Jesucristo, nuestro Dios, por el que los profetas encontraron la muerte, y los justos, a causa de su fe en él, se crucificaron a sí mismos y, en virtud de la gracia divina, mostraron hasta el fin una paciencia ilimitada ante las tribulaciones y fueron coronados. Cristo, nuestro Señor y Salvador, nos los dio como modelos para que supiéramos que el hombre, mediante su paciencia ante las tribulaciones, puede complacer a Dios y ser llamado fiel siervo suyo.

He considerado, pues, razonable iniciar el relato de los padecimientos de san Daniel, si bien tengo miedo. Sí, porque el género de vida de este hombre fue brillante, grande y maravilloso, mientras que yo soy necio e ignorante. Tengo miedo de tener que oír, aplicadas a mí, aquellas palabras que dijo el Salvador por boca del profeta David: *Pero al pecador le dijo Dios: «¿Por qué explicas tú con detalle mis mandamientos y tomas en tu boca mi alianza?»^a*.

Sin embargo, no me decido a condenar al silencio los relatos que mis padres me transmitieron sobre aquel santo varón, no sea que mi Señor, en el Día terrible y estremecedor de su llegada, me torture con justicia, por no haber ingresado en un banco el talento que me fue confiado por su voluntad para la edificación y el beneficio de la mayoría¹.

Fortalecido, pues, por vuestras oraciones, haré un relato verídico de todo lo que he oído contar a quienes fueron discípulos del santo antes que yo, y expondré de manera fidedigna todo lo que yo he visto con mis propios ojos. Porque, en verdad, *el Señor condenará a la perdición a*

a. Sal 49, 16.

todos los mentirosos^a; eso está claro. Así pues, apelo a vuestro deseo de aprender para que dejéis de lado todo lo que es propio de la vida temporal y me obsequiéis con vuestra benévola atención.

LA VIDA

Visión de la madre y curación de su esterilidad. Nacimiento en Meratha (Mesopotamia)

2. Este santo padre nació de un padre llamado Elías y de una madre llamada Marta; era de una pequeña aldea llamada Meratha (que, traducido, significa «las Cuevas»), en la región de Samosata, en Mesopotamia. Como su madre era estéril y sufría por ello los reproches de su marido y de sus parientes, un día, a medianoche, salió de casa a escondidas de él y, levantando las manos al cielo, hizo la siguiente súplica:

—Señor Jesucristo, que te muestras magnánimo ante los pecados de los hombres y que creaste en el principio a la mujer para que el género humano se multiplicara, líbrame Tú mismo de estos reproches y concede un fruto a mi vientre para consagrártelo a Ti, soberano de todas las cosas! —y tras llorar amargamente y romperse el corazón con abundantes sollozos, entró en casa junto a su esposo.

En esto que esa noche, después de haberse acostado con él, ve en un sueño dos grandes luces con forma de disco² que bajan del cielo y se posan a su lado. Cuando se levanta, se lo cuenta a su marido y a sus parientes, pero cada uno de ellos interpreta de manera distinta lo que les ha contado. Entonces ella, con un suspiro, dice para sí:

—Mi Dios, a quien he rezado, hará lo que convenga a mi pobre alma.

Y transcurridos no muchos días, concibió al santo varón antes mencionado.

Los padres intentan meterlo en un monasterio a los cinco años. El superior le da el nombre de Daniel

3. Nació, pues, y con el paso del tiempo llegó a los cinco años. Entonces sus padres lo tomaron consigo y lo llevaron con un regalo consistente en frutas a un monasterio cerca de su aldea.

—¿Cuál es el nombre del niño? —les preguntó el *higúmeno*³.

a. Sal 5, 7.

Y al decir los padres un nombre distinto, respondió el anciano:

—No se llamará así, sino como nos lo revele el Señor —y el archimandrita⁴ dice al niño en lengua siriaca—: Hijo, ve a traerme un libro de la mesa.

En los cenobios, en efecto, existe la costumbre de poner delante del altar muchos libros distintos; si uno de los hermanos quiere algún libro, lo coge y lo lee. El caso es que el niño fue y le llevó el libro del profeta Daniel, y de ahí le vino el nombre. Los padres suplicaron al *higúmeno* del monasterio que acogiera a su hijo y le permitiera quedarse a vivir con ellos, pero no consiguieron persuadirlo porque todavía era muy pequeño; conque se lo llevaron a casa y siguió viviendo con sus padres.

A los doce años ingresa en un monasterio a escondidas de sus padres

4. Cuando cumplió doce años, oyó decir a su madre:

—Te he consagrado a Dios, hijo mío.

Habiendo oído estas palabras, un día, sin decir nada a nadie, se va fuera de su aldea, a unas diez millas de distancia, donde había un cenobio de cincuenta hermanos. Una vez dentro del monasterio, se echa a los pies del *higúmeno* y le suplica que lo acoja. Pero este le dice:

—Hijo mío, eres muy joven y no puedes soportar una disciplina tan dura. No conoces la vida de los monjes. Vete a casa, quédate con tus padres y dentro de algún tiempo, cuando seas capaz de ayunar, cantar salmos y observar nuestra disciplina, entonces regresa con nosotros.

—Padre —respondió él—, prefiero morir a consecuencia de esos sacrificios que abandonar el refugio de tu rebaño.

Como el archimandrita, por más que lo intentó, no pudo persuadirlo, dijo a sus hermanos:

—Os lo digo de verdad, hermanos: acogamos a este niño, que me parece prudentísimo.

Todos cedieron ante el consejo del *higúmeno*, y Daniel vivió en adelante con aquella comunidad.

Sus padres lo encuentran. Toma el hábito monástico

5. No mucho tiempo después, sus padres, que lo habían estado buscando, lo encontraron en este monasterio y sintieron gran alegría. Entonces pidieron al *higúmeno* que le practicara la tonsura, y este, que había constatado su progreso por el camino de Dios y su buena disposición, lo hizo llamar.

—Hijo, ¿quieres que te practique la tonsura? —le pregunta.

Inmediatamente, aquel se echa a sus pies y responde:

—Por favor, Tu Santidad, padre, hazlo hoy mismo.

—No podrás soportar la disciplina.

—Sé que soy joven y débil —replica el niño—, pero creo por Dios y por vuestras oraciones que el Señor, que acepta mi buen propósito, me dará fuerza, porque Él es el Dios de los buenos propósitos.

Entonces, tras bendecirlo muchas veces y rezar fervientemente por él, el archimandrita le instruyó en los caminos de la salvación, atendiendo al grado de comprensión que el niño había recibido de Dios. Después ordena, según la costumbre, que todos se reúnan y, al canto de los himnos, le impone el santo hábito. Finalmente, despidió a los padres con sus bendiciones, pidiéndoles que no fueran a visitarlo a menudo⁵.

Acompaña a su superior a Antioquía

6. Mientras progresaba en ascetismo y en su esplendoroso régimen de vida, no podía soportar el examen ni el elogio del archimandrita y, mucho menos, de toda la comunidad; conque planeó ir a la santa ciudad de Jerusalén y, al mismo tiempo, visitar al santo y tres veces bienaventurado Simeón, el hombre de la columna, cuyas huellas se sentía impulsado a seguir. Empezó, pues, a rogar al *higúmeno* del monasterio que le dejara marchar y cumplir su plan, pero no pudo convencerlo.

Sin embargo, algún tiempo después —Dios nuestro Señor lo quiso así, realmente, y un asunto urgente de la Iglesia lo requería—, el arzobispo de aquella época ordenó que todos los archimandritas de Oriente se reunieran en la metrópolis de Antioquía⁶; y también este *higúmeno* tuvo que viajar hasta allí con los demás. En estas circunstancias, autorizó al santo varón a acompañarlo como discípulo suyo.

A la vuelta, se hospeda en el antiguo monasterio de Simeón Estilita

7. Cuando Dios concedió que el asunto por el que habían padecido las fatigas del viaje encontrara un arreglo satisfactorio, cada cual regresó a su monasterio. Al llegar a una aldea llamada Telanisos, se alojaron en un cenobio muy grande que daba prueba de un régimen de vida excelso y muy virtuoso; en este lugar, precisamente, el antes mencionado Simeón había recibido su formación ascética⁷. Pues bien, cuando los monjes de allí describían las gestas de san Simeón, los de Mesopotamia objetaron que, según ellos, lo suyo era una cuestión de vanagloria.

—Incluso viviendo con vosotros —dicen— hubiera podido hacer muestra de unas virtudes desconocidas hasta entonces y agradar a Dios. Pero lo de subirse a una columna..., eso es algo que no se ha visto hacer a nadie en ningún lugar.

Los monjes del mencionado monasterio intentaban convencerlos para que fueran a ver las penalidades que soportaba por el Señor. Fi-

nalmente, aquellos se dejaron persuadir y emprendieron la subida con san Daniel. Al llegar, cuando vieron lo agreste del lugar, la altura de la columna, lo ardiente del calor, la paciencia y la hospitalaria acogida del santo varón y, todavía más, la caridad que les mostró, se quedaron estupefactos.

Encuentro de Daniel y Simeón en lo alto de la columna

8. El bienaventurado ordenó poner la escalera e invitó a los ancianos a subir para que le dieran el beso de la paz. Pero ellos se acobardaron y rehusaron subir la escalera. Uno dijo que estaba falto de fuerzas por la vejez; otro pretextó debilidad a causa de una enfermedad; otro, dolor de gota en los pies... Pero entre sí se decían:

—¿Cómo podríamos besar con la boca a quien nuestros labios han injuriado hace poco? ¡Ay de nosotros, por habernos burlado de tales penalidades, de tal paciencia!

Mientras hablaban así, san Daniel se postró ante el archimandrita y los demás *higúmenos* y también ante san Simeón, suplicando que le dejaran subir hasta arriba. Se lo permitieron y subió. El bienaventurado Simeón lo bendijo y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Daniel.

—*Ten ánimo y esfuérzate*^a, Daniel —le dijo Simeón—, y aguanta, pues tendrás que soportar muchas penalidades por amor a Dios. Pero tengo la esperanza, por el Dios al que sirvo, de que Él te dará fuerzas y llegará a ser tu compañero de viaje.

Y poniéndole la mano sobre la cabeza, rezó, lo bendijo, y lo invitó a bajar la escalera. Finalmente, el santo y bienaventurado Simeón dio su bendición a los archimandritas y despidió a todos en paz.

Abandono del monasterio tras su nombramiento como superior.

Nueva visita a Simeón Estilita y viaje hacia Tierra Santa

9. Después de regresar todos a sus monasterios por voluntad de Dios, y cuando ya había transcurrido algún tiempo, el tantas veces mencionado san Daniel fue considerado digno del cargo de *higúmeno*⁸. Entonces se dice a sí mismo:

—¡Por fin libre, Daniel! ¡Valor y adelante! ¡Cumple tu plan!

Tras haber comprobado mediante un examen que su segundo era capaz de asumir las responsabilidades administrativas del archimandrita, dejó todo y se fue del monasterio. Llegó al cercado de san Simeón

a. 1 Par 22, 13.

y pasó allí dos semanas⁹. El bienaventurado Simeón se alegró enormemente de verlo e intentó convencerlo para que se quedara todavía más tiempo, pues disfrutaba muchísimo con su conversación. Pero Daniel no cedía; tenía prisa por cumplir su objetivo.

—Padre —le respondía—, yo estoy siempre con vosotros en espíritu.

Finalmente, Simeón lo bendijo y lo dejó marchar con estas palabras:

—El Señor de la gloria te acompañará.

Y Daniel se fue; quería viajar a los Santos Lugares y adorar la iglesia de la Santa Resurrección, para penetrar después en el desierto más interior.

*Epifanía de Simeón, que le anima a viajar a Bizancio
ante la situación de inseguridad en Palestina*

10. Habiendo oído que el camino hacia Palestina se había vuelto inseguro, preguntó el motivo y le respondieron que los samaritanos se habían sublevado contra los cristianos¹⁰. Pero él se dijo a sí mismo:

—¡Adelante, Daniel, no te retractes de tu propósito! Si por ventura tienes que morir con los cristianos por tu fe, eso será algo grande para ti.

Mientras meditaba así y caminaba en pleno mediodía, lo alcanza un monje con el pelo muy largo, de aspecto canoso, que se parecía a san Simeón. El monje lo abraza y le pregunta en lengua siríaca:

—¿Adónde vas, querido?

—Yo, a los Santos Lugares —le respondió el señor Daniel—, si es la voluntad de Dios.

—Bien dicho lo de «si es la voluntad de Dios» —respondió el anciano—. ¿No te has enterado de la inseguridad que reina en Palestina?

—Sí —dijo el siervo de Dios, Daniel—, pero el Señor me ayudará. Espero pasar por allí sin sufrir daño; pero si decide que padezcamos alguno, *si vivimos, somos del Señor, y si morimos^a*, iremos a sus brazos.

—¿No sabes que está escrito: *No dejes que se agite tu pie y el que te vigila no se dormirá^b*?

—Ya he dicho a Tu Santidad que morir por Dios es un bien.

Entonces el anciano se indignó y se apartó diciendo:

—No soporto que te guste porfiar, nosotros no tenemos esta costumbre.

—¿Y qué quieres? —le pregunta el siervo de Dios, Daniel—, ¿que regrese?

—No te aconsejo regresar, pues *el que echa la mano al arado y se*

a. Rom 14, 8.

b. Sal 120, 3.

vuelve hacia atrás, no vale para el reino de Dios^a. Pero si me haces caso, te daré un consejo.

—De verdad, señor —respondió el señor Daniel—, si me aconsejas algo que sea posible y esté a mi alcance, lo haré, pues en ti veo a un padre y maestro.

—De verdad, de verdad, de verdad, tres veces te lo ruego encarecidamente por el Señor: no vayas a aquellas tierras; ve a Bizancio y verás allí una segunda Jerusalén, Constantinopla. Allí disfrutarás de los *martyria*¹¹ y de grandes oratorios; y si quieres hacer vida solitaria en un lugar desértico, ya sea en Tracia o en el Ponto, el Señor no te abandonará.

Se aloja en un monasterio

11. Mientras conversaban sobre este asunto, llegaron a un monasterio. Ya había anochecido.

—¿Quieres que nos alojemos aquí? —pregunta san Daniel al anciano.

—Entra tú primero, que yo te seguiré.

El señor Daniel, suponiendo que le apremiaba alguna necesidad corporal, entró primero y lo estuvo esperando, pero ya no lo volvió a ver.

Todo esto ocurrió, bienamados, porque así lo había decidido el poder divino. Pues si Palestina no hubiera estado sumida en la anarquía en aquellos tiempos, Occidente no habría llegado a conocer a un hombre como este.

El autor interrumpe la narración para hablar de sus fuentes

12. De las cosas que hemos escrito, bienamados, unas, como he dicho antes, se las escuchamos a quienes fueron discípulos del santo antes que yo; otras, a hombres dignos de crédito que siguieron sus enseñanzas desde el principio al pie de la columna; y otras las escuché yo mismo cuando este buen pastor las contó de su propia boca, no para que las pasáramos por escrito —no quería recibir gloria de los hombres, pues tenía los ojos puestos en la recompensa de Dios—, sino a fin de fortalecernos, consolarnos y exhortarnos sin cesar a tener paciencia en las tribulaciones. Y para que Vuestra Caridad sepa que lo que digo es verdad, todavía viven algunos de aquellos hombres piadosos que frecuentaban el cercado del santo, que tienen grabado en la memoria lo que ahora voy a relatar:

Cierto discípulo del santo, creyendo que llevaba a cabo una iniciativa llena de virtud y edificación, mandó llamar a un pintor y le hizo representar sobre el pórtico de entrada del *martyrion* los acontecimientos

a. Lc 9, 62.

ocurridos en el reinado de Basilisco¹²; además, empezó a escribir la vida del santo. Pues bien, cuando nuestro santísimo padre se enteró, se enojó mucho y dio la orden de borrar la pintura y echar al fuego el manuscrito. ¡Hasta tal punto se negaba el siervo de Dios a recibir gloria de los hombres! Pero volvamos a nuestro tema.

*Simeón le exhorta de nuevo en sueños a dirigirse a Bizancio.
Daniel obedece*

13. El caso es que, después de entrar en el monasterio y saludar al *higúmeno* y a los hermanos de aquel lugar, estos lo invitaron a tomar algo de comer; pero dijo que iba acompañado de un anciano y que lo estaba esperando. Sin embargo, como lo estuvieron aguardando pacientemente durante muchas horas y no llegaba, pensaron que se había alojado en otro monasterio y, después de la acción de gracias, se pusieron a comer.

Concluida la cena y mientras los monjes estaban durmiendo, el anciano, se dice, se apareció al santo en una visión y le advirtió:

—Te lo repito, haz lo que te he aconsejado.

Cuando se despertó, se estuvo preguntando quién era aquel anciano: ¿un hombre?, ¿un ángel? Más tarde, tras la salmodia nocturna, sin haber dicho nada a nadie sobre esta visión, se despidió de todos y, después de recibir su recomendación a Dios, salió del monasterio camino de Bizancio¹³. Después de llegar a un lugar llamado Anaplus¹⁴, donde hay un oratorio del Arcángel Miguel, pasó siete días en este oratorio.

*Reclusión en un templo pagano de Anaplus
y lucha contra los demonios*

14. Un día, a unos hombres que hablaban en lengua siríaca, los oyó decir:

—Aquí hay un templo donde viven unos demonios que hunden muchos barcos¹⁵ y han maltratado y maltratan todavía a muchos viandantes. No hay quien pueda pasar por allí ni al atardecer ni al mediodía.

Como todos se lamentaban cada día de la maligna actividad demoníaca del lugar, el espíritu divino inspiró al santo. Habiendo venido a su mente que el gran Antonio, modelo de ascetismo, y su discípulo Pablo¹⁶ habían luchado contra los demonios y soportado muchas tentaciones de estos, y que, sin embargo, gracias al poder de Cristo, los habían vencido y merecido grandes coronas, preguntó a un hombre que hablaba la lengua de los sirios acerca de este templo, rogándole que le mostrara el lugar¹⁷. Y tras llegar al vestíbulo del templo, de la misma manera que un valiente soldado, antes de enfrentarse con audacia a un

tropel de bárbaros, se arma para el combate, así también él entró en el templo recitando las palabras del profeta David en los Salmos: *El Señor es mi luz y mi salvador, ¿a quién temeré? El Señor es el baluarte de mi vida, ¿ante quién me asustaré?*^a, y todo lo demás. Después, con el arma invencible de la cruz, recorrió cada esquina del templo, haciendo genuflexiones y plegarias.

15. Al llegar la noche, se dice, estuvieron lanzando piedras contra él y se oía el griterío de una multitud que daba golpes y alborotaba; pero él perseveraba en la oración. Así pasó la primera noche y también la segunda; pero a la tercera, el sueño le venció definitivamente, como persona de carne que era.

Entonces se le presentan muchos espectros, como de seres gigantes-cos. Unos le dicen:

—¿Quién te ha incitado a invadir este lugar, desgraciado? ¿Quieres morir de mala manera? ¡Venid aquí, vamos a arrastrarlo afuera y a echarlo al agua!

Otros, que llevaban como piedras enormes, se quedaban junto a su cabeza, como si quisieran triturársela. Pero el atleta de Cristo se despertó y recorrió de nuevo las esquinas del templo rezando y cantando salmos.

—¡Fuera de aquí! —decía a los espíritus—. Y si no, tendréis que huir abrasados por el poder de la cruz.

Ellos daban todavía más golpes y alaridos. Pero él, despreciándolos y sin preocuparse en absoluto por el alboroto, bloquea la puerta del templo y no deja más que una pequeña ventana, a través de la cual solía hablar con los que subían a visitarlo.

Crece su fama y surge la envidia del demonio.

Unos clérigos le denuncian al patriarca

16. Entretanto, su fama se había extendido por aquellas regiones. Se podía ver ríos de hombres y de mujeres con niños que iban a visitar al santo, admirándose de que un lugar antaño tan salvaje e inaccesible disfrutara ahora de tanta paz, y de que allí donde antes habían bailado los demonios, Cristo fuera glorificado noche y día por la paciencia de este hombre justo¹⁸.

17. Pero el demonio, envidioso y enemigo del bien¹⁹, cuando vio estas conquistas realizadas en nombre de Cristo, se encolerizó y deslizó pensamientos como los siguientes entre algunos de los clérigos del Arcángel Miguel²⁰, gente más bien simple que vivía cerca del santo:

—No hacéis bien en dejar a este hombre vivir aquí. Mirad, todo el mundo viene a verlo a él, y de vosotros nadie se preocupa. Id a la Ciu-

a. Sal 27, 1.

dad y decidle a vuestro obispo: «Un individuo que no sabemos de dónde ha venido se ha encerrado cerca de nuestra casa y atrae a la muchedumbre, aunque sus opiniones no son ortodoxas. Pero es sirio de nacimiento y no podemos hablar con él».

Tales eran las reflexiones que se hacían, y fueron a contárselas al obispo de aquella época, quiero decir, al bienaventurado Anatolio de Constantinopla²¹. Pero el obispo les respondió:

—Si no conocéis su lengua, ¿cómo sabéis que sus opiniones son heréticas?²² Dejadlo en paz. Si Dios lo ha enviado, se quedará, y si no es así, antes de que vosotros lo echéis, se habrá ido por sí mismo. No provoquéis un clamor contra nosotros y contra vosotros mismos.

Y con estas palabras, los despidió. Ellos, por su parte, se marcharon y se serenaron durante algún tiempo.

Siguen los ataques de los demonios

18. Pero de nuevo los demonios, al ver que no obtenían éxito, se rebelaron contra el siervo de Dios, presentándole fantasmas y blandiendo, se dice, espadas desnudas.

—¡Eh, tú!, ¿de dónde has venido? —le gritaron—. ¡Cédenos el lugar! ¡Hace tiempo que vivimos aquí! ¿Quieres que te hagamos pedazos? —Y, según se dice, se lanzaron contra él con sus espadas, para luego decirse unos a otros—: ¡No lo degollemos! ¡Mejor arrastrarlo y echarlo a la corriente, allí donde hundimos el barco! —e hicieron como si lo fueran a sacar a rastras.

Pero el siervo de Dios se levanta y, rezando una oración, les dice:

—Jesucristo, mi Salvador, en quien he creído y creo, ¡Él sí que os hundirá a vosotros hasta el abismo más profundo!

Entonces se produjo un gran alarido y, revoloteando en torno a su cara como una bandada de murciélagos, lo golpearon con sus alas y salieron por la ventana. Todos fueron expulsados por el poder de Cristo mediante su plegaria.

Nueva denuncia de los clérigos ante el patriarca

19. De nuevo vio el diablo expulsados a sus servidores, y de nuevo incitó a los clérigos a volver ante el obispo.

—Señor —le dicen—, tú tienes autoridad sobre nosotros. No podemos soportar a ese hombre. Ordena que se vaya de allí, es un impostor.

El bienaventurado Anatolio envió al defensor de la Santísima Iglesia²³ con los ordenanzas. Estos, tras forzar por la noche la antigua puerta mediante palancas, se llevaron al santo a la Ciudad. Cuando Daniel

compareció en el palacio episcopal ante el santo y bienaventurado arzobispo Anatolio, este le preguntó:

—¿Quién eres y de dónde has venido a estos lugares? ¿Cuál es tu profesión de fe? Dínoslo.

El siervo de Dios declaró su fe irreprochable mediante un intérprete²⁴. Y entonces el bienaventurado Anatolio se levanta, le da un abrazo y le ruega que se quede en el palacio episcopal. A los hombres que se lo habían llevado, les despidió con estas palabras:

—Marchad y quedaos tranquilos, que yo me he sentido tremendamente edificado por este hombre.

Así que lo dejaron en el palacio episcopal y se fueron.

*Daniel cura de una enfermedad mortal al patriarca,
que intenta retenerlo. Regreso triunfal al templo*

20. Entretanto, el obispo fue víctima de una enfermedad gravísima. Tras mandar llamar al santo, le rogó que rezara por él para que se viera libre de la enfermedad. Y como así lo quiso el poder divino, después que el santo hubo rezado su plegaria, se vio libre de la enfermedad por la buena voluntad de Dios. Se cumplía en el santo el versículo del salmo: *Cumplirá la voluntad de los que le temen, escuchará su súplica y los salvará*^a.

Una vez curado el arzobispo, el siervo de Dios le pidió su permiso para irse, pero el arzobispo no se dejó convencer:

—Quiero que vivas con nosotros.

El santo le suplicó de nuevo que le dejase ir y que perdonase a los que lo habían incitado contra él. El arzobispo, en efecto, había amenazado con excomulgarlos.

—Te pido perdón, siervo de Dios, por retenerte así —dice el arzobispo—. Pero Dios ha convertido tu presencia en el mayor beneficio para mi salud, pues si Tu Santidad no hubiera venido aquí, yo habría dejado esta vida. —Y le rogó que le permitiera construirle una celda—: Ya que no puedo convencerte para que vivas con nosotros, déjame, por favor, que te construya un pequeño monasterio. Nuestra Santísima Iglesia tiene muchas posesiones apropiadas en las afueras. Sal a verlas y te proporcionaremos la que te guste.

—Tu Santidad —dijo el santo—, si quieres prestarme un servicio, por favor, envíame allí adonde Dios me condujo.

Finalmente, el arzobispo mandó que lo acompañaran con mucha pompa al templo antes mencionado. Era de ver cómo la muchedumbre acudía de nuevo a visitar al santo con alegría y regocijo y se producían

a. Sal 144, 19.

muchas curaciones, de modo que todos se admiraban de la gracia misericordiosa que el Señor Cristo derramaba sobre su siervo. Incluso los que antes habían querido echar al santo, ahora no dejaban de prodigarle servicios y atenciones en todas sus necesidades. Porque, siguiendo su costumbre anterior, había bloqueado la puerta dejando una pequeña ventana por la que, como ya he dicho, solía hablar para instruir y bendecir al pueblo.

Visión de la muerte de Simeón, que lo invita a imitarlo

21. Después de pasados nueve años, el siervo de Dios entra como en éxtasis y ve *una gigantesca columna de nube*^a levantada frente a él, con el santo y bienaventurado Simeón de pie sobre la cumbre y, a su lado, en lo alto, dos hombres distinguidos vestidos de blanco. Y oye la voz del santo y bienaventurado Simeón, que le dice:

—Ven junto a mí, Daniel.

—Padre, padre, ¿y cómo podré subir hasta esa altura? —responde él. Entonces el santo dijo a los jóvenes que estaban de pie a su lado:

—Bajad y traédmelo aquí arriba.

Los jóvenes bajaron y se lo llevaron arriba, y aquel se quedó de pie a su lado. San Simeón lo abrazó y le dio el santo beso, pero después, ante el apremio de otros hombres y bajo su escolta, fue trasladado a las alturas, dejando a san Daniel en la columna con los dos jóvenes. Mientras este veía como san Simeón era trasladado a las alturas, oyó su voz, que decía:

—*¡Quédate firme y esfuérzate!*^{b25}

Sin embargo, a consecuencia de aquella voz terrible y del miedo, pues era como un trueno retumbando en sus oídos, se quedó espantado. Una vez volvió en sí, contó la visión a quienes lo acompañaban. Ellos también dijeron al santo:

—Es preciso que subas a una columna y asumas la forma de vida de san Simeón, y los ángeles te apoyarán.

—Que la voluntad de Dios, nuestro Señor, se cumpla en su siervo —dijo el bienaventurado.

Entonces tomó en sus manos el santo Evangelio y, abriéndolo con una plegaria, dio con el pasaje en que está escrito: *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; pues tú irás delante del Señor para preparar sus caminos*^c.

a. Cf. Ex 13, 21.

b. Cf. Jos 1, 6.

c. Lc 1, 76.

*Sergio, discípulo de Simeón, conoce a Daniel
y le entrega una reliquia del estilita*

22. Al cabo de no muchos días, llega de Oriente un monje llamado Sergio, discípulo de san Simeón, anunciando la virtuosa muerte del santo²⁶. Llevaba en sus manos el capuchón de cuero de san Simeón²⁷ para dárselo, a modo de bendición, a León el bienaventurado²⁸. Pero como el emperador estaba ocupado en sus asuntos de Estado, el mencionado Sergio no pudo ser recibido en audiencia; o, más bien, fue Dios quien así lo dispuso, para que el nuevo Eliseo pudiera recibir la pelliza de Elías²⁹. El caso es que Sergio se desanimó en la Ciudad por no haber sido recibido en audiencia y decidió ir al monasterio de los Acemetas³⁰. Pero no era posible ir a aquel monasterio a no ser pasando por el templo y atravesando la corriente del estrecho, donde las más de las veces soplabla el viento del norte. En fin, se embarcó con otros muchos hombres y mujeres, y se hicieron a la mar. Al llegar al lugar donde, hasta hacía muy poco, los demonios habían estado tirando piedras a la gente y hundiendo barcos continuamente, los pasajeros alabaron a Dios e hicieron mención del santo varón. Sergio preguntó quién era.

—Quisiera recibir su bendición —dice.

—Todos saldremos a visitarlo mientras la tripulación remolca el barco³¹ —le respondieron; y así ocurrió en ese intervalo de tiempo.

Sergio fue allí y saludó al santo. Cuando en plena conversación el siervo de Dios, Daniel, oyó la noticia de la muerte de san Simeón, explicó su visión a Sergio.

—Entonces —dijo este tras escucharlo— es más bien a ti a quien Dios me ha enviado. Aquí tienes al discípulo de tu padre y aquí tienes su regalo de bendición³².

Y tras sacar el capuchón de cuero, se lo puso junto a la ventana. El bienaventurado lo cogió, lo besó y dijo entre lágrimas:

—Bendito seas, Dios mío, que todo lo haces conforme a tu voluntad y que has considerado digna de la bendición de tu siervo a esta insignificancia que soy yo.

Entonces llegaron unos pasajeros del barco y reprocharon a Sergio que se estaba retrasando y les impedía zarpar.

—¡Marchaos y que tengáis salud! —les respondió Sergio—. Dios me ha guiado de un padre a otro padre.

Un sueño de Sergio anima a Daniel a encargar una columna

23. Desde aquel momento se quedó junto al bienaventurado Daniel. Y un día tuvo el siguiente sueño: Tres jóvenes, parece ser, se le acercaban y le decían: «Levántate y di a *abba*³³ Daniel: 'El tiempo pre-

visto para tu práctica del ascetismo en este templo ya se ha cumplido. Así que ivenga, adelante y a luchar!».

Cuando se despertó, le contó la visión. El bienaventurado Daniel le dijo:

—El Señor nos ha revelado más claramente todavía lo que hay que hacer, hermano. Ese sueño que ha tenido Tu Piedad coincide con la visión que tuve yo. Así pues, soporta la molestia por el Señor y sube a la colina, explora los lugares más solitarios y elevados de esta región y examina dónde debemos levantar la columna. Pues si Dios te condujo hasta mí para hacer llegar a mi indignidad la prenda del padre, no fue sin motivo.

Estaba el bienaventurado Daniel diciendo a Sergio estas palabras, cuando he aquí que aparece un silenciario³⁴ llamado Marco, que era amigo de antiguo del santo varón. Al conocer el propósito de este por la conversación que había acertado a oír, le pidió permiso para proporcionarle él mismo la columna.

—Marco, hijo mío —le dice el bienaventurado Daniel—, he aquí que Dios, de acuerdo con tu fe, te ha enviado para que seas guía de esta noble empresa. Reza, pues, para que Él, en su bondad, nos dé también la paciencia.

Revelación del emplazamiento de la futura columna

24. Después que el silenciario se despidió del santo y emprendió el regreso por mar, Sergio subió para inspeccionar el lugar donde debían levantar la columna. En esto, ve a cierta distancia una paloma blanca volando un poco y posándose de nuevo. Pensando que se había quedado atrapada en una trampa, corrió hacia ella; pero echó a volar y desapareció de su vista. Entonces, como veía que el lugar estaba retirado y además pensaba, a propósito de la paloma, que no se le había aparecido sin motivo ni de forma casual, dio gracias al Señor y bajó a reunirse con el bienaventurado en el templo, para darle la buena noticia de que el Señor les había preparado un lugar adecuado. Aquel, a su vez, dio gracias al Señor, que todo lo dispone según su voluntad.

Levantamiento y preparación de la columna junto a los terrenos del influyente Gelanio

25. Al cabo de dos días llegaron unos hombres transportando la columna sobre unas andas. Iban con ellos también unos obreros enviados por el silenciario para levantar el pilar en el lugar que se decidiera. Por la noche subieron con Sergio, asentaron la columna y bajaron a anunciar que ya estaba levantada. El bienaventurado Daniel les dio unos re-

galos³⁵ y también envió otros al silenciario a través de ellos; después los despidió.

Entonces el bienaventurado Daniel dijo a Sergio:

—No sabemos el perímetro de la columna.

Sergio no tenía ganas de subir de nuevo para tomar el perímetro de la columna. Pero el bienaventurado tenía otro hermano que vivía cerca de él, y fue a él a quien encargó que subiera a medir el perímetro de la columna. El hermano subió y empezó a medirla. Pero lo sorprendieron los guardianes de las viñas del campo vecino, perteneciente a Gelanio, el entonces intendente de la Divina Mesa³⁶ del piadosísimo emperador León. Estos fueron corriendo hacia él y lo sujetaron.

—¿De dónde vienes? —le preguntaron—, ¿por qué estas midiendo el perímetro de la columna?

—No soy un extranjero —les respondió—; soy de *abba* Daniel, el del templo; he venido aquí por un encargo suyo y al ver esta columna me he sentido lleno de alegría³⁷.

Ellos, tras oír su respuesta, lo soltaron. El hermano fue a la Ciudad, al lugar llamado Las Tres Cruces, encargó el tonel³⁸ y se lo llevó. Después contó a Daniel lo ocurrido y la respuesta que había dado a aquellos hombres. El bienaventurado respondió:

—Que se haga la voluntad del Señor.

Subida nocturna a la primera columna

26. Al cabo de tres días, al llegar la noche, ambos abrieron el templo donde Daniel estaba encerrado. Daniel tomó consigo a su hermano —Sergio se había marchado a otro lugar situado en el país de Tracia— y subieron juntos a aquel lugar. Allí encontraron tirado en el suelo un gran madero que los habitantes de las afueras habían preparado para derribar la columna. Entonces lo ataron con una cuerda y lo apoyaron contra la columna. Después subieron y pusieron encima el tonel; de hecho, aquella columna no era alta, su alzada era la de dos hombres. Finalmente, ajustaron el tonel, lo sujetaron firmemente y de manera segura con una cuerda y, tras arrodillarse, rezaron a Dios. El bienaventurado Daniel subió a la columna y se puso de pie dentro del tonel, diciendo:

—Señor Jesucristo, en tu santo nombre emprendo este combate. ¡Acepta mi ofrenda y lleva mi carrera hasta el fin! —Y dice al hermano—: Coge el madero y lo que sobra de la cuerda y vete rápido para que, si viene alguien, no te encuentre.

Y el hermano hizo lo que le había dicho Daniel³⁹.

*Gelanio denuncia a Daniel ante el emperador y el patriarca.
Un milagro protege al estilista de su ira*

27. Al amanecer llegaron los campesinos y cuando vieron a Daniel se quedaron estupefactos, pues el espectáculo era extraño. Después de acercarse y mirarlo, lo reconocieron como el hombre que vivía en el templo desde hacía tiempo. Conque, tras recibir su bendición, lo dejaron y se fueron a la Ciudad para dar la noticia a Gelanio, el propietario de aquellos lugares. Este, cuando la oyó, se irritó contra ellos por no haber vigilado aquella parte de su campo; pero también se enfadó contra el bienaventurado por haber tomado esa iniciativa sin su consentimiento. Así que fue a contárselo al bienaventurado emperador León y al arzobispo Genadio (el bienaventurado Anatolio ya había fallecido⁴⁰). El emperador no le respondió nada. Pero el arzobispo le dijo:

—Como dueño que eres de ese lugar, hazlo bajar. Dondequiera que esté, está sin derecho y sin mi autorización.

Gelanio tomó unos cuantos hombres consigo y subió al encuentro del siervo de Dios. Y entonces, a pesar de que hacía buen tiempo y el aire estaba en calma, ocurrió lo siguiente: de repente, las nubes se amontonaron y se produjo tal tormenta acompañada de granizo, que todo el fruto de las viñas se echó a perder y las hojas quedaron hechas pedazos. Era, en efecto, época de vendimia.

Después que hubieron subido⁴¹ a duras penas, y cuando ya los acompañantes de Gelanio comenzaban a murmurar contra él, constataron lo extraño del espectáculo de la columna y se quedaron estupefactos. Pero Gelanio se acercó al bienaventurado y le preguntó:

—¿Quién te ha dado permiso para quedarte en estos terrenos que son de mi propiedad? ¿No estabas mejor en el templo? Puesto que te has burlado de mí, que soy el dueño de este lugar, y no has contado ni con el emperador ni con el arzobispo, entérate de que he recibido su autorización para hacerte bajar.

*Gelanio y Daniel pactan en lengua siriaca
una estratagema para solucionar públicamente el conflicto*

28. Sin embargo, de tanto insistir él en los mismos argumentos, a sus acompañantes les pareció injusta e ilegal su pretensión, y se opusieron a que la llevara a cabo.

—El emperador es una persona piadosa —dicen— y este hombre es ortodoxo; además, este lugar está fuera de tu terreno.

Entonces Gelanio, al ver que se formaba un alboroto, dijo al bienaventurado en lengua siriaca (era de origen sirio-persa, natural de Mesopotamia):

—Por favor, haz como que bajas por consideración a los que te lo han ordenado, y yo no te dejaré pisar el suelo.

Entonces le llevaron la escalera y bajó de la columna unos seis peldaños. Pero cuando todavía le quedaban varios para bajarla del todo, Gelanio acudió corriendo y le impidió bajar hasta el final, diciéndole:

—¡Vuelve a tu morada, a tu lugar, y reza por mí!

Y es que, mientras bajaba el santo, había visto que sus pies habían empezado a hincharse y a llenarse de heridas⁴², y se turbó. El bienaventurado varón volvió a subir los peldaños que había bajado y, una vez en lo alto de la columna, se quedó de pie dentro del tonel. Después de rezar una oración, todos recibieron su bendición y bajaron de la montaña en paz. En cuanto a Gelanio, tan pronto como llegó a la Ciudad, contó al emperador tantas cosas sobre la paciencia y la perseverancia del santo, que lo movió a compasión.

Llega un abogado de Tracia con su hijo endemoniado

29. Ocurrió que, no muchos días después, Gelanio subió a ver al santo y le pidió permiso para cambiarle la columna y levantarle otra muy alta. Mientras conversaban ambos, he aquí que llegó de la región de Tracia un tal Sergio, abogado de profesión⁴³; llevaba consigo a su único hijo, muy joven todavía y de nombre Juan, que era víctima de los tormentos de un fiero demonio. Después que el hombre entró, se echó al suelo delante de la columna y, entre sollozos, lamentaciones y gritos, suplicó:

—¡Ten piedad de mi hijo, siervo de Dios! Desde hace treinta días este demonio impuro pronuncia el nombre de Tu Santidad, y solo después de preguntar por ti durante ocho días hemos sido considerados dignos de tu bendición.

Al oír estas palabras y ver al anciano tan afligido, Gelanio, invadido por la compasión, se echó a llorar, también él. El bienaventurado Daniel, por su parte, respondió al anciano:

—El que pide con fe, obtiene todo de Dios; por tanto, si tú crees que por medio de mí, pecador, Dios va a curar a tu hijo, se te concederá lo que pides de acuerdo con tu fe —y ordenó al joven que se acercara.

Se acercó y se quedó de pie frente a la columna. Entonces el santo ordenó que le dieran a beber el aceite de los santos⁴⁴; y ocurrió que, mientras se lo daban a beber, el demonio lo tiró al suelo en medio de ellos y se puso a dar vueltas⁴⁵. A continuación, el demonio se levantó del suelo y juró a gritos:

—¡Saldré de aquí tal día!

Se refería a siete días después⁴⁶.

*Construcción de la segunda columna por Gelanio.
Sergio, superior de la incipiente comunidad monástica*

30. Gelanio se quedó perplejo al ver lo sucedido y pidió al santo varón que le permitiera llevarle la nueva columna. Y como el santo cedió a su ruego, emprendió el regreso tan pronto como recibió su bendición. Al día siguiente envió las piedras para los escalones, la base con la columna, los obreros y todo lo necesario para el ensamblaje. En una semana echaron los cimientos y levantaron la columna.

Mientras las obras estaban en marcha, Sergio regresó de Tracia. Y le dice el bienaventurado Daniel:

—¿Por qué me abandonaste, pusilánime?

Sergio se echó al suelo y, tras obtener su perdón, se quedó de nuevo con él.

El otro hermano, cuando vio que el Señor conducía todo por buen camino, se construyó una cabaña de juncos⁴⁷ y vivió allí junto a él, enfrente de la columna. Y es que desde entonces, por la gracia de Dios, el número de discípulos empezó a aumentar. Su superior era Sergio, que obtuvo este cargo por su edad y por haber sido discípulo de san Simeón.

*Historia de Ciro, importante exoficial de la corte,
poeta y amigo de Daniel*

31. En esto, sube a ver al bienaventurado el excónsul y exprefecto del pretorio Ciro⁴⁸, hombre muy digno de confianza y sabio, que, habiendo ocupado todos los cargos gracias a su extrema inteligencia, al final fue víctima de una conspiración por parte del *spatharios* Crisafio⁴⁹ y se vio relegado a la condición de obispo en una pequeña ciudad (me refiero a Cotieo de Frigia). Estuvo al tanto de la traición de Crisafio, pero cedió para no acabar su vida de mala manera. A la muerte del emperador Teodosio abandonó la dignidad sacerdotal y recuperó su condición de laico, siguiendo así hasta el final de su vida, que se prolongó hasta el reinado de León, de piadosísima memoria. Solía distribuir todas sus pertenencias entre los pobres.

El mencionado Ciro tenía una hija llamada Alejandría. En el pasado había sido atormentada por un mal espíritu, pero su padre la llevó a presencia del santo varón Daniel cuando este vivía todavía abajo, en el templo, y el Señor, por intercesión de los arcángeles y por las oraciones regadas con lágrimas del santo varón, la liberó del demonio, justo en siete días. Por eso, desde aquel día en adelante reinó una intensa amistad entre ambos.

*Ciro, molesto al enterarse de quién ha construido
la segunda columna*

32. Pues bien, *Ciro* llegó cuando estaban levantando la nueva columna, y preguntó quién era el que la hacía levantar. Cuando se enteró de que era *Gelanio*, el intendente⁵⁰ del emperador, a quien además pertenecían aquellos lugares, al principio se enojó porque *san Daniel* había consentido que una persona que le había mostrado tanta insolencia llevara a cabo esa obra.

—¿Es que no habría podido yo, mucho mejor que él —dice—, haber hecho eso y cualquier otra cosa que hubiera sido necesaria?

Entonces el santo varón empezó a rogarle y suplicarle con estas palabras:

—Tu buena voluntad hacia mí es algo que todos proclaman en todas partes. Fue por no ofender a *Gelanio* por lo que acepté su oferta. Dios, a quien yo sirvo, te dará una buena recompensa de acuerdo con tu fe —y tras darle sus bendiciones, lo despidió.

*Curación del hijo del abogado
en el plazo anunciado*

33. Al día siguiente, un sábado, llegó precisamente *Gelanio* con un gran cortejo para trasladar al santo a la columna más alta. Pero cuando el santo estaba a punto de pasar de una columna a otra, el demonio que vivía dentro del hijo de *Sergio*⁵¹ comenzó a agitarse, pues estaba siendo forzado a salir de él, y gritó a grandes voces:

—¡Ay, la violencia de este mago impostor⁵²! Ya me expulsó de la hija de *Ciro* cuando todavía él vivía en el templo; entonces yo me fui a *Tracia* y encontré morada dentro de este joven. Y ahora resulta que me ha hecho volver desde *Tracia* hasta aquí para expulsarme. ¿Qué vas a hacer conmigo, *Daniel*? ¡Ay, esta violencia!, ¡me voy de aquí también! —y después de lanzar muchas injurias contra el santo y maltratar al joven, salió de él por el poder del Señor.

El demonio, una vez fuera, desprendió tan mal olor que todas las gentes allí presentes, no pudiendo soportar el hedor, se tapaban la nariz⁵³. El muchacho, por su parte, yacía en el suelo con la boca abierta. Todos lo daban por muerto y su padre se golpeaba el pecho como si estuviera sobre un cadáver. Entonces *san Daniel* dijo a *Sergio*:

—Siéntalo y dale a beber el aceite de los santos.

Y ocurrió que, cuando se lo dio a beber, fue tal el vómito que le entró al joven, que echó un coágulo de sangre negra. Pero el siervo de Dios gritó desde arriba bien fuerte:

—Juan, ¿qué te pasa? ¡Levántate!

E inmediatamente, como despertando de un sueño, el muchacho respondió:

—¿Qué mandas, señor? —y echando a correr, se abrazó a la columna dando gracias a Dios y al santo.

El miedo se apoderó de todos, y durante mucho tiempo, con los brazos extendidos hacia el cielo, estuvieron gritando entre lágrimas el kirieleisón.

*Traslado a la tercera columna.
El joven curado toma el hábito*

34. El caso es que, con mucha pompa y escolta, el santo pasó a la columna más alta. Gelanio, que había visto estas grandes obras de Dios, tan pronto como bajó de la montaña, contó todo con detalle al emperador y a los grandes de la corte. El muchacho recién curado, por su parte, se postró ante su padre para que pidiera al siervo de Dios que le permitiera tomar el santo hábito. Pero como el anciano no se dejaba persuadir, pues quería tener a su hijo muy cerca de sí, este hizo el siguiente juramento:

—¡Si no lo haces, me iré a escondidas a otros lugares donde no podrás ni verme!

De esta manera convenció a su padre, que trasladó su súplica al santo varón. Este lo acogió y le ordenó vivir con los hermanos. Transcurrido un año y dado que el joven, por la gracia de Dios, progresaba en buena conducta, el santo, después de hacer llamar a su padre, le dio el santo hábito. El padre se sintió plenamente satisfecho y regresó a casa lleno de alegría y alabando a Dios. Al cabo de tres años, el joven falleció y fue a reunirse con el Señor tras haber dado buen ejemplo de vida cristiana.

*Visita de la emperatriz Eudoxia II a Daniel
a su regreso de África*

35. Después que esta historia acabara de forma tan feliz, Eudoxia, de piadosa memoria, al regresar de África oyó de labios de su yerno Olibrio, de gloriosa memoria, todo lo relativo al santo⁵⁴; y fue tanta la alegría que sintió, que fue a visitar su cercado. Después de haber rezado y de haber recibido la bendición del santo, le dijo:

—Todo cuanto me ha contado mi yerno Olibrio de ti lo he encontrado con creces en Tu Ángel⁵⁵; además, las profecías que le hiciste sobre mi regreso, cuando todavía estabas en el templo, no me son desconocidas. Por eso he venido, para disfrutar cara a cara de vuestra⁵⁶ presencia y para recibir una bendición perfecta. Y ahora, si lo deseas, tengo aquí muchas fincas adecuadas para ti: te invito a trasladarte a mis

propiedades, pues estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda complacer a tu alma⁵⁷.

El santo varón le respondió:

—¡Que Dios, que nos ha mostrado el rostro de Tu Piedad a nosotros, pecadores en la carne, os conceda, además del reino terrenal, el que es celestial y eterno, de acuerdo con vuestra fe! En cuanto a lo de mi traslado, sin duda no ignoráis que el Señor nos aconsejó no cambiarnos de un lugar a otro, sino ejercitarnos y *quedarnos allí donde cada uno ha sido llamado*^a, siempre que sea del agrado de Dios, hasta salir de este tabernáculo. Una vez que el Señor me ha establecido en este lugar, no me está permitido cambiarlo por otro. De hecho, como ve Tu Piedad, este sitio está solitario y no necesitamos buscar otro donde haya tranquilidad.

Ante estas palabras, la muy creyente emperatriz Eudoxia se sintió plenamente edificada y, tras dar muestra de su amable generosidad, bajó de la montaña.

*Ciro convence a Daniel para que le permita
inscribir un poema en la columna*

36. Al día siguiente se presentó la hija mayor del ilustrísimo⁵⁸ Ciro, antes mencionado, que tenía un mal espíritu. Tras una espera de algún tiempo en el cercado, obtuvo la curación por la gracia de Dios. Después que la muchacha fue purificada del demonio y regresó a casa, llegó el muy magnífico Ciro, tantas veces mencionado, para dar gracias a Dios y al santo varón, y le pidió permiso para poner una inscripción en la columna. El justo varón no quería una cosa así, pero viéndose tan presionado por Ciro y no queriendo disgustarlo, se lo permitió. Entonces Ciro hizo grabar sobre la columna el siguiente texto:

«A medio camino entre la tierra y el cielo resiste de pie un hombre que no teme los vientos que soplan de todos lados.
Se llama Daniel, y rivaliza con el gran Simeón
desde que plantó sus pies en esta columna doble⁵⁹.
Con hambre de ambrosía se alimenta y con sed insanguínea,
y así proclama al Hijo de una Madre virgen».

Estos versos siguen grabados en la columna hoy todavía, en recuerdo del hombre en cuyo honor fueron escritos⁶⁰.

a. 1 Cor 7, 24.

Curación del hijo endemoniado de un presbítero

37. Así estaban las cosas cuando un presbítero natural del Ponto llegó al cercado del santo con su hijo, un joven de unos veinte años al que atormentaba un espíritu maligno. Este espíritu maligno era sordo y mudo. El padre se echó a los pies del santo suplicando la curación de su hijo. Ahora bien, el santo varón, mientras ambos estaban todavía en camino, había contemplado cómo el muchacho era sujetado con fuerza por sus propios criados y, conociendo en su espíritu el motivo de su visita, había suplicado a Dios por él, a fin de que le concediera rápidamente la curación. Como consecuencia, el demonio se agitó, arrancó al joven de los brazos que lo sujetaban y se escapó⁶¹. Por la Providencia, al ser domingo aquel día, el santo había pedido que la escalera estuviera apoyada contra la columna. Conque el joven se lanzó a la escalera y empezó a subir corriendo; pero no había llegado todavía a la mitad, cuando se vio limpio y pudo bajar ya sano. Se quedó de pie con su padre delante de la columna, dando gloria a Dios. Pero todavía hubo otros muchos milagros que Dios realizó a través del santo.

*León I tiene un hijo gracias a las oraciones de Daniel.
En agradecimiento, manda construirle la tercera columna*

38. El bienaventurado emperador León, de piadosa memoria, había oído hablar de estos prodigios a muchas personas y buscaba desde hacía mucho tiempo la manera de ir a ver a aquel hombre. Así pues, hizo llamar al piadosísimo Sergio, el apocrisario del santo⁶², y a través de él le pidió que rezara y suplicara a Dios para que le fuera concedido un hijo. Él rezó, en efecto, y gracias a la buena voluntad de Dios, la esposa del emperador, la emperatriz Verina, concibió enseguida y dio a luz un hijo⁶³. Entonces el emperador envió obreros inmediatamente y echó los cimientos de la tercera columna.

*Unos herejes tienden una trampa a Daniel
con la ayuda de una prostituta oriental*

39. Pero el celoso demonio, incapaz de contener su envidia, encuentra un instrumento digno de su malevolencia. Basiana, una cortesana⁶⁴ que había llegado recientemente de Oriente a Bizancio, seducía a muchos hombres mujeriegos dados a este tipo de excesos. Unos herejes la llaman y le hacen la siguiente proposición:

—Si eres capaz de meter en un escándalo al hombre de Anaplus que está sobre la columna o a alguno de sus compañeros, recibirás de nosotros cien monedas de oro.

La muy desvergonzada les dio su promesa y subió hacia el santo con mucha ostentación, haciéndose acompañar por multitud de muchachos y cortesanas; y entonces finge una enfermedad y se instala en una casa de las afueras situada enfrente del cercado del bendito. No fue poco el tiempo que estuvo esperando allí, pero lo gastó en vano. Sin embargo, como quería ganar el dinero, regresa a Bizancio y urde un plan:

—¡He conseguido seducir a ese hombre! —dice a sus amantes—. Enamorado de mi belleza, ordenó a sus discípulos que me subieran hasta él por la escalera. Pero como no quise, los de allí arriba planearon tenderme una trampa y matarme. Apenas he podido escapar de sus manos.

Sus amantes, ante esta noticia, pensaron que habían logrado su objetivo y se lo contaron a todos sus cómplices. Y, en fin, después que se extendió el rumor, era de ver el enfrentamiento entre creyentes y no creyentes. En estas circunstancias, Dios, que se complace en la verdad y tiene como costumbre defender a sus siervos, hizo que la tal Basiana, aquella impúdica, fuera sometida a tormento por un fiero demonio en pleno centro de la Ciudad, y denunciara la fechoría y la conspiración que aquellos malvados le habían propuesto hacer contra el justo varón a cambio de dinero. ¡Y no solo revelaba a gritos sus nombres, sino también su rango!

Fue posible ver un cambio en el orden de las cosas: ahora los creyentes estaban exultantes, mientras que los no creyentes, que además habían exigido su lapidación, estaban cubiertos de vergüenza.

Daniel pone fin al castigo ejemplar de la prostituta

40. Cuando la mujer llevaba muchos días sufriendo este terrible castigo, los devotos de Cristo que vivían en la Ciudad se apiadaron de ella y se la llevaron al santo, suplicándole que rezara a Dios por su bien, para que encontrara curación.

—Creedme, bienamados —les dijo el siervo de Dios—, las calumnias precedentes han sido para mí lo mismo que los elogios de ahora. Sí, porque ni se saca beneficio de ser alabado en vano, ni se sufre daño por ser calumniado injustamente. De hecho, quien ha consagrado su alma a Dios se alegra más con calumnias falsas, pues le procuran una recompensa, que con alabanzas sinceras, que hinchan hasta provocar orgullo.

Después de estas palabras, como todos pedían que la perdonara de tan afligida como veían a la desdichada delante de la columna, invitó a todo el mundo a ponerse de pie para la plegaria. Luego, tras extender los brazos al cielo delante de todos, suplicó a Dios su curación llorando durante muchas horas. Y entonces ocurrió que, mientras estaba rezando, el demonio estrelló a la mujer contra el suelo y en ese mismo instante salió de ella. Él ordenó que se le diera a beber el aceite de los santos. De

esta manera, la mujer volvió en sí y, tras levantarse, se abrazó a la columna llorando y bendiciendo a Dios. Todos los que la acompañaban daban gracias a Dios por haber concedido al santo una gracia como aquella. Después la tomaron consigo y se fueron con ella llenos de alegría.

*Predicción desatendida
de una catástrofe inminente en Constantinopla*

41. Por aquella época le fue anunciado al santo con antelación, por inspiración divina, que una gran cólera⁶⁵ iba a descender del cielo sobre la Ciudad, y él expuso claramente la amenaza al bienaventurado arzobispo Genadio⁶⁶, así como al emperador, rogándoles que hicieran letanías para evitarla. Sin embargo, como la festividad de la Pasión salvadora de Cristo estaba próxima, no quisieron inquietar al pueblo para que el dolor no asaltara la Ciudad en plena fiesta. Y una vez pasada la santa festividad, el asunto cayó en el olvido⁶⁷.

*El patriarca Genadio consigue ordenar sacerdote a Daniel
después de muchas dificultades*

42. Después de estos acontecimientos, el bienaventurado León, de piadosa memoria, pensando que había puesto frecuentemente a prueba a aquel hombre y que había obtenido muchos beneficios de él gracias a sus santas plegarias, envió por medio de un silenciario⁶⁸ el siguiente mensaje al arzobispo antes mencionado:

«Sube a donde el santo y hónralo con la dignidad de presbítero».

Sin embargo, el arzobispo no quería y, a través del enviado, dio diversas excusas al piadosísimo emperador. Este, irritado por la demora, envió un segundo mensaje al bienaventurado Genadio:

«Si quieres subir, sube. Si no, seré yo quien vaya allá, y la voluntad de Dios se cumplirá».

Entonces Genadio, asustado, se hace acompañar por algunos miembros del clero de la Iglesia y llega así al cercado del santo. Pero al santo se le había dado a conocer de antemano el motivo de su visita.

—Padre, bendice a tus hijos —dijo el arzobispo.

—Es Tu Santidad quien debe bendecirnos a nosotros y a ellos —respondió el santo.

—Hace mucho tiempo —dice el bienaventurado Genadio— que quería venir a beneficiarme de vuestras oraciones. Ordena, por favor, que pongan la escalera para que pueda subir y recibir una bendición perfecta. Dios convencerá a Tu Santidad de que, ocupado como he estado con los más diversos asuntos de la Iglesia, me ha sido imposible hacer esto⁶⁹ durante mucho tiempo.

Pero el siervo de Dios, aun habiendo oído estas palabras, y a pesar de que el arzobispo seguía rogándole que le pusieran la escalera, rehusó responder.

43. Aunque todos los acompañantes del arzobispo insistían en esta petición, el Justo seguía sin ceder, y así iba transcurriendo el día. Pero como la muchedumbre ardía de sed por el bochorno, el obispo, viendo que no conseguía nada, ordenó al archidiácono rezar una plegaria. Él, por su parte, se quedó de pie rezando y por medio de su plegaria ordenó sacerdote al santo.

—Bendícenos, señor presbítero —dijo—. Desde este momento eres sacerdote por la gracia de Cristo. Porque cuando he acabado mi plegaria, Dios, desde lo alto, te ha impuesto las manos⁷⁰.

La muchedumbre, durante muchas horas, repitió el grito de: «¡Es digno!». Después de esto, todos dijeron, uniendo sus súplicas a las del arzobispo:

—¡Ordena poner la escalera, puesto que ya eres lo que querías evitar!

Finalmente, el Justo permitió que se cumpliera su deseo, y el arzobispo subió sosteniendo en las manos el cáliz del santo cuerpo y la preciosa sangre del buen Mediador, Jesucristo, nuestro Dios. Entonces se saludaron mutuamente con el santo beso y recibieron la comunión el uno a manos del otro⁷¹. A continuación, el obispo regresó a la Ciudad y, una vez en el palacio, contó al emperador todo lo ocurrido.

Visitas del emperador León I y del patriarca.

En presencia de ambos, Daniel pasa a la tercera columna

44. El bienaventurado León, de piadosa memoria, se alegró de sus novedades. Poco después fue a visitar el lugar donde vivía el santo, y pidió que le pusieran la escalera para subir y recibir su bendición. Una vez puesta, el emperador subió hasta el siervo de Dios y le pidió permiso para tocarle los pies. Pero cuando se acercó y vio el estado de infección e inflamación en que se encontraban, se quedó estupefacto y admirado de la paciencia del Justo. Dando gloria a Dios, pidió al santo que le permitiera levantarle una columna doble para que se subiera a ella⁷². Entretanto, también llegan el obispo y casi toda la ciudad, así como gentes del otro lado del estrecho. Finalmente, ante las incesantes súplicas del bienaventurado León para que se trasladara a la nueva columna ese mismo día, el siervo de Dios ordenó poner unas tablas de escalera a escalera, a modo de puente. Una vez cumplida su orden, el santo pasó a la columna doble. Aquel día se produjeron tantas curaciones que todos quedaron maravillados.

Constantinopla, arrasada por un gran incendio

45. No mucho después ocurrió que la Ciudad fue arrasada por un incendio⁷³. Todos estaban sumidos en una terrible angustia y la mayoría tuvo que huir de la Ciudad. Uno por uno acudían al santo suplicándole que aplacara a Dios para que cesara el fuego. También explicaban las desgracias que habían sufrido:

—¡Tantas cosas como tenía y me he quedado desnudo! —decía uno.

—Como el incendio estaba lejos —decía otro—, yo dormía preocupado con mi mujer y mis hijos. Pero, inesperadamente, se desencadenó la catástrofe y ahora me he quedado viudo y sin hijos; y si he escapado de morir quemado, ha sido por poco.

—Después de librarme de un peligro tan terrible —decía un tercero—, y cuando mis escasos bienes estaban a salvo en mis manos, sufrí un naufragio.

El santo, llorando por todas estas desgracias, dijo:

—Dios, que ama a los hombres, se compadeció de vosotros y, en su bondad, os anunció todo esto con antelación y no lo silenció. Por tanto, tendríais que haber suplicado a Dios para evitar esta cólera tan terrible. También a los habitantes de Nínive les fue anunciada en su día la amenaza divina a través del profeta, pero consiguieron evitarla haciendo penitencia⁷⁴. A mí no me habría apenado que el amor de Dios a los hombres me hubiera puesto en evidencia como embustero, pues habría tenido como ejemplo al que se enfadó por la calabaza⁷⁵.

»Mostrad vuestro agradecimiento incluso ahora, os lo ruego, a Aquel por el que ha ocurrido todo esto. Sí, porque ¡qué grande es el servicio que recibe un amo cuando ve que un criado se comporta con agradecimiento al recibir un castigo! Lo considera digno no ya de los honores precedentes, sino también de otros mayores todavía a causa de su buena voluntad.

Con estos y otros muchos consejos cambió su desánimo en consuelo; después los despidió con estas palabras:

—Hasta dentro de siete días la Ciudad seguirá sumida en la aflicción.

Pasado el incendio, la pareja imperial visita a Daniel

46. Una vez acabado el incendio, el miedo se apoderó de todos. Entonces el muy bienaventurado León, de piadosa memoria, subió a la montaña acompañado de su esposa para prosternarse ante el siervo de Dios⁷⁶. Le dijo:

—Esa cólera se desató por culpa de nuestra negligencia. Reza, pues, te lo ruego, para que Dios nos sea propicio en adelante.

Y ahora observa, bienamado, cómo se cumplió la palabra de la ma-

dre del santo, mencionada al principio: ¡había sido venerado por aquellas dos luces que su madre, durante una visión nocturna, había visto posarse sobre su cama⁷⁷!

Después de ser bendecidos todos de común acuerdo, el emperador se alojó en San Miguel; está aproximadamente a una milla del mar⁷⁸.

Una tormenta está a punto de derribar la columna

47. Con motivo de una violenta tormenta, la columna —que, no sé cómo, no había sido fijada convenientemente—, se descolocó de su base a un lado y a otro por la violencia de los vientos y solo se sostenía por la barra clavada en medio⁷⁹. Era de ver aquella columna doble tan alta moviéndose de aquí para allá con el Justo encima. Cuando soplabla el viento del sur, se inclinaba del lado izquierdo; y cuando el viento del norte, se volvía a la derecha. Y expulsaba desde arriba verdaderos ríos de agua al tiempo que la base se iba destrozando, pues además de los fuertes vientos arreciaban las lluvias.

Los discípulos intentaron apuntalar la columna con barras de hierro, pero un mero balanceo de la misma las destrozó y por poco no mató a los que intentaban oponer resistencia. Entonces sus gritos se mezclaron con las lágrimas, ya que se veían abocados a la pérdida de su padre, y en plena confusión cada uno daba una orden distinta. Como todos habían perdido casi por completo la esperanza, se quedaron temblando con la boca abierta, y movían la cabeza a un lado y a otro siguiendo el balanceo de la columna, pues intentaban ver adónde caería el cadáver del Justo con el pilar. Entretanto, el siervo de Dios, sin responder nada a nadie, perseveraba en la oración, invocando a Dios en su auxilio. Y Dios, que ama a los hombres, puso fin al peligro en su misericordia y envió la calma.

Irritación del emperador con el arquitecto de la columna

48. Al día siguiente, el emperador envió a un cubiculario⁸⁰ llamado Andrea para saber si el santo había sufrido algún daño por la violencia de los vientos. El emisario subió a la montaña y, tras constatar el peligro extremo que había afrontado el Justo, regresó y se lo contó al emperador. Este, ante sus noticias, se enojó tanto con el arquitecto por haber hecho tan mal la base de la columna, que quería matarlo. Él mismo subió corriendo inmediatamente y, tras comprobar con sus propios ojos las sacudidas sufridas por la columna y la paciencia mostrada por el santo, se quedó estupefacto; todas las personas presentes no dejaban de alabar a Dios. Entonces el emperador dijo al santo:

—Por culpa de unos hombres has estado en peligro, pero gracias a

Dios, que te da su apoyo, has sobrevivido a la conspiración de esos artesanos del mal.

Al enterarse el siervo de Dios de la amenaza que pendía sobre el arquitecto, rogó al emperador que no sufriera ningún daño. Y el emperador lo perdonó, con la orden de que asentara firmemente la columna; y así ocurrió.

Accidente ecuestre del emperador delante de la columna

49. A punto ya el emperador de emprender el regreso, el diablo, siempre envidioso de los buenos, en vista del afecto tan grande y hermoso que aquel sentía por el santo, le tendió una trampa de un peligro crítico⁸¹. En efecto, el caballo sobre el que cabalgaba dio un respingo y se encabritó y, como cayó al suelo de espaldas con el jinete, el borde curvado de la montura dio contra la frente del emperador y le hizo un leve rasguño; además, la diadema que tenía sobre la cabeza salió despedida y perdió parte de las perlas que pendían sobre la nuca⁸². Pero el emperador, por la voluntad de Dios, salió sano y salvo. Y una vez de regreso en la Ciudad, se produjo una manifestación de la Providencia.

En efecto, el emperador se enojó con el *magister militum* Jordanes, que era el *comes* de las caballerizas imperiales⁸³, y este, presa del miedo ante sus amenazas, se refugió en el cercado del santo, donde, atento a las exhortaciones del Justo, abandonó la doctrina de los arrianos y entró en comunión con la fe ortodoxa; y en ese mismo momento el emperador se reconcilió con él⁸⁴.

Después de esto León, de piadosa memoria, supo de la preocupación del santo por el accidente que había sufrido al marcharse y envió inmediatamente a Calipodio, el primicerio de su cámara⁸⁵, para tranquilizar al siervo de Dios con estas palabras:

«Que Tu Ángel no se aflija por mí, pues gracias a vuestras santas oraciones salí indemne. Ahora sé por qué sufrí ese accidente: cuando visité a Tu santo Ángel, no debería haber montado a caballo en tu presencia. Así pues, suplica a Dios que perdone este error mío».

El emperador se construye un palacio cerca de la columna

50. Observad ahora, bienamados, el ridículo del Maligno: allí donde pensaba atribuirse un gran éxito, su deshonor fue mayor. En efecto, el piadosísimo emperador construyó un palacio cerca de San Miguel⁸⁶ y pasó en él la mayor parte de los días, hasta el punto de hacerse inseparable del santo. Además, en lo sucesivo, cuando veía al Justo desde lejos, se bajaba del caballo; y de la misma manera, cuando descendía de la montaña, no se montaba al caballo hasta que el santo no se ocultaba a su vista.

Daniel, mediador entre el emperador y el rey de Lázica

51. Por aquella época ocurrió que Gubazio, rey de los lazos, llegó a la corte del emperador León⁸⁷. Entonces el emperador sube a visitar al santo llevándolo consigo y Gubazio, al ver el extraño espectáculo, se echa de bruces al suelo exclamando:

—¡Gracias a Ti, Emperador celestial, porque por medio del emperador terrenal me has considerado digno de contemplar grandes misterios! ¡Jamás en mi vida había visto nada parecido sobre la tierra!

Los dos monarcas tenían entre sí un conflicto en relación con la política romana. Pero confiaron los pormenores del asunto al siervo de Dios, y el santo actuó como mediador de unos pactos que satisficieron a ambos. Ya de vuelta, el emperador despidió a Gubazio, quien, una vez en su patria, contó a todos lo que había visto. Como consecuencia, los sucesivos visitantes de la Ciudad procedentes de aquel país se habituaron a subir a toda costa a donde el santo. Además, el propio Gubazio escribía al santo para pedirle sus oraciones, y hasta la hora de su muerte no dejó de hacerlo.

Daniel, a punto de morir congelado por otra tormenta

52. Al año siguiente⁸⁸ se produjo una tormenta insoportable y el capuchón de cuero del santo se quedó como la estopa, por lo cortante de los vientos. Pero el viento le despojó también de este andrajo y lo arrojó a un barranco situado a cierta distancia. Así que el santo pasó toda la noche expuesto a la nieve; y los gélidos vientos, al estrellarse contra su cara, llegaron a darle el aspecto de una columna de sal. Al llegar la mañana, como era imposible arrastrar la escalera hasta él por la extrema violencia de la tormenta, el santo siguió así; estaba sin respiración, casi muerto.

Visión de Daniel durante la tormenta.

Simeón Estilita le pide el traslado de sus reliquias desde Antioquía

53. Cuando por la misericordia de Dios se hizo la calma, pusieron la escalera. En esto, ven que tiene los pelos de la cabeza y de la barba pegados al cuerpo por los carámbanos, y la cara recubierta por el hielo a la manera de un bloque de vidrio, siendo imposible verla; tampoco podía hablar ni moverse mínimamente. Entonces le subieron corriendo jarras de agua tibia y grandes esponjas, y después de hacerle entrar poco a poco en calor, consiguieron a duras penas que volviera a hablar.

—Has corrido un peligro muy grande, padre —le dijeron.

Y él, como despertando de un sueño, respondió al instante:

—Creedme, hijos: hasta el momento de despertarme vosotros, he es-

tado disfrutando de un largo descanso. Cuando esa terrible tormenta se abatió sobre mí y la violencia del viento me arrancó el manto, me sentí completamente desolado durante una hora, más o menos. Era tal mi desaliento que invoqué en mi auxilio a Dios misericordioso, y me vi sumergido, por decirlo así, en el sueño. Y entonces me pareció estar descansando en un lecho magnífico, cuyas lujosas mantas me abrigan; y creí ver a un anciano sentado en un trono junto a mi cabeza: daba la impresión de ser el mismo que me encontró por el camino después que abandoné el cercado del santo y bienaventurado Simeón⁸⁹. Conversaba conmigo con gran afecto y sinceridad y me señalaba un cuervo gigantesco que llegaba de Oriente y entraba en esta gran ciudad; sobre la columna del Foro del muy creyente emperador León⁹⁰ encontró el nido de un águila y, tras posarse sobre él, anidó con las crías del águila. ¡Y ya no era un cuervo lo que parecía, sino un águila! Pregunté al anciano qué quería decir aquello.

—No hace falta que lo sepas ahora —me respondió—, lo sabrás más adelante. —Y mientras me abrazaba y me daba calor, el mismo anciano me decía afablemente—: Te quiero mucho. Quería estar junto a ti. Son muchos los frutos que han de florecer de tu raíz.

»Tanto regocijo sentíamos el uno por el otro, que no habéis hecho bien en despertarme, pues encontraba muchísimo placer en la conversación de este hombre.

Los discípulos respondieron al santo:

—Perdónanos, verdaderamente estábamos hundidos en el desánimo. Creíamos que Tu Santidad había muerto. Pero ¿qué crees que significa esa visión, padre?

—Yo no lo sé con claridad —respondió—. Pero Dios hará lo que a Él le plazca y a nosotros nos convenga.

Sin embargo, los discípulos se esforzaban por interpretar la visión:

—Es preciso —dijeron— que traslades las reliquias del santo y muy bienaventurado Simeón desde Oriente a esta Ciudad mediante los buenos oficios del emperador. A juzgar por tu visión, el santo y bienaventurado Simeón se complacerá en ello.

—Traedme otro capuchón de cuero y ponédmelo —respondió el esclavo de Dios.

El emperador le construye un pequeño refugio en la plataforma

54. Lo que había ocurrido no pasó desapercibido al bienaventurado León, que repetía:

—¡No es justo que el santo esté desnudo, sin techo y expuesto a estos peligros!

Así que subió a verlo y le pidió permiso para construirle un refugio de hierro con forma de pequeño dosel⁹¹. Pero el santo no quería.

—Nuestro santo padre Simeón —respondió— nunca tuvo nada parecido, y eso que era mucho mayor que yo. Por tanto, es justo que yo, que soy más joven, siga mi lucha sin buscar esas comodidades que ablandan el cuerpo⁹².

—Bien dicho, padre —respondió el emperador—, y apruebo tu resolución. Tu paciencia me complace, porque veo, además, que la ayuda de Dios nunca te falta. Por eso se te está trenzando una corona en el cielo. Ahora bien, disponte a prestarnos tus servicios muchos años más. ¡No te mates de una vez, porque Dios te ha entregado a nosotros para que obtengamos frutos de ti!

Con estas palabras logró convencer a duras penas al bienaventurado para que aceptara su iniciativa; y, efectivamente, la llevó a cabo. Desde aquel momento, el santo vivió sin ser molestado por las tormentas. El emperador, por su parte, a todos sus visitantes extranjeros —ya fueran reyes, emperadores o embajadores— los llevaba a ver al santo, o si no, se los enviaba; no dejaba de alardear sobre él, ni de enseñárselo a todos, ni de proclamar sus combates ascéticos.

Zenón denuncia al emperador la conspiración de Ardabur

55. Por aquella época se presentó ante el emperador un tal Zenón, de origen isaurio⁹³, con unas cartas escritas por el entonces *magister militum* de Oriente, llamado Ardabur; en ellas incitaba a los persas a rebelarse contra el Estado romano y prometía ayudarlos⁹⁴. El emperador recibió a Zenón y, tras conocer el contenido de las cartas, ordenó que se celebrara un *conventus*⁹⁵. Una vez reunido el senado, enseñó las cartas y ordenó que, para conocimiento de todos los senadores, fueran leídas en voz alta por Patricio, el *magister officiorum* de entonces⁹⁶. Cuando acabó de leerlas, el emperador preguntó:

—¿Qué os parecen? —Y como todos guardaron silencio, el emperador dijo al padre de Ardabur⁹⁷—: ¡Muy bonito lo que trama tu hijo contra su emperador y el Estado romano!

—Tú eres el soberano, tú tienes el poder —respondió el otro—. Yo, a mi hijo, a juzgar por estas tablillas⁹⁸, ya no puedo controlarlo. Son muchas las veces que le he escrito para aconsejarle y advertirle de que no arruine su vida. Pero, por lo que veo, hace todo lo contrario. Así que actúa como Tu Piedad crea conveniente. Pon término a su mandato y que comparezca aquí y se defienda.

El emperador siguió su consejo: relevó a Ardabur de su cargo, lo redujo a la condición de simple civil y le ordenó acudir rápidamente a Bizancio; después invistió a Jordanes como sucesor de Ardabur, y lo envió a Oriente; también nombró a Zenón *comes domesticorum*⁹⁹.

Después el emperador ordenó organizar una procesión¹⁰⁰ y condujo

a Zenón hasta el santo, a quien habló sobre la conspiración de Ardabur y la lealtad de Zenón; algunos le dieron también la noticia de que había investido a Jordanes como *magister militum* de Oriente en sustitución de Ardabur. El santo se alegró por Jordanes y después de largas exhortaciones a Zenón en presencia del emperador y de todos, rezó por ellos y los despidió.

Daniel profetiza la derrota de los vándalos de Genserico

56. Al cabo de algún tiempo llegó la noticia de que Genserico, rey de los vándalos, se disponía a tomar Alejandría¹⁰¹. No era pequeña la preocupación que tenían el emperador, el senado y la Ciudad ante este peligro. Así pues, el emperador envía a su *spatharios*¹⁰² Hilasio, que era eunuco, para informar al santo acerca de Genserico y de su intención de enviar un ejército allá. Hilasio subió y transmitió al santo el mensaje del emperador. El santo respondió a Hilasio:

—Ve a decirle al emperador lo siguiente: «No te preocupes por este asunto. Dios te anuncia a través de mí, pecador, que ni Genserico ni ninguno de los suyos verán jamás la ciudad de Alejandro. Si tú quieres enviar un ejército, eso queda a tu criterio, pero el Dios al que yo sirvo preservará a Vuestra Piedad de toda desgracia y dará fuerza a quienes envíes contra los enemigos del Imperio».

Hilasio abandonó el lugar y comunicó al emperador estas palabras, que por la gracia de Dios se cumplieron¹⁰³.

Daniel pide el emperador las reliquias de Simeón.

A cambio, le permite construir un monasterio y un albergue

57. El emperador, en agradecimiento a Dios y al santo, subió a verlo y le pidió permiso para construir una casa destinada a los hermanos y a los peregrinos. Pero el bienaventurado Daniel se opuso.

—San Simeón —dijo— no tuvo en su cercado mientras vivió ninguna casa en absoluto. Sin embargo, ruego a Tu Piedad que me concedas lo que te voy a pedir.

—Soy yo quien te ruego que me lo digas —responde el emperador—. Ordena lo que quieras.

—Da orden de enviar una embajada a Antioquía para traer las reliquias de san Simeón.

El emperador se alegró ante este ruego y respondió:

—Entonces da tu permiso para construir un edificio donde se puedan alojar los peregrinos, y una casa destinada a los hermanos. Porque veo que gracias a la ayuda de Dios se multiplica el número de hermanos y discípulos, y que hay una gran muchedumbre de forasteros que se

angustian cuando suben hasta aquí y no encuentran dónde alojarse. El bienaventurado Simeón, puesto que lo has mencionado, no vivía en un lugar tan castigado por las tormentas, ni tampoco acudían a verlo por unas necesidades tan variadas, sino solo para rezar y recibir su bendición¹⁰⁴. En cambio, tú te ves importunado de mil maneras por las personas que se concentran aquí con motivo de sus problemas, entre las cuales me cuento yo, siempre contento de recibir a menudo tus instrucciones¹⁰⁵; de hecho, me reportan gran beneficio. Por tanto, ¡haz que el deseo que he expresado en mi plegaria se haga realidad!

Entonces el bienaventurado Daniel dijo al emperador:

—Puesto que es para gloria de Dios y amparo de hermanos y peregrinos eso que juzgáis oportuno y que Tu Piedad ha propuesto llevar a cabo, dad la orden de que se haga.

Entonces el emperador planeó que al norte de la columna se construyera un *martyrion* de San Simeón sin columnas, provisto de pilares y de bóvedas¹⁰⁶, y que detrás de la columna se edificara el monasterio de los hermanos y peregrinos. Y después de rezar una oración, emprendió el regreso.

*Deposición solemne de las reliquias de san Simeón
en el santuario del cercado construido con esta finalidad*

58. Mientras avanzaban las obras por la gracia de Cristo, llegaron desde la ciudad de Antioquía las reliquias de san Simeón¹⁰⁷. El emperador, al tener conocimiento de esta noticia, ordenó al arzobispo anunciar la deposición de las reliquias y celebrar la vigilia nocturna en la iglesia del Arcángel Miguel de Anapulus, porque él estaba allí. Al día siguiente, una vez preparada la carroza imperial, el arzobispo subió a ella con las reliquias y emprendió la subida hacia el santo. Todo el pueblo, una muchedumbre incontable, se unió al cortejo, unos delante, otros detrás, y entre cantos de salmos e himnos llegaron al lugar fijado. Aquel día de la deposición de las santas reliquias se produjeron muchas curaciones. Después de la celebración del oficio divino, todo el pueblo salió afuera, al cercado, al encuentro del santo, para recibir su bendición¹⁰⁸. También salió el arzobispo con todo su clero; le pusieron un trono delante de la columna, y él se sentó y dijo al santo:

—Mira, el Señor ha cumplido todos tus deseos. Ahora bendice a tus hijos con una prédica.

Después de decir el diácono el «¡Atendamos!», el santo dio la paz al pueblo desde arriba¹⁰⁹ y, abriendo la boca, comenzó a instruirles, pero sin decir nada retórico o filosófico, sino hablándoles del amor de Dios, del cuidado a los pobres, de la misericordia, del amor fraterno, de la vida eterna reservada a los santos y de la condenación eterna reservada

a los pecadores. Por la gracia de Dios, fue tal la compunción del muy creyente pueblo, que rociaban el suelo con sus lágrimas. A continuación, después de rezar el arzobispo la plegaria, Daniel despidió a todos y cada cual se fue a su casa en paz.

Otro hereje intenta desacreditarlo

59. Uno de los herejes infieles subió al encuentro del santo con el pretexto de pedirle una oración, acompañado de su mujer, sus hijos y sus hijas. Pero en vez de rezar, empezó a lanzar injurias y a decir chorrerías contra el santo. Las gentes que compartían la fe verdadera en Dios le decían:

—¿Qué haces, hombre, diciendo tonterías y molestándonos en vez de rezar? ¿Por qué has subido hasta aquí?

—Para edificarme —les respondió—, porque también yo oí a muchos hablar bien de él; pero me he encontrado con lo todo contrario. Sí, porque cuando me he acercado a la columna para postrarme, he encontrado este pescado sobre el escalón.

Y entonces se sacó de dentro del manto un pescado frito enorme que había comprado abajo, en el mercado, para comer él y los suyos, y se lo enseñó a la gente al tiempo que tachaba al santo de voluptuoso e incontinente. Los que lo vieron se quedaron sorprendidos al principio ante su trampa, pero después lo censuraron severamente y lo dejaron, diciéndole:

—Tú verás que lo dices contra el siervo de Dios.

En el camino de regreso —Dios misericordioso quería poner de manifiesto cómo sale en defensa de sus siervos— él, su mujer y sus hijos comenzaron a tener escalofríos; y después, ya de vuelta en el mercado del Arcángel Miguel, el infeliz, cuando se disponía a comer el pescado, fue presa repentina de un espíritu impuro y comenzó a confesar en pleno mercado, sometido a las torturas del demonio, toda la calumnia que había vertido contra el santo.

Y así, conducido por el demonio, llegó al cercado, y todos los suyos le seguían. Se quedaron allí a la espera, confesando su falta, y al cabo de tres días, mientras les daban a beber el aceite de los santos, el Señor los curó. En señal de agradecimiento hizo una ofrenda consistente en un icono de plata de diez libras¹¹⁰ en el que había hecho representar la imagen del santo junto a la de ellos; en la parte inferior del icono habían escrito la siguiente inscripción: «Pide a Dios que nos perdone por las faltas cometidas contra ti, padre». Todavía hoy está expuesto en el recinto del altar¹¹¹.

*El oficial galo Tito deja a sus hombres y al emperador
para vivir con Daniel*

60. Por aquella época, el bienaventurado emperador León oía hablar muy bien a muchos de un hombre enérgico llamado Tito, que vivía en la Galia y tenía a su servicio a un buen número de hombres bien ejercitados en las maniobras de la guerra. Así que lo mandó buscar y lo honró con la dignidad de *comes*¹¹² para tenerlo como defensor en caso de guerra; después lo envió al santo para que este rezara por él. Cuando llegó, el santo regó su alma con muchas y variadas exhortaciones tomadas de las sagradas Escrituras e hizo de él un árbol siempre floreciente y fructífero. De hecho, Tito, cuando vio al santo, se quedó admirado ante lo extraño de su aspecto y ante su paciencia; y de la misma manera que la buena tierra, después de recibir la lluvia, produce fruto, así este hombre, iluminado en su espíritu por la catequesis del santo y justo Daniel, ya no quiso abandonar el cercado, porque decía:

—Todo esfuerzo por parte del hombre va encaminado a enriquecerse, a adquirir posesiones en este mundo y a agradar a los hombres; sin embargo, la sola hora de su muerte le priva de todos sus bienes. Así que es mejor que sirvamos a Dios antes que a los hombres.

Con estas palabras se postró ante el santo, pidiéndole que lo admitiera y lo incorporara a la hermandad. El siervo de Dios, Daniel, acogió de buen grado su noble resolución; y entonces el muy valeroso Tito convocó a toda su gente y a los bucelarios¹¹³ y les dijo:

—Yo, a partir de ahora, voy a ser soldado del emperador celestial. Mi rango entre los hombres me convirtió en vuestro capitán, pero he sido incapaz de haceros ningún bien, ni a vosotros ni a mí mismo; solo os he incitado a hacer matanzas y a derramar sangre. Por eso, a partir de este momento renuncio a todas estas maldades. Aquellos de vosotros que queráis, quedaos conmigo. Conste que no os obligo a ninguno, porque lo que se hace por obligación es inaceptable. Mirad, aquí hay dinero: que cada uno de vosotros coja lo suyo y se vaya a casa.

Entonces cogió gran cantidad de monedas de oro, las depositó delante de la columna y dio a cada uno lo suyo según su rango. Hubo dos que prefirieron no coger nada y se quedaron con él. Pero todos los demás le dieron un abrazo y se fueron.

*El emperador, enojado por el desplante de Tito.
Este toma el hábito monástico*

61. El emperador, cuando oyó lo ocurrido, se enfadó mucho y envió mensajeros al santo con el siguiente mensaje para Tito:

«Yo te hice venir de tu tierra para tenerte muy cerca de mí. Si te he

enviado a ver al santo fue para que rezaras y recibieras su bendición, no para que te separaras de mí».

Dice Tito al mensajero:

—Yo, desde ahora, después de haber escuchado las enseñanzas de este santo, estoy muerto para el mundo y para todas las cosas que hay en el mundo. Por tanto, decid al emperador lo que os dirá el Justo sobre mí: «Tito, tu siervo, está muerto».

Los enviados salieron afuera, al cercado, al encuentro del santo, y le pusieron al tanto de todo. El santo, por su parte, envió una instrucción escrita al emperador por medio de ellos, exhortándole en estos términos:

«Tú no necesitas ayuda humana. Gracias a tu fe perfecta en Dios, tienes como defensor al Dios eterno. Por tanto, no sigas buscando a un hombre que hoy existe pero mañana no existirá. Dios hace todo de acuerdo con la Providencia. Así pues, ofrece a tu siervo a Dios, que Él es capaz de enviar a otro en su lugar a Tu Piedad, más valiente y útil todavía. Yo no he querido hacer nada sin tu consentimiento».

El emperador, satisfecho con esta respuesta, envió al santo el siguiente mensaje de agradecimiento:

«¡Con todas las acciones buenas que has hecho, y todavía te quedaba esta por hacer! Que ese hombre quede bajo tu autoridad, y que Dios acoja su noble resolución».

No mucho tiempo después, Tito y sus compañeros fueron juzgados dignos del santo hábito, y progresaron en su hermoso género de vida, sobre todo Tito, el *excomes*.

Daniel explica su régimen de vida a Tito, que, admirado, se somete a disciplinas ascéticas extremas

62. Pero el diablo, entorpecedor de las buenas acciones, inspiró pensamientos cargados de curiosidad a Tito, a fin de que espíara al santo para ver si comía y qué era lo que comía. Así que un día estuvo esperando hasta la hora del oficio vespertino y entonces, a escondidas de todos sus hermanos, se quedó afuera, en el cercado, escondido detrás de la columna¹¹⁴. Cuando sus hermanos acabaron la salmodia nocturna en el oratorio, creyeron que se había quedado detrás por alguna molestia. El día siguiente lo pasó con todos. Y así durante una semana, sin obtener ningún resultado. Finalmente, pidió al santo con libertad de palabra que le explicara su régimen de vida. El santo le satisfizo respondiéndole lo siguiente:

—Créeme, hermano, yo como y bebo lo suficiente para mis necesidades. No soy un espíritu ni un ser incorpóreo; soy un hombre y estoy revestido de carne. En cuanto a la otra necesidad, la de evacuar, mi ex-

cremento es como el de una oveja a causa de mi extrema sequedad. Si quisiera comer más de la cuenta, me castigaría a mí mismo, porque no puedo andar de un sitio para otro ni aliviarme para facilitar la digestión. Por tanto, cuanto más lucho por cultivar la templanza, tanto mayor es el bien que me hago a mí mismo, y se me hace más llevadero el dolor de los pies.

—Si Vuestra Santidad —dice Tito—, con estas condiciones de vida y en un lugar tan expuesto a las tormentas, lucha así por cultivar la templanza por su propio bien, yo, que soy joven y lleno de fuerza y salud en el cuerpo, ¿qué tengo que hacer?

—Haz todo lo que pueda aguantar tu carne —responde el santo—: no la fuerces más allá de la justa medida, pero tampoco la rindas a la relajación. Si cargas un barco por encima de su cargamento habitual, se hunde enseguida por el peso; y por el contrario, si lo dejas demasiado ligero, se vuelca fácilmente por la fuerza de los vientos. Yo, hermano, me he percatado por la gracia de Dios de mi capacidad natural y sé cómo regular mi alimentación.

Ante esta respuesta, Tito entró en el oratorio y, poniéndose en una esquina, se colgó de las axilas mediante unas cuerdas, de forma que sus pies no descansaran sobre el suelo. De noche a noche solo tomaba tres dátiles o tres higos secos y la cantidad de *eukraton*¹¹⁵ permitida; además, tenía fijada a su pecho una tabla sobre la que unas veces inclinaba la cabeza y descansaba, y otras veces ponía un libro y leía.

Muerte santa de Tito

63. Tito estuvo haciendo esto durante mucho tiempo y edificaba a todos los que lo visitaban. Entre ellos estaba también el muy creyente emperador León; cada vez que subía a ver al santo, después de esta visita entraba en el oratorio para ver también al bienaventurado Tito, y ante la contemplación de aquel régimen de vida inspirado por Dios, se quedaba admirado de su paciencia y le rogaba que rezase por él.

Cuando el Señor quiso llamarlo a su lado, estaba rezando y tenía los ojos y la cara mirando hacia arriba, al cielo; así expiró. Los hermanos, al verlo, creían que estaba rezando como de costumbre. Pero al anochecer, los dos hermanos que ya antes habían sido servidores suyos y que ahora continuaban sirviéndole para atender sus necesidades, llegaron y lo encontraron muerto. Cuando rompieron a llorar, todos supieron que había fallecido. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás, sobre la nuca; sus brazos, extendidos en forma de cruz, descansaban sobre la tabla; y las piernas, debido a las cuerdas que lo sujetaban por debajo de las axilas, estaban suspendidas en el aire sin curvarse. Era de ver el santo cadáver de este luchador, pues mostraba el celo que había puesto en Dios aquella

alma elevada al cielo. Los hermanos fueron a dar la noticia a los presbíteros. Estos, a su vez, salieron al cercado para comunicar al santo el fallecimiento del célebre Tito. Aquel, al oír la noticia, dio gracias al Señor y ordenó que después del oficio vespertino sacaran el cadáver para ponerlo junto a él, delante de la columna, y que la vigilia nocturna se celebrara allí. Al día siguiente, por orden del santo, Tito fue sepultado en la tumba de los presbíteros.

Un antiguo camarada de Tito sigue su ejemplo, pero huye de la fama

64. Tras la santa muerte de Tito, uno de los bárbaros que le habían acompañado y que había recibido del santo el nombre de Anatolio, comenzó a emular el mismo género de vida de aquel en el mismo lugar; se entregó a esta práctica ascética de manera irreprochable durante largo tiempo, y a todos los que acudían a verlo les edificaba extraordinariamente.

Su fama se propagó por todas partes. Así que, para huir de la gloria de los hombres, una noche salió del monasterio y, una vez en el cercado, fue al encuentro del santo y se postró ante él pidiéndole su recomendación a Dios. El santo le preguntó el motivo y, cuando lo supo, rezó por él y lo dejó marchar.

Una vez libre, se dirige al *propheteion* del profeta Zacarías en Catábolo¹¹⁶ y se establece en un terreno suburbial situado enfrente, en la época en que era *magister militum* Idubingo¹¹⁷. Se encerró en una pequeña celda y pasó así mucho tiempo. Más tarde fundó un pequeño monasterio de unos doce hombres que, por la gracia de Cristo y las oraciones del santo padre, existe hoy todavía; y así, en santidad, fue a reunirse con el Señor.

*Zenón se casa con Ariadna, hija del emperador.
Después es enviado a Tracia y sobrevive a una conspiración*

65. En aquella época, el piadoso emperador León casó a su hija Ariadna con el antes mencionado Zenón, a quien además hizo consul¹¹⁸. Al cabo de no mucho tiempo, con motivo de unos desórdenes ocasionados por los bárbaros en Tracia, lo nombró también *magister militum* de Tracia¹¹⁹. Y entonces ordenó organizar una procesión a Anapulus para ver al santo, a quien suplicó lo siguiente:

—Voy a enviar a Zenón a Tracia como *magister militum* por la guerra que se avecina allí. Ahora te suplico que reces por él, para que regrese sano y salvo.

—Teniendo como tiene a la Santísima Trinidad y el arma invencible de la santa Cruz —dice el santo al emperador—, volverá indemne.

Será víctima de una conspiración, sí, y se verá sumido en la aflicción durante un breve periodo de tiempo, pero saldrá adelante sin sufrir daño.

—¿Es posible, por favor —pregunta el rey—, sobrevivir a una guerra sin sufrimiento ni angustia?

Una vez bendecidos el emperador y su cortejo, se despidieron y emprendieron la vuelta. El mencionado Zenón partió a la guerra y al poco tiempo hubo una conspiración contra él, como había predicho el santo. Con la ayuda de Dios se salvó y consiguió llegar a la Muralla Larga; desde allí cruzó a la otra orilla y desembarcó en Pilas; y más tarde llegó a la ciudad de los calcedonios¹²⁰.

*Nacimiento de León II, hijo de Zenón y Ariadna.
Conspiración y muerte de Aspar y sus hijos*

66. Mientras el patricio Zenón estaba todavía ausente en la guerra, le nació un niño varón de la hija del emperador, y lo llamó León¹²¹. Entretanto, con motivo de una sublevación fraguada por Aspar y sus hijos contra el piadosísimo emperador León, *El que suprime las guerras hasta los confines de la Tierra*^a se alió con el piadoso emperador y acabó con todos ellos¹²². Fue entonces cuando León coronó a su nieto homónimo como emperador; y fue así como Zenón se imbuuyó de valor y, tras cruzar el estrecho desde Calcedonia a la Ciudad, se presentó en palacio ante el emperador León.

*Muerte de León I y de su nieto León II.
Zenón, emperador*

67. Pero ocurrió que, con el paso del tiempo, el piadoso emperador León el Grande se vio aquejado de una enfermedad, en el transcurso de la cual tuvo una muerte bendita¹²³. Como sucesor del Imperio dejó a su nieto León, hijo del patricio Zenón. El senado se reunió en consejo, dada la corta edad del emperador y su incapacidad para estampar su firma, y decidió que fuera el padre de este, Zenón, quien recibiera el cetro del Imperio. Fue así como recibió la corona y empezó a reinar. Pero transcurrido un espacio de tiempo de tres años, el Señor se llevó al reino eterno al niño, al piadoso emperador León, y este *partió a la tierra de sus padres*^b dejando el Imperio a su padre.

a. Sal 45, 10.

b. Cf. Hch 13, 36; Jue 2, 10; 3 Re 8, 34; 48.

*Daniel anuncia a Zenón su inminente derrocamiento,
pero profetiza su retorno triunfal*

68. Los asuntos del Imperio romano eran bien administrados por la voluntad de Dios, el Estado disfrutaba de un clima de armonía y las santas Iglesias vivían en paz y concordia, cuando el siempre envidioso y maligno diablo sembró un odio injusto en las almas de los supuestos parientes del emperador Zenón: me refiero a Basilisco, a Armato, a Marciano y a otros miembros del senado. Cuando el emperador tuvo noticia de la conspiración tramada contra él, subió a ver al santo y puso en su conocimiento todo lo relativo a la conjura.

—No te preocupes por este asunto —le dijo el santo—, pues en ti se ha cumplir todo lo que está fijado de antemano. Te echarán del reino y en el lugar en el que te pongas a salvo pasarás tantas estrecheces, que en tu indigencia *comerás hierba de la tierra*^a. Pero no te desanimes: es preciso que llegues a ser un nuevo Nabucodonosor¹²⁴. Los mismos que te rechazan hoy, cuando se cumpla en ti el tiempo señalado, te irán a buscar de nuevo y te llamarán. Volverás a tu imperio, se te concederá todavía más honor y gloria, y rodeado de ella morirás. Así que aguanta todo con gratitud, porque es necesario que las cosas ocurran así.

El emperador dio las gracias al santo por esta profecía, porque ya tenía experiencia de otras suyas anteriores, y tras recibir la bendición del santo y despedirse de él, emprendió el descenso a la Ciudad.

*Usurpación del trono por Basilisco.
Huida de Zenón y Ariadna*

69. Esos envidiosos que he mencionado antes tenían acceso a la bienaventurada emperatriz Verina y hablaban con ella con libertad de palabra: Basilisco, porque era su hermano y el primero del senado; Armato, por ser su sobrino¹²⁵; Zuzo, por ser el marido de su hermana; y Marciano, por ser el marido de su hija e hijo de emperador¹²⁶. Todos ellos la asediaron y la convencieron con engaños para que conspirara con ellos a fin de expulsar a Zenón del trono. Pero al tener esta noticia de la traición y de que iba a ser asesinado, toma consigo a su esposa, la emperatriz Ariadna, y a algunos de sus eunucos y, a escondidas de todos, sale del palacio por la noche durante una fortísima tempestad. Tras cruzar el estrecho hasta Calcedonia, hicieron etapas de posta para huir de sus perseguidores, y llegaron sanos y salvos a la provincia de Isauria¹²⁷. La citada emperatriz Verina, por su parte, con un comportamiento propio de una usurpadora, puso el trono en manos de su hermano

a. Cf. Dan 4, 33a.

Basilisco: el mismo que, poco después, intentó asesinarla a ella, aunque pudo refugiarse en el santuario de la Siempre Virgen María de Blaquerinas¹²⁸, donde se quedó tanto tiempo como vivió Basilisco.

*Medidas anticalcedonianas de Basilisco.
El patriarca Acacio organiza la defensa*

70. Después de esto, el de nombre de mal agüero¹²⁹ se lanza al ataque contra las Iglesias de Dios con el propósito de hacerlas negar la Encarnación providencial de Dios¹³⁰. Por este motivo entra en conflicto con el bienaventurado arzobispo Acacio¹³¹ y emprende una campaña de acusaciones contra él con la intención de eliminarlo. Ahora bien, cuando todos los monasterios tuvieron noticia de semejante plan, celebraron una asamblea de común acuerdo en la santísima Gran Iglesia¹³² para amparar al mencionado arzobispo.

Después de reflexionar, el arzobispo ordenó que todas las iglesias se revistieran con ornamentos de duelo. Luego, tras subir al púlpito, se dirigió a la multitud para dar a conocer los proyectos blasfemos de Basilisco:

—¡Hermanos e hijos —dijo—, el momento del martirio es inminente! ¡Luchemos, pues, por la fe y por nuestra madre la santa Iglesia! ¡No traicionemos nuestro sacerdocio! —y entonces se produjo una gran aclamación y todos se vieron vencidos por las lágrimas.

Sin embargo, como no fueron considerados por su enemigo dignos de ser recibidos en audiencia, el arzobispo y los archimandritas decidieron enviar un mensajero al santo varón Daniel para exponerle la situación claramente; y así lo hicieron.

*Daniel se niega a bendecir al usurpador Basilisco.
El pueblo se concentra en Santa Sofía con su patriarca*

71. Pero al día siguiente, de acuerdo con la Providencia, Basilisco fue en barco a Anapulus y desde allí envió al santo un cubiculario llamado Daniel con el siguiente mensaje¹³³:

«¿Tu Ángel considera justo todo lo que ha maquinado contra mi persona el arzobispo Acacio, que ha agitado a la Ciudad contra mí, ha sublevado al pueblo y me está cubriendo de insultos? Reza por nosotros para que deje de oprimirnos».

Cuando el santo oyó el mensaje, respondió a Daniel:

—Di al que te ha enviado: «No eres digno de ser bendecido: has asumido las ideas de los judíos, ultrajas la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo, revolucionas a su santa Iglesia y maltratas a sus sacerdotes. Escrito está: *No echéis las cosas sagradas a los perros ni vuestras*

perlas a los cerdos^a. Así que entérate y mira lo que te digo: Dios, *que destroza con rapidez, destrozará tu reino tiránico quitándotelo de las manos*^b».

El cubiculario, cuando oyó estas palabras, dijo entre súplicas que, al emperador, no podía transmitirle una respuesta como esta de viva voz; en todo caso, si le parecía, mediante una carta y, además, sellada.

El santo, cediendo a la súplica del eunuco Daniel, escribió la carta y, tras sellarla, se la dio y lo despidió. Daniel regresó e hizo entrega de la carta sellada. El emperador la abrió y, después de leer el contenido, se enfureció y zarpó de nuevo a la Ciudad.

Estos acontecimientos no pasaron inadvertidos al arzobispo Acacio y a su muy creyente pueblo. Al día siguiente casi toda la Ciudad se reunió en la Gran Iglesia. Gritaban:

—¡El santo para la Iglesia!

—¡Nuevo Daniel, salva a Susana, que corre peligro!¹³⁴.

—¡Un segundo Elías cubrirá de vergüenza a Jezabel y a Acab!¹³⁵.

—¡En ti tenemos al sacerdote de la ortodoxia!

—¡El que se mantiene en pie por Cristo protegerá a su esposa, la Iglesia!

Y así otras muchas exclamaciones que lanzaban entre lágrimas.

*Ante las súplicas del patriarca Acacio,
Daniel baja de su columna y marcha a Constantinopla*

72. Al día siguiente, el arzobispo Acacio envió a Daniel a algunos de los archimandritas más amados por Dios. Entre ellos estaban: el bienaventurado Abraham, del monasterio de San Ciriaco; Eusebio, del monasterio vecino de Exacionio; Atenodoro, de los monjes de Estudio¹³⁶; Andreas, el segundo del exarco¹³⁷, y otros. Estos fueron, pues, los que escogió, pero antes de enviarlos les dijo:

—Id a ver a Daniel, en defensa de la fe y de mí mismo; echaos al suelo delante de su columna y convencedlo con vuestras súplicas. Decidle: «Imita a tu maestro Cristo, *que inclinó los cielos y descendió*^c, que se encarnó de la santa Virgen y se mezcló con los pecadores, y que derramó su propia sangre para redimir a su esposa, la Iglesia. Ahora que esta se ve ultrajada por gentes impías, ahora que el pueblo se dispersa acechado por lobos salvajes y el pastor es azotado por la tormenta, ¡no ignores mis canas!, ¡vuélvete hacia nosotros!, ¡ven, redime a tu madre, la Iglesia!».

a. Mt 7, 6.

b. 3 Re 11, 11.

c. Sal 17, 10.

Entonces fueron y, haciendo como se les había ordenado, se echaron al suelo delante de la columna. Sin embargo, el santo, cuando los vio tirados en el suelo, se turbó y comenzó a decir a gritos desde arriba:

—¿Qué hacéis, santos padres, para condena de mi indignidad? ¿Qué es lo que queréis?

Los enviados se levantaron y respondieron:

—Que tú, después de Dios, salves nuestra fe de la persecución que sufre, y a la Iglesia de la tormenta que la azota, y al rebaño de Cristo, de su dispersión, y a su sacerdote, de la muerte que le acecha a pesar de sus canas.

—No se equivocaba —les respondió— quien dijo que *las puertas del infierno no prevalecerán sobre la santa Iglesia*^a. Esperad aquí con paciencia, y la voluntad de Dios se cumplirá. Rezad para que Dios nos confíe lo que nos conviene hacer.

En esto que, mientras rezaba en medio de la noche —estaba despuntando el cuarto día de la semana¹³⁸—, oye una voz que le dice claramente:

—Baja con tus padres y no tengas dudas; y después, sigue tu carrera ascética en paz hasta el final.

Ante esta exhortación del Señor, lleno de confianza despertó a sus servidores. Una vez puesta la escalera, subieron y le quitaron las cadenas de hierro que le ceñían. Descendió con dificultad por el dolor que tenía en los pies, pero a esa misma hora de la noche tomó consigo a los piadosos archimandritas y juntos navegaron a la Ciudad. Antes del amanecer hicieron su entrada en la Gran Iglesia.

Exhortación de Daniel al pueblo en Santa Sofía.

Mensaje de condena a Basilisco, que se refugia en Hébdomon

73. Cuando el pueblo entró en la casa del Señor en el momento en que, según la costumbre, se estaba cantando el quincuagésimo salmo, al ver al santo en el recinto del altar en compañía del obispo, se quedaron maravillados. La noticia de que había llegado se extendió por la Ciudad. La Ciudad entera —incluso las jóvenes reclusas, que dejaban lo que tenían en las manos— acudía corriendo a la santa Iglesia a ver al hombre de Dios. Y las multitudes empezaron a aclamar al santo, gritando:

—¡Quita tú el luto de la Iglesia!

—¡En ti tenemos a nuestro sumo sacerdote!

—¡Lucha por aquello por lo que has venido!

—¡La corona de tus sufrimientos ya es tuya!

a. Mat 16, 18.

Pero el santo *hizo seña al pueblo con la mano de que se callara*^a y dijo lo siguiente por medio del diácono Teoctisto:

—Solo con extender los brazos, Moisés, el siervo de Dios, destruyó completamente a todos los que se habían levantado contra el pueblo del Señor, ya fueran reyes o naciones: a todos. A unos Él los ahogó en el fondo del mar y a otros les dio muerte con la espada en tierra firme: así exaltó a su pueblo. De la misma manera, también hoy vuestra fe en Dios, que es perfecta, no teme el levantamiento de vuestros enemigos, ni conoce la derrota, ni precisa de ayuda humana, pues está cimentada sobre la sólida roca de Cristo. Así pues, *no desfallezcáis en rezar*^b. Porque incluso *por el príncipe de los apóstoles se rezó a Dios insistentemente*^c, no por temor a que hubiera sido abandonado por Dios, sino porque Dios quiere que también el rebaño suplique por su pastor. Por tanto, obrad así también vosotros, y el Señor hará pronto maravillas en nosotros para gloria suya.

Tras pronunciar el santo estas palabras, quitaron los ornamentos de duelo del recinto del altar y de toda la iglesia, y él envió el siguiente mensaje al emperador mediante una carta:

«¿De qué te sirve irritar a Dios? ¿No está tu vida en sus manos? ¿Qué te ha hecho la Iglesia para que hayas declarado la guerra a sus ministros y te muestres como un nuevo Diocleciano?».

Y todavía le escribió otras muchas cosas parecidas a estas, unas veces exhortándolo y otras censurándolo. El emperador, cuando recibió la carta y supo que Daniel había bajado de la montaña y vivía en la iglesia, picado por el aguijón del miedo, le envió a su vez el siguiente mensaje:

«Toda tu lucha se ha reducido a entrar en la Ciudad y levantar a sus habitantes contra mí. Pues, mira, ¡te entrego también la Ciudad!».

Y entonces abandonó el palacio y zarpó rumbo a Hébdomon¹³⁹.

Marcha de Daniel y del pueblo a Hébdomon.

Al llegar, cura a un leproso

74. Cuando oyó esta noticia, el santo se hizo acompañar por los cruceros y el pueblo creyente y, tras ordenar a los monjes que velaran por la iglesia y el arzobispo, se puso en marcha. Al llegar a Ammoi¹⁴⁰, cerca del *propheteion*¹⁴¹ de San Samuel —el Justo era transportado por la multitud del pueblo amigo de Cristo—, he aquí que se le acercó un leproso y le dijo a gritos:

a. Hch 12, 17.

b. Cf. 2 Tes 3, 13.

c. Cf. Hch 12, 5.

—Te lo pido, siervo del Dios que curó a los leprosos, ¡suplícale que me cure!

Ante estas palabras, el santo hizo parar a los que lo llevaban y, cuando se le acercó el leproso, le preguntó:

—¿Por quién me tomas, hermano, para pedirme cosas que están por encima de mí? También yo soy un ser humano revestido de debilidad, como tú.

—Por favor —respondió el leproso—, también yo sé que eres un hombre de Dios. Tengo fe en el Dios al que tú sirves y confío en que me curará si se lo ruegas. Seres humanos eran también los apóstoles y, sin embargo, el Señor curó a muchas personas por medio de sus oraciones.

El santo, admirado de su fe, le preguntó:

—¿Tú crees en Aquel que, por medio de sus santos, llevó a muchos la curación?

—Sí, y creo que también ahora, si tú rezas por mí, me curaré.

Entonces el santo se volvió hacia Oriente e invitó al pueblo a extender los brazos hacia el cielo para gritar con lágrimas el kirieleisón. Cuando le pareció que ya era suficiente, dijo a los que estaban a su lado:

—En el nombre de Jesucristo, que limpió a los leprosos, id a lavarlo en el mar, frotadlo y traédmelo.

Así pues, se fueron corriendo con el hombre, lo lavaron en el mar y, de forma inmediata, por el poder de Jesucristo, el leproso se curó. Ante este milagro extraordinario, la muchedumbre no dejaba de gritar el kirieleisón. Después, cogiendo al recién curado, desnudo como estaba, volvieron con él a la Ciudad y lo hicieron entrar en la Santa Iglesia; y entonces lo subieron al púlpito y mostraron a todos aquel portentoso milagro. Toda la Ciudad acudió corriendo en masa y, cuando veían al antaño leproso curado por Dios gracias a la oración del santo, alababan a Dios, admirados de cómo lo había dejado sin mancha. Conque todos los habitantes de la Ciudad cogieron a los enfermos que tenían y se los llevaron corriendo al siervo de Dios. Y el Señor encontraba curaciones en abundancia para todos.

En Hébdomon, Basilisco se niega a recibirlos.

Reacción de Daniel y la muchedumbre

75. Cuando el santo, acompañado de la muchedumbre, se acercó al palacio de Hébdomon, un godo que se había asomado por una ventana, al ver cómo llevaban al santo, dijo a gritos partiéndose de risa:

—¡Mirad, el nuevo cónsul!

Pero tan pronto como dijo esto, fue derribado desde arriba por el poder de Jesucristo y murió reventado. Los centinelas o guardias del palacio impedían la entrada a los que habían visto la caída, diciéndoles

que recibirían audiencia por una ventana. Pero como la muchedumbre insistía a gritos en que el santo debía entrar en el palacio y, sin embargo, no recibían respuesta, el siervo de Dios les dijo lo siguiente:

—¿Por qué os fatigáis, hijos? Vosotros obtendréis de Dios la recompensa prometida a los pacíficos. Ahora bien, puesto que a este fanfarrón le ha parecido bien despacharnos con las manos vacías, vamos a contestarle según la palabra del Señor. Sí, porque él dijo a sus santos discípulos y apóstoles: *En cualquier ciudad o aldea en que entréis, si no os reciben, sacudíos el polvo de los pies contra ellos para darles testimonio*^a. Así que, ¡hagamos nosotros lo mismo!

Entonces fue el primero en sacudirse el capuchón de cuero e invitó a toda la multitud a hacer lo mismo; y se produjo un ruido como de trueno por el sacudimiento de los mantos. Cuando los *scholaroi*¹⁴² que hacían la guardia vieron aquello y, además, se enteraron de los milagros que Dios había realizado por medio del santo, la mayor parte de ellos lo dejó todo y le siguió.

*Basilisco, arrepentido, envía una embajada a Daniel,
pero este se niega a volver a Hébdomon*

76. Al enterarse el impío Basilisco de lo que había hecho el santo para su condenación, envió a dos silenciarios tras él y con ellos a un referendario¹⁴³ con la misión de alcanzar a Daniel, suplicarle y hacerle regresar. Efectivamente, los mencionados oficiales alcanzaron al santo y comenzaron a suplicarle, diciéndole en nombre del emperador:

—El emperador dice: «Si he pecado como hombre, tú, como siervo de Cristo, implórale a Él por mí, y yo haré todo lo que pueda para servir a Dios y a Tu Santidad.

El santo les respondió:

—Id a decir lo siguiente al emperador: «Tus palabras, falaces y engañosas, no podrán engañar a esta insignificancia que soy yo. Porque tú no tienes otro afán que no sea *atesorar ira para el día de la ira*^b. En ti no hay fruto alguno de buenas obras; por eso Dios descargará pronto su cólera sobre ti, para que sepas que *el Altísimo es el dueño del reino de los hombres*^c y que *se lo dará al bueno en vez de a ti*^d».

Dicho esto, invitó al referendario a extender su clámide y, sacudiendo encima de ella el polvo que le quedaba, añadió:

—Vete y llévasela a ese fanfarrón como testimonio contra él, contra su cómplice y contra su esposa¹⁴⁴.

a. Mt 10, 11 ss.

b. Rom 2, 5.

c. Dan 5, 21.

d. 1 Re 15, 28.

Nada más regresar los emisarios y comunicar al emperador la respuesta del Justo, la torre del palacio se desplomó. ¡Dios castiga incluso las cosas sin vida para conseguir la salvación de muchos!

*Recibimiento multitudinario de Daniel
a su regreso a Constantinopla*

77. Cuando el Justo llegó a la Puerta Dorada¹⁴⁵, al ver la aglomeración que el pueblo había formado allí, invitó a todos a que volviera cada cual a su casa. Pero ellos, como de una sola voz, le respondieron a gritos:

—Estamos dispuestos a vivir y a morir contigo. Pues, si no, ¿qué otra cosa podríamos darte a cambio, que sea digna de ti? Recibe esta ofrenda de tus suplicantes y guíanos como quieras. La santa Iglesia te espera.

Estaba el pueblo diciendo esto a gritos, cuando he aquí que le llevaron a dos jóvenes poseídos por el demonio. Entonces rezó una plegaria a Dios entre lágrimas y los dos quedaron limpios. Ambos le siguieron mientras iban dando gloria a Dios.

*Los monjes de Estudio intentan rescatarlo de la muchedumbre
y trasladarlo por mar a Santa Sofía*

78. Cuando llegaron al *martyrion* de San Juan en el monasterio de Estudio¹⁴⁶, salieron los monjes y pidieron al santo que entrara a rezar en su *propheteion* y descansara de la presión tan grande a que le sometía la muchedumbre por todos lados. Él aceptó entrar a rezar, pero entonces se produjo tal atasco de gente en la entrada, que faltó poco para que muchos no murieran pisoteados. Después de rezar en el venerable recinto del altar, entró en la sacristía¹⁴⁷ y allí descansaron un rato tanto él como los que lo transportaban. Entretanto, los monjes tuvieron la idea de conducirlo a la orilla del mar a través de su jardín para llevarlo sano y salvo en barco a la santísima Gran Iglesia. Pero la muchedumbre se enteró de su plan y se produjo un gran alboroto.

—¡Traed aquí al Justo si amáis la ortodoxia! —gritaban—. ¡No privéis a los enfermos de su curación! —Y decían también al Justo—: *Gratis lo recibiste, dalo también gratis*^a. ¡Si nos abandonas, ahora mismo quemamos el *martyrion*!

Entonces el santo salió de la sacristía y se dirigió a ellos tranquilizándolos y rogándoles que fueran delante de él y aflojaran la presión.

a. Mt 10, 8.

*Curación evangélica de una nueva cananea
camino de Santa Sofía*

79. Cuando ya había abandonado el *propheteion* y proseguía su camino, he aquí que una mujer, como si fuera una nueva cananea¹⁴⁸, le dijo a gritos:

—¡Apiádate de mi hija, siervo de Dios! Esta que ves aquí lleva tres años en cama, víctima de una enfermedad desconocida. Aunque son muchos los médicos que la han visitado, ninguno de ellos ha podido ayudarla. Así que ahora, por favor, santo varón, no desprecies mis lágrimas, porque sufro por ella.

El santo, al verla tan terriblemente abatida, vencido por las lágrimas, levantó sus ojos al cielo y, extendiendo los brazos, hizo una plegaria a Dios; luego llamó a la muchacha a su lado, hizo sobre ella la señal de la preciosa cruz y le dijo:

—En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que siempre procura nuestra salvación y nunca nos abandona, icúrate de esta enfermedad!

Y en ese mismo instante, delante de todo el pueblo, la muchacha se vio libre de aquel azote.

Un oficial de la corte lo traslada con escolta a Santa Sofía

80. Cuando llegaron junto a la casa del ilustrísimo patricio Daga-laifo¹⁴⁹, el propio patricio, que estaba asomado a una ventana de arriba, vio la insoportable presión a la que sometía al santo la masa del pueblo. Entonces bajó corriendo con suficientes refuerzos, se lo arrebató a la muchedumbre y lo hizo llevar a la casa que tenía junto al Foro del Buey¹⁵⁰ para que descansara. Él, por su parte, plantado en el portal, se excusaba ante el gentío diciendo:

—Lo he hecho para que mi casa reciba su bendición.

Además, hizo que pusieran al santo en una litera y extremó su seguridad apostando alrededor de la misma a unos hombres con la misión de impedir que se le molestara. Fue así como llegó sano y salvo hasta la iglesia, y sin cansarse.

*Daniel, aclamado en Santa Sofía.
Extraña muerte de una serpiente*

81. Cuando entró en la santísima Gran Iglesia, fue recibido con ferviente lealtad y todo tipo de aclamaciones por el arzobispo Acacio, los santos archimandritas, todo el reverendo clero, los piadosísimos monjes y el fidelísimo pueblo. Todos alababan a Dios misericordioso por los milagros de los que habían tenido noticia o que habían visto hacer a

Dios a través de su siervo. Finalmente, condujeron a este a la oficina del patriarca¹⁵¹ para que descansara un poco de las apreturas de la muchedumbre. Pero he aquí que una serpiente salió de un agujero y se le enroscó entre los pies. Los acompañantes se sobresaltaron al ver al animal y fueron corriendo a matarlo. Pero el santo se lo impidió diciéndoles:

—Dejadla, se está acercando a su fin —y tras desenroscársela de los pies, le dijo—: Vete a tu sitio.

Entonces la serpiente se dirigió a la pared opuesta a ellos y, ante la mirada de todos, reventó¹⁵².

*La patricia Herais venda un pie a Daniel
y este le anuncia el nacimiento de un hijo*

82. La patricia Herais¹⁵³, cuando supo que el santo estaba en la oficina del patriarca, entró allí, se echó al suelo y, cogiéndole los pies, le suplicó que pudiera tener un hijo. Pero cuando vio que la planta de uno de los pies se había separado del tobillo y no quedaba más que el hueso de la tibia, se quedó asombrada de la paciencia de aquel hombre. Entonces, ofreciéndole una compresa hecha con retama de olor¹⁵⁴, le pidió que se la pusiera alrededor del pie ulcerado y se la devolviera después; pero él no quiso. El arzobispo Acacio y todos los reverendos allí presentes comenzaron a suplicar al santo que accediera a lo que le pedía. Convenido finalmente, aceptó la compresa y, tras ponérsela alrededor del pie ulcerado, se la devolvió diciendo:

—Que el Señor, de acuerdo con tu fe, te conceda el hijo que pides. Se llamará Zenón.

No mucho tiempo después, esta gloriosísima mujer concibió y dio a luz a un niño, al que llamó Zenón, de acuerdo con la palabra del santo.

Basilisco abandona Hébdomon y comparece en Santa Sofía

83. Después de haberse desarrollado estos acontecimientos de manera tan propicia por la gracia del Señor, el de nombre de mal agüero, Basilisco, tuvo noticia por el referendario de las expresiones de condena del santo y de la súbita caída de la torre del palacio, cosas que no le parecieron nada buenas. Inmediatamente, sin dilación alguna, regresó en barco de Hébdomon a la Ciudad. Al día siguiente envió a unos senadores a la santísima Gran Iglesia para que suplicaran al santo que se tomara la molestia de acudir al palacio. Pero él se negó a ir con las siguientes palabras:

«Ven tú en persona a la Santa Iglesia y presenta tus excusas a la preciosa Cruz y al santo Evangelio que has ultrajado. Yo no soy más que un hombre pecador».

Los senadores fueron a transmitir la respuesta al emperador. Este, inmediatamente, mandó organizar una procesión y se presentó en la iglesia. El arzobispo fue a su encuentro al recinto del altar, llevando el santo Evangelio. El emperador lo recibió con disimulo; después, una vez acabada la plegaria habitual, se presentó con el arzobispo ante al santo. Ambos se echaron a sus pies delante de todo el pueblo, tanto Basilisco como el arzobispo Acacio. Él asintió con la cabeza y les exhortó a seguir el camino de la paz y a poner fin en lo venidero a su mutua enemistad.

—Vosotros —dice—, por no quedaros quietos, no solo sembráis la confusión en las santas Iglesias, sino que también provocáis en el mundo una inestabilidad fuera de lo común.

Mientras el emperador se disculpaba largamente ante el santo, el pueblo gritaba:

- ¡Protege, Señor, a los hijos y al padre!
- ¡De ti depende la concordia entre los dos!
- ¡Escuchemos ahora la profesión de fe del emperador!
- ¿Por qué se tergiversan los cánones de la ortodoxia?
- ¿Por qué son condenados al destierro los obispos de la ortodoxia?
- ¡Al estadio con Teóctisto, el *magister officiorum*¹⁵⁵!
- ¡El emperador es ortodoxo!
- ¡A los enemigos de la ortodoxia, quémalos vivos!
- ¡A los que revolucionan el mundo, envíalos al destierro!
- ¡Un emperador cristiano para el mundo!
- ¡Sepamos ahora cuál es tu fe, emperador!

Tales eran, entre otras innumerables, las exclamaciones que gritaba el pueblo, y mientras tanto los dos seguían echados en el suelo a los pies del santo: el emperador y el arzobispo.

Profesión de fe ortodoxa del emperador

84. A continuación, el santo llamó al secretario¹⁵⁶ Estrategio y recomendó al emperador emitir un rescripto destinado al pueblo para presentar su defensa, cosa que hizo. El secretario subió al púlpito y comenzó a leer el siguiente texto:

«Nosotros pensamos que Vuestras Reverencias no ignoran, por ser perfectos en lo referente a la pureza de la fe, que desde nuestra más tierna infancia somos ortodoxos; que comulgamos en la santísima Iglesia, en la que nuestros hijos han sido bautizados; que creemos en la Santísima y Consustancial Trinidad, y que estimamos digno de alabanza nuestro ferviente compromiso con la fe. Por tanto, no admitáis ninguna insinuación pueril contra nosotros por parte de algunos que sostienen que tenemos opiniones no ortodoxas respecto a la santa fe. Vosotros mismos sabéis que nosotros, bárbaros como somos y, además, consagrados

a las armas, no estamos capacitados para captar las profundidades de la santa fe. Pero puesto que ahora es momento de paz y no momento de controversia, paso por alto la mayor parte de las cuestiones, aunque estaríamos en condiciones de convencer plenamente a Vuestras Caridades, punto por punto, de que no se nos encontraría culpables de ninguna de las acusaciones que esas gentes, sirviéndose de engaños, han urdido contra nosotros. Esta ha sido nuestra defensa ante Dios y el santo varón, y os la hemos expuesto con toda claridad».

Tras aplacar así al santo y al pueblo, el emperador se reconcilió con ellos. Después, una vez reconciliado también con el arzobispo en presencia de todos, regresó a su palacio. Dios, nuestro Señor, había arrastrado a sus pies al enemigo de su santa Iglesia.

*Daniel regresa a su columna
y profetiza el retorno inminente de Zenón y Ariadna*

85. Cuando todos, colmados de satisfacción, volvían a sus hogares, el siervo de Dios emprendió el regreso a la lucha ascética habitual. Pero después de su viaje de vuelta por mar, apenas pudo abrirse camino hasta la columna debido a la presión de la multitud de fieles y de los enfermos de todo tipo; y solo con mucho peligro y gran angustia pudo hacer el ascenso a la columna. Después convocó a todos y, tras suplicar a Dios por ellos, los envió a casa con buena salud. Pero a los clérigos, monjes y gentes del pueblo que se habían quedado con él, les dijo:

—No ha sido la buena voluntad lo que ha llevado al Exterminador¹⁵⁷ a hacer, aparentemente, la paz con nosotros. Sed pacientes, pues, y pronto veréis la gloria de Dios. Porque el Señor no verá con indiferencia la aflicción de sus servidores y de sus santas Iglesias.

Su predicción se cumplió por la voluntad de Dios, pues al poco tiempo regresó el emperador Zenón con su esposa Ariadna, emperatriz e hija de emperadores. Después de eso, las santísimas Iglesias se mantuvieron en un estado de gran satisfacción, el Imperio resplandeció y el Estado romano creció en fuerza¹⁵⁸. En cuanto al usurpador antes mencionado, se llevó su merecido, como había predicho el siervo de Dios. El emperador, por su parte, subía a menudo al encuentro del santo para tributar su agradecimiento a Dios misericordioso y agradecer también al santo las predicciones que le había hecho y que el emperador guardaba en la memoria.

Curación del hijo paralítico de un orfebre

86. Cierta orfebre y su esposa acudieron al santo desde la Ciudad llevando consigo a su hijo de siete años, que nunca había podido cami-

nar desde su nacimiento y pasaba la vida arrastrándose por el suelo. El orfebre se acercó al santo y, postrándose con su hijo delante de la columna, suplicó así al Justo:

—Siervo de Dios, ten piedad de mi pequeño, que, por más que intenta ponerse de pie, no puede hacerlo porque la naturaleza le dio un nacimiento contrario a la naturaleza. ¡Hazme digno de esta gracia, siervo de Dios, ya que he venido hasta tus santos pies! ¡No me despidas sin haber conseguido nada con mi súplica!

—No muestres tanta impaciencia en tus palabras, hermano —le respondió el santo—, pues tu devoción por Dios, si va acompañada de la fe y la paciencia, librará a tu hijo de su enfermedad. No te desanimes. Quédate con tu hijo unos días junto a las santas reliquias del santo siervo de Dios y padre nuestro Simeón, unge cada día los pies del niño con el santo aceite y tráelo aquí cuando haya acabado la plegaria. Confiamos en que el Señor lo curará.

El hombre hizo lo que le había ordenado el santo, y el séptimo día, una vez acabada la plegaria en el cercado, de repente el niño se puso a saltar y subió los escalones de la columna, que rodeó con sus brazos. Todos se quedaron maravillados y glorificaron a Dios por aquel suceso extraordinario. Los padres dieron gracias a Dios y al santo, y se llevaron a su hijo sano y salvo. Cuando el niño se hizo ya hombre, subía muy a menudo a visitar al santo y regresaba a casa con su bendición.

Curación de la víctima de un brutal asalto

87. Cierta hombre que viajaba desde Oriente a Constantinopla cayó en manos de unos bandidos. Estos no solo le roban lo que lleva encima, sino que también le traspasan el cuerpo con la espada, le cortan los nervios de las rodillas y se fugan dejándolo medio muerto. Sin embargo, gracias a Dios no llegaron a darle ningún golpe mortal. Unos caminantes que pasaban por el lugar lo recogieron y lo transportaron a la ciudad de Ancira, pues fue cerca de la misma donde había sufrido el asalto. Se lo llevaron al obispo y este ordenó que lo trasladaran al hospital para que lo atendieran; pero, a pesar de que le trataron las heridas, no conseguía caminar. Entonces le pidió un favor al obispo:

—Cuando sufrí el asalto, yo viajaba a Constantinopla para ver al señor Daniel, el que vive sobre la columna, a causa de un voto que había hecho. Ahora que, gracias a vosotros, me he curado, es preciso que cumpla mi voto. Por eso te ruego encarecidamente, siervo de Dios, que me conduzcas sano y salvo a Constantinopla, hasta donde vive el santo.

El obispo pensó que su objetivo era piadoso y le dio dinero para el viaje, así como una bestia de carga y dos hombres con la misión de transportarlo sano y salvo hasta el santo varón Daniel. Estos hombres,

efectivamente, se hicieron cargo de él, lo condujeron hasta el cercado del santo y, llevándolo en brazos, lo depositaron delante de la columna. Entonces el hombre explicó al santo a gritos el motivo por el que había ido a verlo, y también le contó lo que le había ocurrido y cómo, gracias a la ayuda de Dios y del obispo, se había salvado. El santo envió su agradecimiento al obispo por los buenos servicios que había prestado a aquel hombre y, después de proveer de recursos para el viaje a sus dos enviados, los dejó ir en paz con unos regalos bendecidos¹⁵⁹ para el obispo. En cuanto al enfermo, se lo confió a unos servidores suyos, ordenándoles que cada día lo llevaran en brazos al cercado después de la plegaria y lo ungieran con el aceite de los santos; y es que sus piernas le colgaban como si fueran ajenas a su cuerpo. Pocos días después, un viernes, cuando el santo, según la costumbre, había rezado la plegaria y todos habían respondido «Amén», aquel hombre, saltando de la litera, se puso de pie y gritó con fuerza:

—¡Bendíceme, siervo de Dios!

Y tras subir corriendo los escalones, abrazó la columna dando gracias a Dios.

Hipasio, el «segundo centurión»

88. He considerado razonable revelar la fe que permanecía escondida en aquel «segundo centurión»¹⁶⁰ que fue Hipasio. Era tan rico en la pobreza de Cristo, que consideraba las curaciones hechas por los discípulos de Aquel como si hubieran sido realizadas por Él en persona. En efecto, si alguien de su casa, un hijo, una hija, un criado o una criada, era víctima de una enfermedad o de un accidente, Hipasio, considerándose indigno de la intercesión del santo, le escribía para pedirle una oración; y cuando recibía la carta de respuesta del santo, la ponía encima del enfermo como si fuera la mano taumatúrgica de Jesús, e inmediatamente recogía los frutos de su fe.

Curación de un niño mudo

89. Una mujer tenía un hijo de doce años llamado Damián, que era mudo de nacimiento. La madre lo llevó al cercado del santo y, tras indicarle por señas que de ninguna manera se retirara del mismo, lo dejó abandonado y se marchó. Los hermanos, al ver que el niño esperaba allí sin decir nada a nadie, se lo llevaron al santo. Este se quedó mirándolo y ordenó que viviera en el monasterio.

—Este niño será ministro de Dios —dijo.

—Es mudo, señor —respondieron los hermanos.

—¡Humedecedle la lengua con el aceite de los santos! —les ordenó.

Los monjes sospechaban que la madre, vencida por la pobreza, le había sugerido que fingiera mudéz, y a menudo, cuando el niño estaba durmiendo, lo despertaban de repente a gritos; otras veces le pinchaban el cuerpo con agujas y punzones de escribir para probar si hablaba. Pero él no respondía, víctima como era de la enfermedad de la mudéz. Transcurrido mucho tiempo, un domingo, cuando se iba a leer el Evangelio, nada más decir el diácono «lectura del santo Evangelio según san Mateo», el niño se adelantó a todos y respondió a gritos:

—¡Gloria a ti, Señor! —y después de lanzar este primer grito, empezó ya a cantar salmos con tanta fuerza que superaba a todos los hermanos.

En esto, un cubiculario¹⁶¹ llamado Calodio, que había construido un oratorio del Arcángel San Miguel, acudió al santo pidiéndole algunos hermanos para dicho oratorio, que estaba en Partenópolis¹⁶². Y entonces el santo le cedió al niño como salmista juntamente con los hermanos que había pedido, y de esta manera el pequeño se convirtió en ministro de Dios, tal y como el siervo de Dios había predicho.

¡Tales son los logros de la gracia divina, tales los dones del Soberano destinados a sus servidores genuinos! Llegó sin habla, y adquirió elocuencia; llegó mudo, y adquirió una hermosa voz; fue abandonado por su madre por ser incapaz de hablar, y se reveló como un admirable heraldo de la Iglesia.

Defensa de la fe por Daniel ante unos apóstatas

90. Otros muchos milagros llevó a cabo Dios por medio de su siervo Daniel, que ni las palabras pueden describir ni la lengua narrar; milagros que nosotros hemos de pasar por alto para no prolongar excesivamente el relato, pues lo que se ha dicho hasta ahora es suficiente para fortalecer a los que tienen fe y convertir a los que carecen de ella. Pero esforcémonos ahora en describir lo inquebrantable e inmutable de la fe de este santo varón.

Se produjo una situación de confusión en las santísimas Iglesias por obra de la actividad del diablo¹⁶³: creció la cizaña a consecuencia de discusiones y razonamientos vanos, y hubo monjes que, después de haberse hecho célebres por su género de vida en los monasterios, llevados por su simplicidad y su falta de rigor en el examen de las cosas, hicieron apostasía de la santísima Iglesia y se separaron de la santa comunión y de la liturgia. Pues bien, los que se caracterizaban por su malicia en este tipo de polémicas se presentaron ante el santo para intentar confundirlo con sus habituales argumentos especiosos¹⁶⁴; pero él, que mantenía inamovible y firme el fundamento de su santa fe, les respondió lo siguiente:

—Si el objeto de controversia concierne a Dios, vuestra investigación no es simple ni baladí, porque la Divinidad es incognoscible; por eso os bastará con estudiar la tradición de los santos apóstoles sobre Él, así como las enseñanzas de los santos padres que los siguieron, en vez de seguir investigando en vano. Pero si, por el contrario, lo que es objeto de discusión tiene que ver con cuestiones humanas —como, por ejemplo, que un sacerdote haya depuesto a otro o que, a pesar de los intentos de los demás por impedirlo, haya recibido a otro en comunión—, entonces todo esto hay que someterlo al juicio de Dios, y es precisamente a quienes están al mando de la Iglesia a quienes compete decidir sobre estas cuestiones de acuerdo con los divinos cánones. Sí, porque nosotros somos las ovejas y ellos los pastores, y como tales rendirán cuentas a Dios sobre los rebaños que les han sido confiados.

»Por consiguiente, abstengámonos de cuestiones vanas y perniciosas y examinemos cada uno con atención lo que nos concierne a nosotros mismos, sabiendo que no estamos fuera de peligro si nos separamos de nuestra santa madre, la Iglesia. Ella tiene por esposo al verdadero Pastor, capaz de recuperar las ovejas descarriadas y de conducir a las otras a mejores pastos. A nosotros nos basta, pues, con creer, sin hacer indagaciones, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, y con aceptar la Encarnación providencial del Señor Jesucristo en el seno de la Virgen, tal como a Él, en su misericordia, le complació llevarla a cabo. Porque está escrito: *no busques lo que está por encima de ti, ni investigues lo que está más profundo que tú*.

Gracias a estas objeciones y advertencias y a otras parecidas, apartó sus corazones de esas investigaciones que arruinan el alma, y los mantuvo firmes en su fe.

Profecía de la muerte inminente de Zenón y del reinado de Anastasio

91. Daniel conoció también por adelantado el momento de la muerte del emperador Zenón¹⁶⁵ y se la anunció a través de uno de los que iban a verlo asiduamente; primero lo hizo de forma enigmática, pero después le aseguró ya claramente que recibiría el pago por sus buenas y malas acciones. Le dijo que, gracias a su fe en Dios y a sus buenas obras, podría tener plena confianza cuando se encontrara ante Él; pero que, no obstante, debía ser sensato y abstenerse de todo afán excesivo de riquezas, distinguirse por una vida decente, rechazar a todos los calumniadores y hacer partícipes de su misericordia a todos los que habían

a. Cf. Si (Eclo) 3, 21.

pecado contra él, pues no hay nada que complazca más a Dios que el perdón de las ofensas y la clemencia.

Así que esto es lo que dijo antes de la muerte del emperador. Pero a nosotros nos predijo también lo siguiente:

—Ariadna, devota de Cristo, gobernará el Imperio tras la muerte de su marido a causa de su fe perfecta en el Dios de sus padres. Con ella reinará un hombre devoto de Cristo que consagrará toda su vida a los himnos a Dios y a las vigiliass, que se convertirá para todos en un modelo de templanza, y que en mansedumbre y equidad superará a todos los que en cada ocasión hayan reinado. Rechazará el amor al dinero, que es, según el Apóstol, *la raíz de todos los males*^a. Gobernará el Estado con imparcialidad y de forma intachable, y dará paz y libertad de palabra a las santísimas Iglesias y al orden monástico durante el tiempo que dure su reinado. Con él, el rico dejará de tener más y el pobre menos; esto será sobre todo lo que, tanto en la paz como en la guerra, proporcionará la mayor prosperidad al mundo.

Todo esto se confirmó poco después. En efecto, tras ser elegido Anastasio emperador¹⁶⁶, el mundo comprobó por sus propios actos el acierto de estas predicciones; y más que nadie, lo constataron los que vivían en el cercado del santo, ya que recibieron toda clase de beneficios.

Primera enfermedad de Daniel.

Generosidad de Anastasio y de su esposa Ariadna

92. Efectivamente, ya durante la primera enfermedad del santo, en el transcurso de la cual incluso se creyó que moriría, la mencionada pareja imperial¹⁶⁷, movida por un celo divino, puso todo su empeño en honrar su memoria. Por ejemplo, ambos hicieron transportar al santo cercado una tumba muy grande de mármol precioso y metal espléndido, que todavía hoy pueden ver allí los visitantes: un espectáculo excepcional que sobrepasa toda munificencia. Además, todo lo que se necesitó para el funeral de manera inmediata, ellos lo enviaron con gran generosidad. Pero, en fin, es superfluo hablar de la prodigalidad que caracterizaba la munificencia de los piadosos emperadores y poner especial atención en su abundancia. Cuando esta devoción de los soberanos por el santo, fructífera y fuente de buenas acciones, llegó a conocimiento del siervo de Dios después de su recuperación, este dijo lo siguiente:

—Todo lo que han hecho es verdaderamente grande, digno de su fe en Dios y suficiente para granjearles el favor del Cielo, pero una tumba de mármol, y de un mármol tan precioso, no me conviene; es solo

a. 1 Tim 6, 40.

la tierra lo que deseo, según el mandato divino: *Tierra eres y a la tierra volverás*^a. Los soberanos recibirán una recompensa de Dios que sobrepasará holgadamente toda medida, pero, por lo que a mí respecta, yo quiero ser enterrado en lo más profundo de la tierra y que los restos de los santos mártires reposen sobre mí, de forma que si alguna vez alguien, llevado por su fe, quiere acercarse a mi sepultura, venere a los santos, reciba de ellos la recompensa por sus buenas acciones y se libre de la condenación.

Este deseo lo cumplimos después de su segunda enfermedad y verdadero tránsito, siguiendo sus instrucciones. Sobre su sagrada sepultura reposan, efectivamente, los restos de los tres santísimos jóvenes Ananías, Azarías y Misael, que en vida del santo habían sido trasladados desde Babilonia por el emperador León, de piadosa memoria¹⁶⁸. Fueron depositados allí por el santísimo arzobispo de la Ciudad imperial, Eufemio¹⁶⁹, que superó a todos en liberalidad para honrar al santo; tanto es así, que nosotros no teníamos la sensación de estar separados de nuestro bienaventurado e ilustre padre. En cuanto a los emperadores, con ocasión de la bendita muerte del santo, dieron todavía mayores muestras de munificencia: compraron infinitos cirios e iluminaron los dos oratorios¹⁷⁰, y llenaron con ellos, comenzando por la misma cima de la columna, toda la escalera construida en forma de espiral para el descenso del santo cadáver.

Daniel anuncia su propia muerte

93. Era tal el don de la profecía otorgado a este santo varón que, tres meses antes de su dormición, nos predijo que al cabo de unos días debía *partir lejos del cuerpo para morar junto al Señor*^b. Desde entonces, a quienes lo frecuentaban no solo les hablaba sobre los asuntos del momento, sino que también les anunciaba acontecimientos futuros por presciencia, fortaleciéndoles con palabras llenas de buenos consejos. Incluso daba instrucciones a los visitantes asiduos y a nosotros sobre cómo bajar su venerable cuerpo de la columna. Y en todo aquello en lo que le obedecimos, las cosas nos resultaron favorables; pero si por ventura hacíamos algo contrario a su mandato o por propia iniciativa, por estar satisfechos de nuestros cálculos humanos, entonces, irremediablemente, todo salía al revés. Y es que Dios le había otorgado el don carismático de la profecía.

a. Gn 3, 19.

b. Cf. 2 Cor 5, 8.

*Construcción de una escalera de caracol
por la patricia Herais para el descenso del cadáver*

94. Dotado como estaba de semejante don, este hombre glorioso también predijo a propósito de Herais¹⁷¹, la sierva de Dios, que no consentiría, movida por el celo de su espíritu, que su sagrado cuerpo fuera descendido con otros aparejos que no fueran los que ella misma procurara generosamente; y nos advirtió que nadie debía oponerse a su plan, cosa que, efectivamente, ocurrió. De hecho, con su generosidad habitual, esta gloriosísima sierva de Dios, Herais, no solo procuró para el funeral de nuestro tres veces bienaventurado padre Daniel multitud de cirios, una cantidad desmesurada de aceite, oro para socorro de los pobres y abundantísima madera, sino que también ordenó a varios expertos en este tipo de equipamientos que hicieran la escalera en forma de espiral en torno a la columna y la entrada del oratorio donde debía ser depositado el sufrido cuerpo del noble atleta del ascetismo, a fin de que no fuera desgarrado por los asaltos de la multitud a la caza de reliquias. Este piadoso plan de Herais no encontró ningún impedimento por parte de nadie, conforme al mandato del santo.

Últimas palabras de Daniel

95. Siete días antes de su fallecimiento¹⁷² convocó a toda la hermandad, del más pequeño al más grande, y permitió que algunos estuvieran cerca de él en lo alto de la escalera para que escucharan sus palabras. Cuando supo que todos se encontraban presentes, dijo:

—Hijos y hermanos míos, mirad, voy a reunirme con nuestro Soberano y Señor Jesucristo. Dios, que con su palabra y su sabiduría lo creó todo: el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos; que condujo al género humano del no ser al ser; que, terrible con los ángeles pero bueno con los hombres, *inclinó los cielos y descendió^a* sobre la tierra, *como la lluvia sobre el vellón^b*, al seno de la santa Virgen María, madre de Dios; que aceptó encarnarse de ella de la manera que solo Él sabe, y mostrarse a los habitantes de la tierra; que *quitó el pecado del mundo y sufrió por nosotros^c*; y que *con sus llagas^d* en la cruz curó las heridas de nuestras almas y *clavó en el leño de la cruz el comprobante de nuestra deuda^e*: Él os fortalecerá y protegerá del mal sin peligro y mantendrá firme e inmovible vuestra fe en Él, siempre que permanezcáis mutua-

a. Sal 17, 10.

b. Sal 71, 6.

c. Jn 1, 29; Is 53, 4.

d. Is 53, 5.

e. Col 2, 14.

mente en concordia y caridad perfecta hasta vuestro último hálito. ¡Que Dios os conceda la gracia de servirle sin tacha y de ser un solo cuerpo y un solo espíritu, perseverando en la humildad y la obediencia! No despreciéis la hospitalidad. No os separéis de vuestra santa madre la Iglesia y rechazad todos los escándalos y la cizaña de los herejes, enemigos de Cristo, *para que lleguéis a ser perfectos como perfecto es vuestro Padre celestial*^a. Y ahora me despido de vosotros, queridos hijos míos, y os doy a todos un entrañable abrazo paternal. El Señor estará con vosotros.

El santo ordenó que los que habían estado más cerca de él y habían podido oír sus palabras, se las leyeran en voz alta a los demás hermanos, ya que él estaba echado en el suelo. Así se hizo, y cuando estos oyeron la oración y la despedida del santo padre, estallaron en llantos y gemidos, haciendo un ruido tan grande como un trueno. El santo rezó por nosotros otra vez y nos despidió diciendo que no fuéramos pusilánimes, sino que aguantáramos nuestro dolor con entereza.

—Y acordaos de mí en vuestras oraciones.

*Llegada del patriarca Eufemio.
Última visión de Daniel*

96. A partir de aquella hora, la multitud de fieles, como movida por una manifestación de la Providencia, se presentó espontáneamente. No se retiraron del cercado del santo hasta que llegó el santísimo arzobispo de la Ciudad imperial, Eufemio. Este subió a la columna, contempló al santo y, de pie sobre lo alto de la escalera, proclamó desde arriba a toda la multitud:

—Todavía vive el santo y está con nosotros. No os desaniméis. Además, es imposible enterrar su santo cuerpo antes de anunciar la noticia a todo el mundo y a las santísimas Iglesias de todos los lugares.

Y eso fue lo que se hizo. Pero no es justo pasar por alto un suceso importantísimo y admirable. Tres días antes de su fallecimiento, en plena medianoche, fue considerado digno de contemplar de una vez a todos los que habían complacido a Dios. Estos se le acercaron y, tras saludarlo, lo invitaron a celebrar la divina y santa eucaristía. Los dos hermanos que estaban presentes recibieron el honor de poder escuchar las palabras litúrgicas y dar las respuestas habituales. Tan pronto como acabó la divina liturgia, se despertó del éxtasis, volvió en sí y pidió que le administraran la santa comunión. Una vez cumplido su deseo, comulgó él en primer lugar, y después todos nosotros participamos también de los sagrados misterios en aquel momento de la medianoche, en la idea de que él en persona había celebrado la anáfora¹⁷³. Finalmente,

a. Mt 5, 48.

se despidió de las multitudes que lo rodeaban y ordenó a los hermanos presentes que echaran incienso en el incensario sin parar.

Muerte de Daniel y curación de un endemoniado

97. Ya casi en el momento de su santo tránsito, un hombre atormentado por un espíritu impuro rompió a gritar delante de toda la muchedumbre, anunciando la llegada de los santos ante el santo varón y llamando a cada uno de ellos por su nombre. Decía:

—Hay gran júbilo en el cielo a esta hora, pues los santos ángeles han venido a llevarse al santo consigo, acompañados de los nobles y gloriosos ejércitos de profetas y de apóstoles, de mártires y de santos. Me están azotando y mañana, a la tercera hora, me echarán de este tabernáculo. Cuando el santo marche a los cielos y sus santos restos sean depositados en tierra, saldré de aquí.

Y así ocurrió. Nuestro glorioso padre Daniel murió al día siguiente, un sábado, a la tercera hora, el 11 de diciembre de la segunda indicción¹⁷⁴, y en el mismo momento de su muerte obró un milagro, pues aquel hombre se vio curado del espíritu impuro.

Preparación del cadáver

98. Cuando quitaron el parapeto¹⁷⁵, encontraron las rodillas del santo pegadas al pecho, y los muslos a los talones y a las piernas. Al estirar con fuerza el cadáver, los huesos crujieron tanto que nosotros pensamos que se había roto en pedazos. Pero una vez depositado, no faltaba nada en absoluto, si bien los pies estaban destrozados por la putrefacción y por los gusanos que se los comían. La masa de pelos de la cabeza fue dividida en doce trenzas, de cuatro codos de largo cada una; y lo mismo hicieron con los pelos de la barba: los dividieron en dos trenzas, cada una de tres codos¹⁷⁶. Todo esto lo vio la mayoría de los fieles.

Lo vistieron con una prenda de cuero, como era su costumbre, y finalmente subieron una tabla, la pusieron sobre la columna y depositaron encima el cadáver.

*Las autoridades suben a la columna para rendir tributo al santo.
El pueblo reclama verlo también. El patriarca tiene una idea*

99. Avanzada la mañana, llegó el arzobispo Eufemio, muy grato a Dios, y tras subir a la columna por la escalera de caracol, abrazó su precioso cuerpo. De la misma manera, todos los fieles que eran dignatarios y ocupaban altos cargos subieron¹⁷⁷ a lo alto de la columna y, según recibían la bendición de su bendito cuerpo y lo abrazaban, iban bajando.

Entonces el pueblo pidió que, antes del entierro, se le dejara ver al santo; y no fue pequeño el alboroto que se armó a raíz de esto. En efecto, por orden del arzobispo se puso de pie la tabla —después de haber sido bien fijado a ella el cuerpo para que no se pudiera caer—, y de esta manera el santo pudo ser visto por todos desde todas partes, como si fuera un icono. Todos lo estuvieron contemplando igual de bien durante muchas horas, y le pedían a gritos y entre lágrimas que intercediera por ellos ante Dios. Cuando esta despedida llegó a su fin, he aquí que, de repente, en el cielo, ante los ojos de toda aquella muchedumbre, aparecieron tres cruces sobre el cadáver, mientras unas palomas blancas revoloteaban a su alrededor.

*Descenso accidentado del cadáver por la escalera de caracol
y enterramiento*

100. Después hubo una gran preocupación por la forma en que se bajaría su cuerpo para el funeral. El arzobispo Eufemio, temeroso de que la muchedumbre lo despedazara, ordenó que lo metieran en un ataúd de plomo, y este ataúd lo proporcionó también la muy piadosa mujer antes mencionada, la ilustre¹⁷⁸ Herais. El verdaderamente santísimo arzobispo Eufemio lo puso sobre sus hombros y lo cargó acompañado de los funcionarios y hombres piadosos más honorables. Todos ellos iban bajando los santos restos por la escalera de caracol sin que sufrieran ningún daño, pero cuando la multitud se agolpó ante la entrada del oratorio para recibir la bendición de la reliquia, las planchas de madera no aguantaron el empuje, se separaron unas de otras y todos los que llevaban a hombros el ataúd se cayeron al suelo con los santos restos. Pero, por la gracia del Señor, los portadores no sufrieron ningún daño ni tampoco cedieron, sino que, increíblemente, resistieron los asaltos de la multitud, de forma que, entre aquellos miles y miles de hombres, mujeres y niños, no hubo ni una sola persona que sufriera la mínima desgracia¹⁷⁹. En cuanto a Daniel, una vez transportado dentro del oratorio, fue enterrado debajo de los santos mártires, como había pedido.

Recapitulación

101. Tales son, bienamados, entre muchos, los breves recuerdos que hemos rescatado del olvido en la medida de lo posible e incluido en esta obra nuestra. Evitando la sobreabundancia de palabras para no causar hartazgo, hemos pasado por alto miles de relatos, sabedores de que, para los creyentes, lo que se ha dicho aquí será suficiente para refrescarles la memoria y satisfacerles plenamente. Pero, cerca ya del final

de la presente biografía, vamos a repasar de forma resumida el transcurso de su vida:

Nuestro muy bendito padre Daniel renunció al mundo al comienzo, cuando tenía doce años, y pasó veinticinco años en un monasterio cenobítico; después, durante cinco años, visitó a los padres, recogiendo de ellos las flores de sus virtudes y cuanto podía serle útil¹⁸⁰. En el momento en que empezó a ser tejida la corona de su paciencia, el santo había cumplido cuarenta y dos años; a esa edad y como consecuencia de una revelación, según se ha explicado más arriba¹⁸¹, llegó a nuestra Ciudad imperial. Se puso a vivir en el templo y pasó nueve años de pie sobre el capitel de una columna¹⁸², ejercitándose así por anticipado en la práctica del esfuerzo ascético que había de realizar. Porque tenía la certeza absoluta, a raíz de muchas revelaciones divinas, de que su deber era abrazar el régimen de vida del bienaventurado san Simeón. Finalmente, fueron treinta y tres años y tres meses los que se mantuvo de pie sobre las tres columnas en distintos periodos, ya que se cambió sucesivamente de una a otra; por tanto, la duración total de su vida fue de poco más de ochenta y cuatro años.

Durante estos años fue considerado digno de recibir *el premio de la llamada del Cielo*^a; a todos bendijo, por todos rezó, a todos exhortó a no ser codiciosos, a todos instruyó en los caminos de la salvación, y a todos dio hospitalidad, a pesar de no tener nada en la tierra salvo el muro de cierre del lugar donde se construyeron los edificios del cercado y los venerables oratorios. Y eso, a pesar de que muchas personalidades —tanto emperadores como ilustrísimos funcionarios que estaban en los puestos más altos— le pedían permiso para obsequiarle con espléndidas posesiones. Pero él no lo consintió de ninguna manera; agradecía a cada uno su buena voluntad y rezaba para que Dios los recompensara por su piadoso propósito.

Epílogo

102. Ahora, con los consejos espirituales de nuestro santo padre bien presentes, esforcémonos en seguir sus huellas, en mantener inmaculada la túnica de nuestro cuerpo y en conservar inextinguible la lámpara de la fe, llevando el aceite de la compasión en nuestros vasos, para que en el día del Juicio obtengamos piedad y gracia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

a. Flp 3, 14.

NOTAS

¹ Cf. Mt 25, 14-30.

² Para la explicación de esta visión, cf. cap. 46.

³ Transcripción de *hēgoúmenos*, superior de un monasterio.

⁴ *Archimandritēs*, superior del monasterio. El término aparece por primera vez en la Siria del siglo IV; en el primer periodo del monacato (siglos IV-VI) se usa como sinónimo de *hēgoúmenos* (*higúmeno*).

⁵ A diferencia de las biografías de otros estilitas, como las de Simeón el Anciano, Simeón el Joven o Alipio, los padres de Daniel ya no vuelven a aparecer.

⁶ Entre 432 y 445 hubo al menos tres concilios en Antioquía. Probablemente, el texto se refiere a uno de los concilios doctrinales de los años treinta, cuando, tras el concilio de Éfeso del 431, la principal preocupación era consensuar una fórmula cristológica (Lane Fox, 1997, 187).

⁷ La *Vida* siríaca de Simeón (cap. 27) menciona la estancia de este en el «monasterio de Maris, hijo de Baraton», en Telanisos; cf. p. 65, n. 10. La *Vida de Daniel* insiste más que otras biografías de estilitas en vincular a su héroe con Simeón el Anciano: cf. caps. 6-9, 21-24, 53, 57.

⁸ Daniel es nombrado *higúmeno* o superior del monasterio en el 446.

⁹ Sobre la *mandra* o cercado en cuyo centro se levantaba la columna del estilita, cf. pp. 30-31. También otro santo, Teodosio el Cenobiarca, visitó a Simeón camino de Jerusalén y a consecuencia de este encuentro comenzó su camino de santidad. La Tierra Santa era el lugar de peregrinación por excelencia en esta época.

¹⁰ La gran crónica de la historia samaritana, *Kitab al Tarik*, de Abu'l Fath, compuesta en árabe en 1355 a partir de fuentes antiguas, menciona que en 450/451 estalló una guerra entre samaritanos y cristianos cuando estos intentaron arrebatar las tumbas de los sumos sacerdotes Eleazar, Itamar y Finees. La fecha encaja perfectamente con el viaje frustrado de Daniel a Tierra Santa (Lane Fox, 1997, 187-188).

¹¹ Un *martyrion* era en origen un santuario donde estaban depositadas las reliquias de un mártir, pero desde mediados del siglo IV, este término se usa también como sinónimo de iglesia.

¹² El *martyrion* es el santuario de San Simeón Estilita que el emperador León I planeó construir en 470 «al norte de la columna» de Daniel (*VDan* 56). «Los acontecimientos ocurridos en el reinado de Basilisco» son los sucesos del 476 (caps. 70-85; cf. p. 21); me aparto aquí del texto de Delehaye y sigo la lectura del manuscrito L (*tà katà Basiliskon égrapsen*). Todos los traductores que me han precedido (menos Lietzmann, que solo usó este manuscrito, y Baynes, que traduce a pie de página la variante de L) han interpretado que el monje encargó hacer el retrato del santo sobre el pórtico de entrada del *martyrion* situado en «el barrio de Basilisco» (*tà katà Basiliskon*). Según esta versión, a mi juicio, equivocada, este sería el único testimonio de un hipotético barrio de Basilisco situado en Sostenion, cerca de la columna de Daniel. (*Sic* en R. Janin, *Constantinople byzantine*, París, 1964, pp. 319-320 y 469). También me aparto de la interpretación de M. Kaplan, según el cual el *martyrion* (de San Simeón) situado al norte de la columna de Daniel tendría una de sus dos puertas abierta

«a una zona, más que un barrio [...] que llevaba el nombre de Basilisco» (Kaplan, 2001, 211).

¹³ Daniel llegó a Constantinopla a los cuarenta y dos años, después de «visitar a los padres» del desierto durante cinco años. Este último dato, que se omite aquí, consta al final de la obra (*VDan* 101). Por lo demás, no tenía nada de particular que un sirio como Daniel viajara a esta ciudad, donde la presencia y la influencia de sus compatriotas era notable: cf. en la propia *Vida de Daniel*, caps. 14 (viandantes sirios), 22 (Sergio y el monasterio de los Acemetas), 28 (el influyente Gelanio); en el cap. 19, la entrevista entre Daniel y el patriarca se hace con la ayuda de un intérprete.

¹⁴ Sobre la localización de Anaplus, cf. p. 20. La columna de Daniel estaba a 1,5 km de distancia, tierra adentro.

¹⁵ La corriente procedente del mar Negro es muy fuerte en esta región por la estrechez del Bósforo. Para remontar el estrecho era necesario remolcar las embarcaciones si no había viento del sur (cf. cap. 22).

¹⁶ Antonio es, naturalmente, Antonio Abad, considerado el fundador de la vida anacórica (ca. 250-356). «Su discípulo Pablo» es Pablo el Simple, mencionado en *Historia Lausiaca* de Paladio, cap. 22.

¹⁷ Estaba muy difundida la creencia de que una de las moradas favoritas de los demonios eran los lugares de culto pagano; por eso los monjes iban a buscarlos allí.

¹⁸ Como se dice más adelante (caps. 21, 101), Daniel pasó nueve años en este templo (451-460), en el transcurso de los cuales recibió la visita de influentes personajes, como el poeta Ciro de Panópolis (cap. 31) y Olibrio (cap. 35), futuro emperador de Occidente (472).

¹⁹ Calificativo del demonio muy frecuente desde la *Vida de Antonio*, de Atanasio de Alejandría. Cf. *Vida de Simeón Estilita*, 31.

²⁰ El oratorio del Arcángel Miguel citado en cap. 13.

²¹ Anatolio fue patriarca de Constantinopla del 449 al 458.

²² Obsérvese que el solo hecho de ser de lengua siríaca convierte a Daniel en blanco fácil para recibir acusaciones de monofisismo.

²³ De la misma manera que el defensor de la ciudad (*ékdikos tês póleōs, defensor civitatis*) estaba encargado de defender a la población contra la arbitrariedad de los gobernantes, el defensor de la Iglesia (*ékdikos tês ekklesiās, defensor ecclesiae*) tenía la responsabilidad de defender el patrimonio de la Iglesia de toda usurpación.

²⁴ Daniel hablaba siríaco, como los viandantes del cap. 14 y Gelanio (cf. cap. 28), que, a diferencia del santo, también sabía griego. No es verosímil que después Daniel aprendiera mucho griego en lo alto de su columna. Posiblemente, era incapaz de entender sin la ayuda de un intérprete a los emperadores y patriarcas que subían a verlo a la columna, así como a muchos peregrinos más modestos que se dirigían a él en griego y a gritos al pie de la columna.

²⁵ Estas palabras son un eco de 1 Cor 7, 37, en un sentido más literal, y de la *Visión Primera* (4,3) del *Pastor* de Hermas, un texto ascético muy apreciado en la Iglesia primitiva desde el siglo II. Aquí, Roda, una hermosa matrona romana (la Iglesia) es escoltada por dos hombres que se la llevan a Oriente, pero antes de desaparecer hace a Hermas la misma recomendación que Simeón a Da-

niel (Lane Fox, 1996, 220). A propósito de la visión de Daniel, compárese con *El Prado* de Juan Mosco, cap. 57, donde un estilita adivina la muerte de otro estilita, causada por un rayo.

²⁶ Simeón Estilita murió en 459. Sergio llegaría a Constantinopla un año después.

²⁷ *Dermokoúkoulon*, término que designa propiamente un pequeño manto de cuero provisto de capucha; servía de protección contra el viento, la lluvia y el frío. Algunos autores ven una contradicción entre este episodio y el cap. 114 de la *Vida* siriaca de Simeón Estilita, donde este santo expresa su deseo de ser enterrado con las pieles que había llevado siempre. Esta prenda de Simeón, que inspiró a Daniel la decisión de seguir sus pasos, se perdió para siempre años después, tras quedar hecha harapos y salir volando a consecuencia de un violento vendaval (466 o 467): cf. *VDan* 52.

²⁸ León I, emperador del 457 al 474.

²⁹ Desde Elías y Eliseo, la pelliza o *mēlôtē* (3 Re 1, 19) es el instrumento por excelencia de la transmisión de los carismas.

³⁰ Los Acemetas o «No durmientes» eran una comunidad monástica de origen sirio fundada en Constantinopla hacia el 425 por Alejandro el Acemeta. Importaron de Siria un nuevo régimen monástico caracterizado por la práctica de la plegaria permanente durante las veinticuatro horas del día, la extrema pobreza y el escaso trabajo manual. Fue tal la admiración que causaron, que se dice que trescientos monjes desertaron de sus monasterios para unirse al de Alejandro. Pero los celos que provocaron y los ataques de Alejandro a las autoridades de Constantinopla acabaron a los pocos años con su primera etapa de prosperidad; fueron expulsados de la capital de forma brutal y tuvieron que refugiarse en varios monasterios sucesivamente. Finalmente, a mediados del siglo V se instalaron en Ireneo (la actual Çubuklu turca), en la ribera asiática del Bósforo, casi a la altura de Anaplis, y allí comenzó un periodo de esplendor. Los padecimientos de los Acemetas tras su expulsión de Constantinopla están relatados en la *Vida de Hipacio*, 41, de Calínico.

³¹ Por la corriente procedente del mar Negro.

³² *Eulogía*, literalmente «bendición». Este término se aplicaba originariamente al pan que llevaban los fieles a la iglesia para que fuese consagrado en la eucaristía y al pan bendecido aparte y distribuido en la iglesia o enviado como regalo. Posteriormente, pasó a significar cualquier objeto bendecido y, en determinados contextos, se usaba como sinónimo de «regalo». También se denominaba *eulogía* la bendición en el momento de la despedida y la bendición recibida por un peregrino en contacto con un lugar sagrado, un santo o un objeto bendecido o tocado por un santo.

³³ En griego *abbās*, del arameo *apa*, «padre», título que expresa respeto y que, como *patēr*, hace referencia a una categoría espiritual, no social o biológica.

³⁴ El silenciario era un oficial de la corte cuyo primer deber era asegurar el orden y el silencio en el palacio. Además, los silenciarios formaban el servicio de vigilancia del emperador, llamaban a las reuniones del *consistorium* o cuerpo de consejeros imperiales y protegían al emperador durante las expediciones militares.

³⁵ *Eulogíai*, aquí «regalos», aunque *eulogía* también puede referirse a la bendición en el momento de la despedida (cf. n. 32).

³⁶ *Kastrésios tēs theías trapézēs*, oficio escasamente testimoniado; reaparece en *De Ceremoniis*, de Constantino VII (siglo X). Más frecuente es la mención, desde el 319 hasta el 612, del *kastrésios*, término griego equivalente al latino *comes et castrensis sacri palatii*, que era un cortesano, generalmente un eunuco, encargado de las dependencias y del aprovisionamiento del emperador.

³⁷ En las *Vidas* de los estilistas se alude a menudo a la emoción que sienten los peregrinos ante el espectáculo de la columna con el estilista encima. Aquí la emoción nace ante la presencia inesperada de la columna, símbolo cívico y áulico, en un lugar incongruente: una campiña lejana (Gilli, 1999, 30).

³⁸ *Bouútēs*, palabra que designa en general un recipiente en forma de cono truncado, y en particular «barril», «tonel». Se trata de la plataforma destinada a la parte superior de la columna, donde se instalará Daniel; cf. pp. 29-30.

³⁹ Daniel tenía entonces cincuenta y un años.

⁴⁰ Genadio fue patriarca de Constantinopla del 458 al 471. Hombre de excelente formación intelectual y firme oponente de la independencia política y teológica de Alejandría, polemizó en su juventud con Cirilo de Alejandría y se mostró como un firme aliado del papa León I de Roma.

⁴¹ *Leo anelthóntōn* (mss. P, V), no *apelthóntōn* (sigo a Festugière, *Vie de Daniel*, p. 110, n. 40).

⁴² En ninguna de las *Vidas* de estilistas se insiste tanto en las ulceraciones de los pies como en la de Daniel. Sus pies comienzan a ulcerarse al poco tiempo de subirse a su primera columna. Se han dado dos hipótesis no excluyentes entre sí: una deformidad anatómica del pie capaz de constituir de por sí un riesgo ulcerativo, o bien un modelo biomecánico semejante al «pie diabético» (Gilli, 1991, 107). Por otra parte, la recensión D' de la *Vida de Daniel* dice que sus piernas eran «como columnas» (caps. 28, 44), sin duda por estar hinchadas y endurecidas a consecuencia de la alteración del sistema linfático que provocaba la *stasis*, es decir, la permanencia constante de pie (Lane Fox, 1996, 199, n. 111).

⁴³ No ha de confundirse con el otro Sergio, discípulo de Daniel, que se había ido a Tracia y que reaparecerá en el siguiente capítulo (30).

⁴⁴ El «aceite de los santos» era el que se cogía de las lámparas que ardían continuamente junto a las tumbas de los santos; se usaba para hacer unciones a los enfermos (sobre todo, a los poseídos) o se daba a beber; cf. también caps. 33, 40, 59, 86-87, 89.

⁴⁵ Como es frecuente en este tipo de relatos, el demonio se confunde con la persona a la que posee.

⁴⁶ La curación de Juan se relata en el capítulo 33. No es raro en las *Vidas* de santos que el efecto del exorcismo se retrase siete días (cf. también cap. 31, curación de la hija de Ciro). En la Antigüedad, el número siete tenía significados simbólicos y valores mágicos (cf. n. 81), y es posible que el plazo de una semana esté relacionado con estas creencias.

⁴⁷ *Leo psiathíōn* (mss. P, V) en vez de *anthōn*, «flores» (como Festugière, *Vie de Daniel*, p. 112, n. 42).

⁴⁸ Ciro, poeta y oficial de la corte imperial, nació en Panópolis, Egipto. Cuando llegó a Constantinopla durante el reinado de Teodosio II, su obra litera-

ria ya era conocida. La emperatriz Eudocia la admiraba y probablemente intervino en su nombramiento como prefecto de la ciudad (*praefectus urbi*) hacia 435 y *praefectus praetorio Orientis* (cf. *apò epàrchòn* en mss. O, P) hacia diciembre de 439, cargos que simultaneó durante dos años. Construyó gran parte de la capital tras el terremoto de 437, instaló iluminación en las calles principales y en las tiendas más importantes, restauró las fortificaciones de la ciudad y erigió una iglesia a la Madre de Dios en un barrio que llevó su nombre más tarde. Cónsul en 441, dos años después se ganó la enemistad del eunuco Crisafio, como se explica en este mismo capítulo. Fue depuesto y consagrado obispo de Cotieo (Frigia). Volvió del exilio en su vejez y conoció a Daniel cuando este vivía aún en el templo pagano de Anapulus. Ciro se hizo devoto del santo y en su honor compuso cuatro dísticos elegíacos, que hizo grabar en la base de su columna (VDan 36).

⁴⁹ Crisafio fue un influyente eunuco de la corte de Teodosio II. Los *spátharioi* («portadores de *spátha* o espada larga») formaban una especie de guardia de Corps imperial; pertenecían al cuerpo de los cubicularios (cf. n. 80) y eran eunucos.

⁵⁰ En griego, *kastrésios*; cf. n. 36.

⁵¹ Sobre la posesión del hijo de Sergio, cf. cap. 29.

⁵² La eficacia taumatúrgica de los magos se atribuía al diablo; la de los santos, a Dios.

⁵³ En la hagiografía, la presencia del diablo se asocia al mal olor y la de los santos al buen olor, aunque a veces el hedor puede ser señal de santidad: cf. *Vida de Simeón Estilita*, 5-6, y p. 64, n. 4).

⁵⁴ Eudoxia II, hija de Teodosio II y de Eudocia, estaba casada con el emperador Valentiniano III. Cuando los vándalos saquearon Roma en mayo de 455, Genserico se la llevó a Cartago con sus dos hijas, Eudocia y Placidia. Olibrio, marido de Placidia, visitó a Daniel cuando este vivía todavía en el templo de Anapulus (451-460) y el santo le predijo la liberación de su mujer y de la familia de esta. Su predicción se cumplió en 461, año en que Daniel recibió la visita de Eudoxia II, la suegra de Olibrio.

⁵⁵ Los visitantes de los estilistas o de los padres del desierto se dirigían respetuosamente a ellos llamándoles «Tu Ángel».

⁵⁶ Reproduzco del texto original el titubeo de la emperatriz y de Daniel en la elección del tratamiento adecuado, el singular o el plural mayestático. La costumbre era usar el plural mayestático al dirigirse al emperador o a miembros de su familia; si lo usa aquí Eudoxia es por deferencia a Daniel. Cf. Festugière, *Vie de Daniel*, p. 116, n. 56.

⁵⁷ En esta última frase sigo la lectura del man. V (como Festugière, *Vie de Daniel*, p. 116, n. 58).

⁵⁸ *Endoxótatos*, título honorífico, como también *megaloprepéstatos*, equivalente al latín *magnificentissimus*; ambos títulos se aplican a Ciro en pocas líneas.

⁵⁹ De la doble columna mencionada en este poema no se habla en la *Vida* hasta el capítulo 44; es probable que este relato sobre Ciro fuera originariamente después del citado capítulo.

⁶⁰ Este poema se ha transmitido también con algunas variantes en la *Antología Palatina*, I, 99. Dado que la columna del estilista sobrevivió más de seis si-

glos al santo (cf. p. 28), no hay que descartar que el texto de la *Antología* fuera copiado de la inscripción original.

⁶¹ Una vez más se identifica al demonio con la víctima de la posesión. Es el joven el que se escapa de sus criados y se lanza hacia la columna.

⁶² *Apokrisiários*, que aquí significa «mensajero, recadero».

⁶³ Aelia Verina tuvo dos hijas de León I, Ariadna y Leoncia, y un hijo, al que se hace referencia aquí, que murió muy pronto. El nacimiento de este niño está confirmado por dos fuentes: la primera, más fidedigna que la segunda, es un horóscopo contemporáneo, según el cual el bebé nació el 25 de abril de 463 y falleció en septiembre de 463; la segunda es una descripción anónima del mosaico del ábside de la iglesia constantinopolitana de Blaquernas, famosa por conservar el velo de la Virgen. Al parecer, en dicho mosaico se representaba a la Virgen en su trono flanqueada por el emperador León, Aelia Verina con su bebé en brazos y Ariadna. La consulta del emperador León a Daniel debió de producirse en julio de 462 (Lane Fox, 1997, 189-190).

⁶⁴ *Tyfás* (*styfás* en el man. L), palabra no testimoniada en ningún otro texto, pero cuyo significado parece claro. El hagiógrafo establece una vez más una vinculación entre Oriente (de donde procede la prostituta) y herejía; cf. también cap. 17.

⁶⁵ *Orgé*, término que en la lengua de la Biblia designa un castigo divino; en este caso, se trata del incendio que asoló Constantinopla del 2 al 6 de septiembre de 465.

⁶⁶ Sobre Genadio, cf. n. 40.

⁶⁷ Las consecuencias de este olvido, en el cap. 45.

⁶⁸ Sobre el oficio de silenciario, cf. n. 34.

⁶⁹ Ordenarle sacerdote.

⁷⁰ La ordenación sacerdotal de Daniel, a distancia y en contra de su voluntad, es uno de los episodios más sorprendentes de la *Vida*. Entre otros casos parecidos destaca el del anacoreta Macedonio, que, según Teodoreto de Ciro, se indignó tanto de ser ordenado sin ser consciente de ello, que la emprendió a bastonazos contra el obispo de Antioquía y su séquito; cf. *Historias de los monjes de Siria*, 13.

⁷¹ A propósito de los estilitas y la eucaristía, cf. p. 28.

⁷² Los cimientos de esta «columna doble» ya estaban puestos (cap. 38). En la recensión D' de la *Vida*, cuando llega el emperador, la columna doble ya está completamente levantada. Gilli señala que en este pasaje, como en otros, Daniel es identificado con su columna: después de haber visto el estado lamentable de sus pies, el emperador le hace levantar dos columnas, una por cada pie (Gilli, 1991, 77).

⁷³ Es la manifestación de la cólera de Dios que el santo había anunciado (cap. 41). Los manuscritos OPV indican que el incendio se produjo durante la festividad de San Mamas; en estos mss. los relatos de los supervivientes que vienen a continuación son más coherentes.

⁷⁴ Dios perdonó a los ninivitas por su penitencia ejemplar y evitó que se cumplieran las profecías de Jonás sobre la destrucción de Nínive, enemiga tradicional de Israel (cf. Jon 3-4)

⁷⁵ Se trata de una referencia al profeta Jonás (cf. Jon 4, 9). Este profeta,

ofendido por el incumplimiento de sus profecías (cf. nota precedente), se hizo una choza en las afueras de la ciudad de Nínive y se dispuso a esperar para ver lo que sucedía con ella. Para protegerlo del sol, Dios hizo crecer una calabaza junto a la choza y Jonás se alegró. Pero a la mañana siguiente Dios hizo que un gusano secara la planta y el fuerte sol comenzó a caer directamente sobre la cabeza de Jonás, que se enojó de nuevo y deseó la muerte. Dios le preguntó por qué le daba tanta lástima perder la planta, si no la había plantado, ni la había hecho crecer, y además en un solo día había nacido y desaparecido. Ante el silencio del profeta, Dios añadió que si Jonás tenía tanta lástima por la planta de calabaza, ¿cómo iba a dejar Él de tener piedad por una ciudad tan grande como Nínive, donde hasta los animales habían hecho penitencia y le habían honrado?

⁷⁶ *Proskynēō*, «hacer la *proskynēsis*», gesto común de súplica o reverencia en el ceremonial bizantino. Era una práctica tomada de Persia e introducida en la corte romana desde el siglo III para comparecer ante los emperadores; tenía diversas formas, dependiendo de la jerarquía del que la hacía y del que la recibía: una inclinación del cuerpo hasta tocar el suelo con la cabeza, una genuflexión, una simple reverencia... La *proskynēsis* entendida como postración no se limitaba a la corte imperial: era la postura común para la oración ferviente y la penitencia, y el gesto habitual de saludo a los santos monjes. La particularidad de la *proskynēsis* en este pasaje es, precisamente, que está hecha por el propio emperador ante el estilita.

⁷⁷ Cf. cap. 2, donde las «dos grandes luces con forma de disco» simbolizan al emperador y a su esposa. Miller cree que se trata del símbolo de las dos esferas originario de Persia, donde el sah ostentaba el título de Sol y Luna; pero, como el propio autor reconoce, las dos esferas no eran consideradas generalmente como el símbolo del poder imperial en Bizancio (Miller, 1970, 207 y 212).

⁷⁸ Cf. cap. 13, donde se menciona «el oratorio del Arcángel Miguel», cuyos clérigos denuncian a Daniel ante el obispo (cap. 17). Otras fuentes dicen que el emperador se instaló en S. Mamas (la actual Dolmabahçe), donde construyó un hipódromo, un pórtico, un puerto y un palacio (quizás el mencionado en el cap. 50).

⁷⁹ Entre los dos fustes que componían la columna doble.

⁸⁰ «Cubiculario» es un término general para designar a los eunucos de palacio, que eran los servidores del *sacrum cubiculum* o «sagrada cámara», órgano que reunía los oficios de palacio. Eran los ayuda de cámara del emperador y de la emperatriz, de cuya confianza solían gozar.

⁸¹ En griego se usa la palabra *klimaktēr*, derivada de *klimax*, «escalera». Es un término de la lengua de los astrólogos que designa un punto crítico —un «escalón peligroso»— en la vida humana, determinado por múltiplos de 7, como 35, 49, 63... De este empleo técnico, la palabra pasa a la lengua común con el sentido de «peligro crítico» (Festugière, *Vie de Daniel*, p. 124, n. 86).

⁸² El símbolo helenístico de la diadema (*stémma*) era, juntamente con la vestimenta de púrpura y las botas, la insignia imperial por excelencia. Fue adoptado por Constantino I y consistía esencialmente en una banda enjorada de la que colgaban ornamentos, y rematada por una cruz.

⁸³ *Kómēs staúlōn*, traducción del latín *comes stabuli*, alto funcionario de la corte responsable de los caballos y mulas necesarios en el Ejército y en la cor-

te. Jordanes fue *comes stabuli* en 465 y cónsul en 470. Del 466 al 469 ocupó el cargo de *magister militum per Orientem*, máxima autoridad militar del Imperio de Oriente. En el texto se presenta a Jordanes como *magister militum* con las responsabilidades de un *comes stabuli*, pero el uso del término griego *stratēlātēs* (*magister militum*) tiene aquí probablemente un carácter anticipatorio, ya que hasta el capítulo 55 no se relata cómo Jordanes ocupó el cargo de *stratēlātēs tēs Anatolēs* (*magister militum per Orientem*) en sustitución de Ardabur, acusado de traición. Otra posibilidad es que Jordanes fuera *magister militum vacans*, es decir, que no tuviera temporalmente ningún ejército a su mando, a fin de ejercer el cargo de *comes stabuli*. (Cf. «Jordanes 3», en J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire* II. A. D. 395-527, Cambridge, 1980.

⁸⁴ El arrianismo, que negaba la consustanciabilidad del Padre y el Hijo, había sido condenado ya en el primer concilio de Nicea (325). Obsérvese cómo la *mandra* o cercado es lugar de asilo, como en la *Vida de Simeón Estilita*, 20.

⁸⁵ En griego *primikērios tou koubouklíou*, equivalente al latín *primicerius sacri cubiculi*, el más importante de los cubicularios (cf. n. 80), pero de categoría inferior al *praepositus sacri cubiculi*, el gran chambelán de la corte o máximo responsable de la administración del palacio imperial, puesto que ocupaba normalmente el eunuco de mayor rango. Calipodio no es conocido por otras fuentes.

⁸⁶ El palacio de León I construido cerca de la iglesia de San Miguel no aparece mencionado en ninguna otra fuente.

⁸⁷ Gubazio era rey de Lálica, en la costa este del mar Negro. Los primeros contactos comerciales entre Lálica y Bizancio se remontan al siglo IV. En el 456, el emperador Marciano (450-457) atacó aquel reino y obligó al rey Gubazio a abdicar o a deponer a su hijo, con el que compartía el poder. Gubazio abdicó y aceptó ir a Constantinopla para discutir los asuntos de Estado entre ambos reinos. La visita de Gubazio a esta ciudad después del incendio de septiembre del 465 está confirmada por el historiador Prisco. Debió de ocurrir en 465 o 466.

⁸⁸ Es decir, en 466 o 467.

⁸⁹ Sobre el encuentro de Daniel con Simeón al comienzo de su viaje a Palestina, cf. cap. 10.

⁹⁰ Probablemente, se trata del *Leomakellion* o Mercado de Carne, situado en lo que ahora es el barrio de Kumkapi en Estambul.

⁹¹ El texto griego original está corrompido aquí. Leo: *orophíou*, derivado de *orophē*, «techo» (cf. Festugière, *Vie de Daniel*, p. 128, n. 9).

⁹² Es posible que haya que interpretar la resistencia inicial de Daniel como un *topos* o lugar común; cf. otros casos semejantes en caps. 36 (contrario a la iniciativa de poner una inscripción en la columna), 42-43 (rechaza su ordenación), 82 (no acepta una compresa para su herida en el pie).

⁹³ Zenón, nacido en Isauria, región montañosa del sudeste de Asia Menor, era jefe de un contingente de soldados de elite isaurios instalados en Constantinopla.

⁹⁴ Ardabur fue nombrado *magister militum per Orientem* (*stratēlātēs tēs Anatolēs*) con residencia en Antioquía en tiempos del emperador Marciano (450-457). Era el hijo mayor del influyente patricio alano Aspar, que había desempeñado el mismo cargo y había impuesto mediante su influencia a dos

emperadores sucesivamente, Marciano y León. La *Vida de Daniel* es la única fuente que nos cuenta los entresijos de su conspiración en Oriente. La denuncia de Zenón, que comienza aquí su fulgurante carrera, hay que datarla en 466 o 467. Como se recordará, Ardabur tiene también cierto protagonismo en la *Vida de Simeón Estilita*, 29 y 32: envía un destacamento de soldados para custodiar el cadáver del santo y da la orden de trasladarlo a la gran iglesia de Antioquía (459).

⁹⁵ *Kombéntos*, lat. *conventus*, reunión de todos los miembros del senado.

⁹⁶ *Mágistros* (*tôn ophphikîôn*), traducción del latín *magister officiorum*, alto cargo del que dependía toda la administración del palacio imperial. Patricio, a quien no hay que confundir con el hijo homónimo de Aspar, fue después amante de Verina, esposa de León I. A la muerte de León, Verina conspiró contra el emperador Zenón para elevar a Patricio al trono, pero fracasó: fue el hermano de Verina, Basilisco, quien se hizo con el poder y, además, condenó a muerte a Patricio.

⁹⁷ El padre de Ardabur era Aspar; cf. n. 94.

⁹⁸ Se usa en plural el término *kéra*, que designa la tablilla encerada o *tabula cerata*, sobre la que se escribía con un punzón.

⁹⁹ *Kómēs domestikôn*, cargo equivalente al *comes domesticorum*, jefe de los *domestici*, la guardia imperial.

¹⁰⁰ *Prókenso*, lat. *processus*, término que designaba especialmente las solemnes procesiones imperiales a Santa Sofía en las grandes festividades, o a otros santuarios de Constantinopla y sus alrededores; vuelve a aparecer en los caps. 65 y 83.

¹⁰¹ El episodio relatado aquí siguió a la espectacular derrota de la flota imperial, al mando de Basilisco, cuñado de León I, por los vándalos de Libia a las órdenes de Genserico, en 468 (Lane Fox, 1997, 190-191).

¹⁰² Sobre los *spatharioi*, cf. n. 49.

¹⁰³ Según el historiador Teófanés, en el 470 salió de Egipto por tierra una segunda expedición contra los vándalos de Genserico y esta vez consiguió imponerse a los enemigos, que fueron obligados a firmar la paz (cf. *Chronographia*, AM 5963). La profecía de Daniel, que omite el estrepitoso fracaso del 468 (cf. n. 101), se refiere a la victoria de 470.

¹⁰⁴ La comparación es exagerada: también Simeón trataba con altos dignatarios del Imperio, reyes y emperadores sobre cuestiones de Estado; además, también los poderosos, como los peregrinos más humildes, apreciaban las oraciones y bendiciones del estilita.

¹⁰⁵ En griego se usa el plural de *hypomnēstikôn*, equivalente al lat. *comminatorium*, «instrucción escrita en que se previene a uno de lo que ha de hacer y cómo ha de hacerlo». Este término se repite en los capítulos 61 («instrucción escrita»), 71 y 73 («carta»).

¹⁰⁶ Sobre el término *martyrion*, cf. n. 11. Efectivamente, en los *martyria*, a finales del siglo V y comienzos del VI, se tendía a multiplicar las bóvedas, que necesariamente descansan sobre pilares (Festugière, *Vie de Daniel*, pp. 131-132, n. 108). A propósito de la pervivencia del monasterio de Daniel Estilita, cf. p. 28.

¹⁰⁷ Dado que Antioquía consideraba el cuerpo de Simeón como una garantía ante cualquier tipo de peligro, hay que concluir que a Constantinopla llegó

solo una parte de sus reliquias. De hecho, en el siglo siguiente, el historiador Evagrio afirma haber visto los restos del estilita en Antioquía e incluso describe su cabeza (cf. p. 148). La desmembración del cadáver de un santo no era considerada como un sacrilegio en esta época (cf. n. 179). A propósito de la probable relación entre el traslado de las reliquias de Simeón y la construcción del santuario de San Simeón en Qal'at Sem'an, cf. p. 24.

¹⁰⁸ Es posible que el *martyrion* de San Simeón, que se encontraba dentro de la *mandra* o cercado de Daniel, tuviera dos puertas: una daría al exterior del cercado y otra al interior.

¹⁰⁹ El sermón de Daniel, del que se habla después, viene a equivaler a la lectura de un texto sagrado en la liturgia: «¡Atendamos!» es la exclamación litúrgica que pronuncia el diácono antes de las lecciones y el Evangelio; de la misma manera, «dar la paz» es prerrogativa del sacerdote antes de la lectura del Evangelio: el arzobispo, por deferencia, ha cedido a Daniel todo el protagonismo.

¹¹⁰ Aproximadamente 3 kg 200 gr.

¹¹¹ Literalmente, «en el *thysiastérion*», parte especialmente sagrada de la iglesia, situada al otro lado del iconostasio (antiguamente, una cancela), donde se encontraba el altar; corresponde al coro en las iglesias occidentales; en adelante sigo traduciendo por «recinto del altar».

¹¹² El término *kómēs*, del latín *comes* (de donde el español «conde») servía para designar oficiales de la corte de distintos rangos u *ordines*; presuponía una función especial y, según cuál fuera esta, abarcaba distintos significados (cf. nn. 83, 99). Como título honorífico era otorgado a algunos de los más altos funcionarios del Estado.

¹¹³ Los bucelarios eran soldados al servicio personal de autoridades militares y, ocasionalmente, civiles desde comienzos del siglo v. El origen del término *boukellários* (lat. *buccellarius*) parece estar relacionado con el pan que recibían (lat. *buccella*, *buccellatum*), de mejor calidad que el de los demás soldados. Precedentes de todas las clases sociales y de muchas nacionalidades, formaban la guardia de Corps de su comandante durante las campañas militares y a menudo asumían tareas importantes, al estar mejor preparados para el combate por su equipamiento y su destreza.

¹¹⁴ A determinadas horas del día, los monjes salen del monasterio para rezar y cantar con el santo y beneficiarse de sus enseñanzas; regresan para el oficio.

¹¹⁵ Decocción de pimienta, comino y anís.

¹¹⁶ El *propheteion* era un santuario consagrado a un profeta. En cuanto al topónimo griego *Katábolos*, «puerto, mercado», se ignora su localización exacta; probablemente estaba en la orilla europea del Bósforo, cerca de Anaplus.

¹¹⁷ No hay ninguna otra fuente que hable sobre el *magister militum* Idubingo, que debió de ocupar su cargo en un periodo comprendido entre el 466 y el 493.

¹¹⁸ Ariadna contrajo matrimonio con Zenón (mencionado en el cap. 55) en 469, tras divorciarse del César Patricio, hijo de Aspar, con el que se había casado el año anterior. Tras la caída en desgracia de la familia de Aspar a raíz de la traición de Ardabur, Zenón era el nuevo favorito del emperador León I. El mismo año de su boda con Ariadna, fue nombrado cónsul. Este nombramiento se añadió a su condición de *comes domesticorum* (cf. n. 99). Después de su

consulado, Zenón fue enviado a combatir contra los godos de Tracia, estrechos aliados de Aspar.

¹¹⁹ *Stratêlâtês tês Thrâikês*, traducción griega de *magister militum per Thraciam*, que designaba la autoridad militar suprema de esta provincia.

¹²⁰ La Muralla Larga era un sistema de fortificaciones de 45 km de longitud aproximadamente, a unos 65 km al oeste de Constantinopla. Pilas («Puertas [de Asia]»), actual Yalova, era un puerto del mar de Mármara y debía su nombre a su condición de punto de partida de una de las principales rutas que se adentraban en Asia Menor. Calcedonia se encontraba enfrente de Constantinopla, en la orilla opuesta del Bósforo.

¹²¹ Zenón y Ariadna tuvieron en 470/471 un hijo que, con el nombre de León II, fue nombrado emperador en 474. Sin embargo, el niño murió en noviembre de este mismo año, a la edad de tres años. El siguiente capítulo (67) es la única fuente que dice correctamente la edad de León II al morir (Lane Fox, 1997, 191-192).

¹²² En 471 Aspar y sus dos hijos mayores, Ardabur y Patricio, fueron invitados traicioneramente a palacio; Aspar y Ardabur perdieron la vida asesinados por unos eunucos; Patricio, gravemente herido, pudo salvarse.

¹²³ El emperador León murió el 18 de enero de 474.

¹²⁴ En el capítulo 4 del *Libro de Daniel*, el Dios de los judíos humilla a Nabucodonosor: el rey pierde la cordura y vive en la selva como un animal durante siete años, comiendo «hierba de la tierra»; después de esto, recobra su cordura y su situación anterior. Se cumple así una profecía de Daniel el profeta (como se cumplirá también la que hace Daniel el estilita al «nuevo Nabucodonosor»).

¹²⁵ Armato era amante de Zenonis, esposa de su tío Basilisco. Fue nombrado *magister militum* por este y compartió con él el consulado en 476.

¹²⁶ Marciano era hijo de Antemio, emperador de Occidente de 467 a 472, y marido de Leoncia, segunda hija de León I y Verina. Su participación en la conspiración de Basilisco (475) no fue su único intento de destronar a Zenón.

¹²⁷ El emperador y su esposa viajan con la mayor rapidez sirviéndose de la posta o correo público, donde cambian los caballos. El término griego *ékstabilon*, «etapa de posta (?)» (aquí, en plural) no está testimoniado en ningún otro texto; quizás haya que entender *héx stábla* («seis etapas de posta») (cf. Festugière, *Vie de Daniel*, p. 141, n. 139). Isauria era la patria de Zenón.

¹²⁸ Blaquernas era un barrio de Constantinopla situado en el extremo norte de la ciudad, en el ángulo formado por la muralla y el Cuerno de Oro. Allí se encontraban el santuario mariano más famoso de Constantinopla, al que León I añadió una capilla de planta circular para guardar el velo de la Virgen, y un monasterio de María.

¹²⁹ En griego *basilískos* designa un tipo de serpiente.

¹³⁰ Tras subir al trono gracias a su hermana, la emperatriz Verina, Basilisco tomó partido abiertamente contra el concilio de Calcedonia (451), que había definido el dogma de las dos naturalezas perfectas, inseparables, pero también inconfundibles, de Cristo (fórmula diofisita). Basilisco pretendía ganarse el apoyo de los monofisitas, pero la mayoría de la población de Constantinopla era favorable a las decisiones del concilio de Calcedonia, que además había concedido a esta ciudad el estatus de sede patriarcal.

¹³¹ Patriarca de Constantinopla desde marzo del 472 hasta noviembre del 489.

¹³² La Gran Iglesia es Santa Sofía.

¹³³ El emperador se adelanta a la embajada que va a enviar el patriarca a Daniel.

¹³⁴ El profeta Daniel, siendo niño todavía, salvó a Susana de morir lapidada y gracias a él fueron condenados los dos viejos que la habían acusado falsamente de adulterio. Obsérvese cómo en los capítulos 71 y 72 se fusiona el modelo de los profetas («nuevo Daniel», «segundo Elías») con el motivo de la imitación de Cristo, consiguiéndose un efecto sorprendente (Sansterre, 1989, 35).

¹³⁵ Acab, rey de Israel, vio cómo cuatrocientos cincuenta profetas de Baal fueron incapaces de hacer que su dios encendiera el fuego del sacrificio, mientras que Elías consiguió fácilmente que Yahvé lo hiciera gracias a sus invocaciones. Elías, con el respaldo del pueblo, masacró a los profetas de Baal y se ganó el odio de Jezabel, la mujer de Acab, que había introducido en Israel el culto a este dios fenicio; cf. 3 Re 18-19.

¹³⁶ El monasterio de San Ciriaco fue construido durante el patriarcado de Genadio (458-471) al otro lado de la Puerta Dorada de las murallas de Constantinopla (cf. n. 151); Exacionio o Exocionio era un barrio de Constantinopla que abarcaba casi toda la parte comprendida entre las murallas de Constantino y de Teodosio, al oeste de la ciudad; el monasterio de Estudio (hoy Imrahor Camii), dedicado a san Juan Bautista, fue fundado a mediados del siglo V por un tal Estudio en el barrio de Psamatia, situado al sudoeste de Constantinopla, también entre las murallas de Constantino y de Teodosio.

¹³⁷ Supervisor de las fundaciones monásticas dependientes del patriarca.

¹³⁸ Miércoles.

¹³⁹ *Hébdomon*, «séptima [milla]», actualmente Bakirköy. Era un suburbio de Constantinopla a orillas del mar de Mármara, situado a siete millas (algo más de 10 km) al oeste del *Milion* (lat. *Milliarium*), el mojón inicial del Imperio, que se levantaba delante de Santa Sofía. Sede de un campamento militar, tenía un tribunal o plataforma sobre la que el emperador se presentaba a las tropas. Frente a ella se extendía una llanura llamada *Kámpos* (*Campus*), donde fueron proclamados varios emperadores; el primero fue Valente (364), que tenía aquí su villa o palacio y construyó un puerto.

¹⁴⁰ En griego *Ámmoi*, «Arenas». Este lugar se encontraba en Hébdomon, cerca de la orilla del mar y antes de llegar al palacio imperial, probablemente a la entrada de la localidad moderna de Bakirköy.

¹⁴¹ Cf. n. 116.

¹⁴² Miembros de las *Scholae Palatinae*, tropas de elite del palacio encargadas de proteger al emperador. Estaban formadas mayoritariamente por bárbaros (aquí se menciona un godo): antes de Zenón, germanos sobre todo; con Zenón, también isaurios.

¹⁴³ Sobre el oficio de silenciario, cf. n. 34. Los referendarios eran secretarios del emperador. Su principal misión era transmitir las órdenes de este y trasladarle las peticiones y quejas de sus súbditos; también actuaban como portadores de las respuestas no escritas del emperador en asuntos judiciales y podían ser empleados en misiones especiales de distinto tipo.

¹⁴⁴ «Su cómplice» era su hermana Verina, viuda del emperador León I, que, efectivamente, había tenido un papel activo en la conspiración contra Zenón (cf. cap. 69). Pero sobre la mujer de Basilisco, Zenonis, la *Vida de Daniel* no proporciona ninguna información.

¹⁴⁵ Puerta monumental situada en el extremo meridional de las murallas terrestres de Constantinopla. Era la entrada más cercana al mar de Mármara, por donde pasaban los emperadores a su regreso de las expediciones militares, y los cortejos imperiales procedentes de Hébdomon. Construida con bloques de mármol, tenía tres vanos arqueados, flanqueados por dos torres.

¹⁴⁶ Sobre el monasterio de Estudio, cf. n. 136. Sobre el *martyrion*, cf. n. 11.

¹⁴⁷ En griego, *diakonikón*, recinto situado al sur del presbiterio donde se guardaban los vasos sagrados, correspondiente a la sacristía en las iglesias de Occidente. Estaba al cuidado del diácono, que iba y venía de allí al presbiterio durante la liturgia; de ahí su nombre.

¹⁴⁸ Cf. Mt 15, 21-28.

¹⁴⁹ Dagalaifo fue cónsul en el 461. Era hijo de Aerobindo, que también había sido cónsul en 434, y estaba casado con una hija de Ardabur.

¹⁵⁰ El Foro del Buey se llamaba así por la presencia en este lugar de una enorme escultura de bronce que representaba la cabeza de este animal. Estaba en lo que hoy es el barrio de Aksaray.

¹⁵¹ En griego *sékretón*, término que designa el lugar donde el patriarca celebra consejo con sus oficiales y, en general, recibe visitas. El patriarca vivía junto a la iglesia de Santa Sofía y podía entrar directamente en la basílica a través de una puerta horadada en la pared norte.

¹⁵² Recuérdese que el nombre del emperador coincide con el de un tipo de serpiente (cf. n. 129).

¹⁵³ No hay ninguna otra fuente que hable de este interesante personaje, que reaparece en los capítulos 95 y 101.

¹⁵⁴ *Spartón*, en latín *Spartium junceum*.

¹⁵⁵ El alejandrino Teóctisto, médico de Basilisco, fue nombrado por este *magister officiorum* (cf. n. 96) en 474. Este mismo año ayudó a su amigo Timoteo Eluro a recuperar la sede patriarcal de Alejandría. Timoteo había sido condenado al exilio por León I por sus doctrinas monofisitas.

¹⁵⁶ En griego *asèkrètēs*, secretario particular del emperador. Los *a secretis*, que aparecen a mediados del siglo V, forman una categoría dentro de los notarios imperiales. Sobre el mencionado Estrategio no se sabe nada. Dado que recibe órdenes del santo, es posible que este secretario sea del arzobispo, o que sea un monje secretario del propio Daniel. Cada obispo tenía un consejo episcopal (*sékretón*) con secretarios, pero también Daniel, que enviaba cartas, tenía, evidentemente, monjes secretarios a su servicio (Festugière, *Vie de Daniel*, p. 152, n. 159).

¹⁵⁷ *Lymeón*, epíteto del demonio aplicado al emperador Basilisco.

¹⁵⁸ El autor cubre ahora con un enigmático silencio el periodo comprendido entre 476 (regreso de Zenón del exilio) y 493 (muerte de Daniel); cf. pp. 24-26.

¹⁵⁹ En griego se usa el término *eulogía* en plural; cf. n. 32.

¹⁶⁰ El primer centurión es el del Evangelio: cf. Mt 8, 5-13 y Lc 7, 1-10.

¹⁶¹ Sobre el cubiculario, cf. n. 80.

¹⁶² Varias localidades responden a este nombre: una estaba en Macedonia, en la península de Longos, la que queda en medio de las tres que componen la Calcídica; otra en Bitinia, al norte de la península de Anatolia; otra al sur de la actual ciudad rumana de Constanza.

¹⁶³ Alusión a las controversias en torno al *Henotikon* de Zenón; cf. pp. 25-26.

¹⁶⁴ De ser cierta la historia, quizás se trataba de sirios monofisitas que intentaban sumar a su causa a su compatriota más admirado en Constantinopla (Lane Fox, 1977, 206).

¹⁶⁵ El 9 de abril del 491.

¹⁶⁶ Anastasio I fue emperador del 491 al 518.

¹⁶⁷ El 20 de mayo del 491, casi un mes después de ser enterrado el emperador Zenón, su viuda la emperatriz Ariadna tomó por esposo a Anastasio, que hasta entonces había tenido un puesto de escasa importancia en la corte.

¹⁶⁸ Las reliquias de los tres jóvenes judíos de la Biblia (cf. Dan 3), repartidas entre el norte de África, Egipto, Jerusalén y Siria, aparecen mencionadas en textos cristianos escritos en copto, siríaco, armenio y georgiano. Todo parece indicar que fueron adquiridas por un monasterio cristiano de Babilonia en tiempos del rey de Persia Vahram, probablemente Vahram V (420-438). El emperador León, que, según una fuente armenia, ya había obtenido en Babilonia las reliquias del profeta Daniel para la iglesia de San Romano de Constantinopla, bien pudo haber adquirido también las de los tres jóvenes, como se dice en este capítulo (Lane Fox, 1997, 197).

¹⁶⁹ Eufemio fue patriarca del 490 al 496.

¹⁷⁰ Es la primera vez que se habla de la existencia de dos oratorios; hasta ahora solo se había mencionado el que formaba parte del monasterio de la *mandra* o cercado (caps. 62, 63). Probablemente, el segundo fue construido junto a la columna para albergar los restos del santo (cf. cap. 94).

¹⁷¹ Sobre la patricia Herais, cf. caps. 82 y 100.

¹⁷² En diciembre de 493. La muerte de Daniel, con los días precedentes y posteriores, ha sido considerada como una de las más espectaculares de la Antigüedad.

¹⁷³ En las liturgias griega y orientales, parte de la misa que corresponde al prefacio y al canon en la liturgia romana, y cuya parte esencial es la consagración.

¹⁷⁴ Daniel murió el sábado 11 de diciembre de 493. Nótese que antes de morir hay un periodo de espera o incubación de siete días, con lo cual la muerte del estilista se asimila implícitamente a los milagros que obra (caps. 29, 32) (Kaplan, 2001, 216).

¹⁷⁵ En griego *kloubós*, literalmente, «pequeña jaula». Aunque es cierto que algunos ascetas se hacían construir jaulas en las que luego vivían suspendidos en el aire, en ningún momento se dice que Daniel tuviera una en lo alto de la columna. El término griego se refiere, con toda probabilidad, al parapeto o barandilla de protección (Festugière, *Vie de Daniel*, p. 163, n. 176).

¹⁷⁶ 4 codos: 1,32 m; 3 codos: 1,76 m.

¹⁷⁷ Leo *anióntes*, no *aniéntes* (cf. Festugière, *Vie de Daniel*, p. 163, n. 178).

¹⁷⁸ *Illoustría*. El término griego *illoústrios*, del latín *illustris*, era un título de los altos magistrados y funcionarios de la corte imperial.

¹⁷⁹ La muchedumbre quiere llevarse reliquias del santo, cuyo cadáver ha sido depositado en un ataúd de plomo como precaución. En la *Vida* del estilita Alipio (cap. 26), la multitud pretende cortar el cuerpo del santo en trozos, pero no lo consigue. En la hagiografía bizantina hay al menos dos ejemplos de «desmembración piadosa» del cadáver de un santo recién fallecido: Teocleta de Lesbos (siglo x) y Eustracio de Abgaro (siglo ix).

¹⁸⁰ Sorprendentemente, es la primera vez que se menciona esta larga peregrinación en busca de los grandes ascetas cristianos. En este periodo hay que situar la visita a Simeón Estilita de la que se habla en el cap. 9.

¹⁸¹ Cf. caps. 11, 14.

¹⁸² También esta es la primera vez que se menciona la práctica de la *stasis* sobre el capitel de una columna en el templo de Anaplus.

[illegible]

Apéndice

TESTIMONIO DE EVAGRIO ESCOLÁSTICO SOBRE SIMEÓN ESTILITA (HISTORIA ECLESIASTICA I, 13-14)

EVAGRIO, SIMEÓN ESTILITA Y EL SANTUARIO DE QAL'AT SEM'AN

El historiador Evagrio Escolástico (ca. 536 - post 594) dedica un par de capítulos a Simeón Estilita en su *Historia eclesiástica* (I, 13-14). El primero contiene algunos episodios procedentes de la *Vida* siríaca y dos testimonios inéditos: la visita a Simeón de unos enviados de los «padres del desierto», exponentes del ascetismo institucionalizado, y la descripción de las reliquias del santo conservadas en Antioquía. En el segundo capítulo, Evagrio recuerda su paso (ca. 560) por la monumental iglesia cruciforme de San Simeón en Qal'at Sem'an^a, cuyas ruinas se conservan todavía. Su valioso testimonio se entenderá mejor si se presenta a la luz de los resultados de las excavaciones arqueológicas del lugar.

En tiempos del historiador, Qal'at Sem'an, situado a 70 km de Antioquía, estaba ocupado por un conjunto monumental que cubría una superficie de unos 1200 m² en la ladera de una montaña. Evagrio subió a visitarlo desde Telanisos (moderna Deir Sem'an). Esta aldea, antaño agrícola, se había desarrollado rápidamente ya en tiempos de Simeón gracias a la afluencia de peregrinos. Veinte años después de la muerte del estilita contaba con varios albergues y tres monasterios que florecieron durante el siglo siguiente y que ofrecían muchas facilidades de alojamiento^b.

El comienzo del camino hacia lo alto de la montaña estaba señalada por un arco triunfal. Esta «vía sagrada», bordeada por tiendas en las que se vendían objetos religiosos y recuerdos a los visitantes, conducía

a. Más adelante (*Hist. ecl.*, II, 10), Evagrio menciona la existencia de dos cartas de Simeón dirigidas al emperador León y recoge tres párrafos de otra carta dirigida a Basilio, obispo de Antioquía. Todas estaban escritas en defensa del concilio de Calcedonia (451). Sobre la basílica de Qal'at Sem'an, edificada después de la muerte de Simeón, cf. p. 24.

b. Cf. Schachner, 2010, 361; G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du Nord I*, París, 1953, pp. 205-222.

hasta una explanada; a ella se accedía por una puerta triple, seguida de una arcada también triple. En este espacio de terreno allanado, los arqueólogos han encontrado una cisterna gigantesca con cinco embocaduras. Por una serie de cuatro pares de arcos se entraba a continuación en un enorme patio cerrado, con edificios en sus cuatro lados; al parecer, estaba destinado a actividades litúrgicas. El patio comunicaba dos grupos de edificios: al sur, junto a la entrada monumental, un baptisterio con una capilla anexa y un albergue, usado posiblemente por los catecúmenos; al norte, un monasterio, una tumba conventual y, sobre todo, la gran iglesia de San Simeón, a la que se entraba por la fachada meridional, precedida por un pórtico majestuoso de tres arcos (Sodini, 2001, 253-255).

La monumental iglesia estaba constituida por cuatro basílicas —Evagrio las llama «pórticos» (*stoai*)— dispuestas en forma de cruz griega. Tenían tres naves cada una y en su intersección formaban un gran patio octogonal de unos 27 m de diámetro. En medio se levantaba la columna del estilita. Los lados del octógono estaban formados por ocho arcos de más de 10 m de altura: cuatro se abrían a las basílicas y cuatro a pequeños ábsides situados en medio de estas. El octógono debía de ser originariamente tan alto como la columna y probablemente tenía un techo piramidal de madera cubierto de tejas. Evagrio no pudo verlo porque se había derrumbado a consecuencia, según se cree, de los terremotos de 526-528. La iglesia propiamente dicha, donde se desarrollaba la liturgia, era la oriental; acababa en triple ábside —mientras que las demás terminaban en un muro rectilíneo— y constituía la meta última del peregrino, al menos la fijada por el diseño arquitectónico.

EVAGRIO, *HISTORIA ECLESIASTICA* I, 13-14

13. En aquellos tiempos, floreció y sobresalió Simeón, el santo de sagrada y celebradísima memoria que fue el primero en practicar sobre una columna, en una morada de apenas dos codos de perímetro¹, la disciplina consistente en mantenerse constantemente de pie², en la época en que Domno era obispo de Antioquía³. Cuando este llegó ante el santo, se quedó estupefacto por su forma de practicar esta disciplina y por su género de vida, y deseó ardientemente penetrar más en los secretos de esta santidad. Así, pues, los dos se reunieron y, después de haber consagrado el Cuerpo inmaculado, se dieron mutuamente la vivificante comunión⁴.

Este hombre, que aspiró, mientras estuvo revestido de carne, a la forma de vida de las Potencias celestiales, se elevó por encima de las cosas de la tierra para, desafiando la naturaleza, que presiona hacia abajo hasta la muerte, perseguir las cosas de lo Alto. A mitad de camino entre

el cielo y las realidades terrenales, conversaba con Dios y lo glorificaba con los ángeles; desde la tierra presentaba a Dios sus intercesiones en favor de los hombres y desde el cielo obtenía para ellos la benevolencia de lo Alto. Sus milagros han sido escritos por uno de aquellos que fueron testigos oculares, pero también los ha escrito y expuesto elocuentemente Teodoreto, que fue obispo de Ciro⁵. Dejando de lado la mayor parte de los hechos, nos hemos quedado con uno que se ha transmitido hasta el día de hoy entre los padres del desierto, de cuya boca lo hemos oído:

El caso es que, después que Simeón, aquel ángel sobre la tierra, aquel ciudadano de la Jerusalén celestial hecho carne, se consagró a ese género de vida extraño y desconocido para los hombres, los padres del santo desierto le enviaron un emisario con el encargo de preguntarle qué extraña forma de vida era esa y por qué había abandonado el camino trillado y transitado por los santos para recorrer otro extraño y totalmente desconocido para los hombres; y también debía decirle que lo conminaban a descender y seguir el camino de los Padres elegidos⁶. Si se prestaba de corazón a bajar, los padres habían ordenado que se le permitiera seguir haciendo su propia carrera, pues gracias a su obediencia se pondría de manifiesto que, a su manera, llevaba una vida de lucha bajo la guía de Dios. Ahora bien, si se resistía o se dejaba esclavizar por su propia voluntad en vez de obedecer inmediatamente, había orden de bajarlo, incluso a la fuerza. Cuando el emisario llegó junto a Simeón y le transmitió la orden de los padres, este adelantó inmediatamente un pie, dado que deseaba cumplirla; pero entonces el mensajero le autorizó a seguir su propio camino hasta el final, diciéndole:

—*¡Esfuérzate y resiste!*^a. Tu capacidad de mantenerte siempre de pie viene de Dios⁷.

Este episodio lo he expuesto por parecerme digno de mención, ya que lo han pasado por alto cuantos han escrito sobre el santo.

El poder de la divina gracia había penetrado en este hombre hasta tal punto de que, habiendo decretado Teodosio que fuesen restituidas a los judíos de Antioquía las sinagogas que les habían arrebatado previamente los cristianos, escribió al emperador con tal libertad de palabra y le censuró con tal vehemencia —Simeón solo temía a su propio Emperador—, que el emperador Teodosio revocó sus propias órdenes, hizo todo lo necesario para favorecer a los cristianos y, tras relevar de su cargo al prefecto que le había aconsejado tomar aquellas medidas, imploró a este mártir santísimo y, literalmente, aéreo, que suplicara y rezara a Dios por él y le hiciera partícipe de su bendición⁸.

Simeón pasó su vida carnal luchando durante cincuenta y seis años. En su primer monasterio, donde se formó en las cuestiones divinas, vi-

a. Dr 31, 7.23; Jos 1, 6.9; 3 Re 2, 2.

vió nueve años, y después, en el llamado «cercado», cuarenta y siete años: durante diez, llevó a cabo su combate en un espacio reducido; durante siete, sobre las columnas más bajas; y durante treinta, sobre la columna de cuarenta codos⁹.

Después de su marcha de aquí abajo, su santísimo cuerpo fue trasladado a Antioquía; en aquella época llevaba el cetro León, mientras que Martirio era obispo de Antioquía y Ardabur mandaba las tropas de Oriente¹⁰. Este se presentó en el cercado con sus soldados, los magistrados y otros oficiales y dio protección al santísimo cadáver del bendito Simeón, no fuera que las ciudades vecinas se reunieran y lo despedazaran. Así pues, mientras se producían grandes milagros, incluso durante el viaje, su sacrosanto cuerpo fue conducido a Antioquía¹¹. El emperador León también reclamó su entrega de manos de los antioquenos. Pero los habitantes de Antioquía le elevaron una súplica escrita en estos términos: «Dado que nuestra ciudad no tiene muralla, porque cayó en el Día de la Ira, hemos traído aquí este santísimo cuerpo para que nos sirva de muralla y baluarte»¹². Dejándose convencer por ellos, León cedió a sus súplicas y les dejó el cuerpo¹³.

La mayor parte de este cuerpo se ha conservado hasta nuestros días y yo mismo, junto con muchos sacerdotes, vi su sagrada cabeza en la época en que el ilustrísimo Gregorio era obispo de esta ciudad y Filípico había pedido que las preciosas reliquias le fueran enviadas para que sirvieran de protección a los ejércitos orientales¹⁴. Y, ¡oh, maravilla!, los cabellos que cubrían la cabeza no se habían podrido, sino que se conservan como si estuviera vivo otra vez y tuviera trato con los hombres. Y la piel de la frente estaba ciertamente seca y tiesa, pero se mantiene igualmente intacta, como la mayor parte de los dientes, excepto los que fueron arrancados brutalmente por las manos de los fieles; con su aspecto proclaman la naturaleza, el tamaño y la edad de Simeón, el hombre de Dios. Junto a la cabeza está también la argolla de hierro con la que el celeberrimo cuerpo luchó hasta el final y fue partícipe de los dones divinos¹⁵. Y es que este hierro que tanto amaba a Simeón no lo abandonó ni siquiera después de muerto.

Y así me habría extendido yo sobre cada particular para edificarme a mí mismo y a los lectores con este relato, si Theodoreto, como ya he dicho antes, no hubiera expuesto ya todo esto con mayor amplitud¹⁶.

14. Pero ahora dejadme añadir a mi historia otro milagro del que he sido testigo. Tenía yo verdaderos deseos de ver el recinto sagrado de este santo en concreto. Dista unos trescientos estadios de Teópolis y se encuentra en la misma cima de la montaña¹⁷. Las gentes del lugar lo llaman «cercado», ya que el santísimo Simeón, creo yo, dejó este nombre al lugar de su ascesis¹⁸. La pendiente de la montaña tiene una longitud de veinte estadios. El edificio de la iglesia está construido en for-

ma de cruz y en los cuatro brazos está adornado con pórticos. A lo largo de los pórticos están alineadas unas columnas de piedra pulida hechas con gran refinamiento, que sostienen el techo a una altura muy considerable. En el centro hay un patio a cielo abierto labrado con el arte más sublime. Aquí se levanta la columna de cuarenta codos¹⁹ en la que el ángel encarnado sobre la tierra pasó su vida celestial. Junto al techo de los mencionados pórticos hay unas aberturas —«ventanas», las llaman algunos— que dan al patio a cielo abierto antes mencionado y a los pórticos²⁰.

Pues bien, en la parte que está a la izquierda de la columna²¹, precisamente en la abertura, yo vi, con toda la muchedumbre que se había reunido allí y mientras los campesinos daban vueltas en torno a la columna²², una enorme estrella fugaz que resplandecía por todo lo largo y ancho de la abertura; y no una vez, ni dos, ni tres, sino muchas veces, pues se apagaba a menudo y de nuevo volvía a aparecer de manera repentina. Esto es algo que ocurre solo en las conmemoraciones del santo. Hay quienes dicen —y tanto por la credibilidad de los informadores como por otras cosas que hemos presenciado, no hay motivo para no dar crédito al milagro— que incluso han visto la propia cara del santo volando en círculo de aquí para allá, con la barba colgando y la cabeza cubierta con una capucha, según su costumbre.

Una vez llegados a este lugar, los hombres pueden entrar sin restricción y dan la vuelta muchas veces a la columna con sus bestias de carga. Pero por alguna razón que no puedo decir, se vigila con el mayor rigor que ninguna mujer visite el interior del santuario²³. Ellas se quedan afuera, junto a la entrada, admirando el milagro. Y es que una de las puertas está situada enfrente de la estrella resplandeciente²⁴.

NOTAS

¹ Dos codos son 0,88 m. Muy probablemente, Evagrio confunde la circunferencia (*perimetron*) con el diámetro. Un diámetro de 0,88 m cuadra con los diámetros de varias columnas de estilitas encontradas en el norte de Siria y, sobre todo, con el diámetro de los fragmentos de la columna de Simeón hallados en 1938 por D. Krencker (Schachner, 2010, 351).

² Tanto aquí como en la frase siguiente traduzco mediante una perífrasis el término técnico *stasis* (cf. pp. 11-12, 31).

³ Domno fue obispo de Antioquía del 441 al 449.

⁴ La *Vsir* (cap. 54) menciona solo que Domno dio la comunión a Simeón. La versión de Evagrio, según la cual Simeón actuó en reciprocidad, presupone que este ya había sido ordenado sacerdote, algo que las diferentes *Vidas* del estilita no confirman. Solo la *Vida de Simeón Estilita el Joven*, 132-135, relata con detalle cómo Simeón el Anciano recibió la ordenación. Sobre la de Daniel Estilita, cf. *VDan* 43.

⁵ Los autores de la *Vgr* y la *Vsir* reivindican su condición de testigos oculares, aunque, como hemos visto (p. 13), dicha reivindicación es discutible en el caso de Antonio. En cuanto al relato de Teodoreto, cf. *Hist.* 26.

⁶ La innovación ascética de Simeón era causa de controversia entre los monjes del desierto de todo el Oriente cristiano, desde Egipto a Mesopotamia (cf. pp. 32-33). Los «Padres elegidos» son Basilio de Cesarea, Gregorio de Nazianzo y Gregorio de Nisa.

⁷ La *VDan* 27-28, tiene una escena parecida, en la que el estilita finge someterse al poderoso terrateniente Gelanio y baja los primeros peldaños de su escalera. Por otra parte, el emisario exhorta a Simeón de forma muy parecida a como el propio Simeón lo hace con Daniel Estilita: (*VDan* 8 y 21). «Tu capacidad de mantenerse siempre de pie» es una perífrasis para traducir *stasis*.

⁸ El 8 de junio de 423, el emperador Teodosio II entregó al prefecto del pretorio Asclepiódoto, tío de la emperatriz Eudocia, un decreto que protegía a los paganos y a los judíos respetuosos con la ley, así como sus propiedades (*Cod. Theod.* XVI, 8.27; 10, 23-24). La airada reacción de Simeón está testimoniada también en la *Vsir* 122-123 y, de forma alusiva, en Teodoreto, *Hist.* 26-27.

⁹ Sobre el término *mandra*, que traducimos por «cercado», cf. pp. 30-31. Los datos sobre las columnas son los que se encuentran en la *Vsir* 110.

¹⁰ León I fue emperador del 457 al 474. Martirio estuvo al frente del patriarcado de Antioquía del 459 al 470. Sobre Ardabur, *magister militum per Orientem* de 453 a 466, cf. *Vgr* 27, 29, 32 y *Vsir* 125.

¹¹ Simeón murió el 2 de septiembre del 459. El temor a que el cadáver de Simeón fuera arrebatado por las aldeas vecinas está expresado tanto en la *Vsir* (118) como en la *Vgr* (29). Según el historiador del siglo VI Malalas, la población de Antioquía pidió el cuerpo como talismán y las autoridades hicieron preparativos para transportarlo de Qal'at Sem'an a esta ciudad con una escolta de tropas godas (*Chronographia*, 369,10-16). El cuerpo fue bajado de la columna el 21 de septiembre y transportado a pie hasta la aldea de Shih, donde fue instalado sobre un carro; llegó a Antioquía el 25 de septiembre. Sin causa aparente, la procesión se detuvo en la aldea de Mérope/Marwa, escenario de la curación milagrosa de un sordomudo (cf. *Vsir* 125-127 y *Vgr* 31). Sobre la deposición de los restos de Simeón, cf. *Vgr* 32.

¹² En griego, *orgé*, «ira», término bíblico usado comúnmente para designar desastres naturales, que eran considerados castigos de Dios. En este caso, se trata de un terremoto, quizá el del 14 de septiembre del 457 o el del 19 de junio de 459, o quizá ambos.

¹³ El mismo intercambio de mensajes en *Vsir* 128. También el testimonio de Malalas implica que el cuerpo se quedó en Antioquía (*Chronographia*, 369, 10-16); cf. además *Vgr* 32.

¹⁴ Gregorio fue patriarca de Alejandría del 570 al 593; su patriarcado coincidió con veinte años de guerra entre bizantinos y persas. Filípico desempeñó el cargo de *magister militum per Orientem* durante los años 584-587 y 588-589.

¹⁵ Posiblemente, se trata de la argolla con la que se encadenó sucesivamente a una roca y a la columna (cf. *Vsir* 93).

¹⁶ A pesar de su mención a Teodoreto, el relato de Evagrio presenta más coincidencias con la *Vida* siriaca. Pero no sabemos si el historiador la leyó en su lengua original o en una hipotética traducción griega.

¹⁷ El «recinto sagrado» es la gran iglesia cruciforme de San Simeón; 300 estadios son 60 km; Teópolis es Antioquía. Más adelante, Evagrio calcula una distancia de 20 estadios (4 km) entre Telanisos y la columna; parece excesiva, pero quizás la subida se efectuaba siguiendo un circuito ceremonial ya establecido.

¹⁸ Sigo a Festugière en la corrección y traducción del texto griego. No es «la ascesis de Simeón» la que «dejó este nombre [*mandra* o 'cercado'] al lugar», sino el propio Simeón el que «dejó este nombre al lugar de su ascesis» (cf. *Byzantion* 45, 1975, p. 221, n. 57).

¹⁹ Casi 18 m, si calculamos con una equivalencia de 44 cm para el codo.

²⁰ Evagrio se refiere, probablemente, a una serie de aberturas de cierto tamaño localizadas en la fachada de cada basílica, por encima del arco que unía cada basílica con el octógono (cf. M. Whitby, *The Ecclesiastical History of Evagrius*, 2000, p. 40, n. 141). Como ya se ha indicado, Evagrio llama a las basílicas «pórticos»

²¹ Todo parece indicar que el autor se imagina a sí mismo de cara a la basílica oriental, la principal de las cuatro. El milagro que va a describir a continuación ocurriría, por tanto, junto a la entrada de la basílica septentrional.

²² Evagrio usa el verbo *choreítō*, que significa en general «bailar», pero también se aplica a cualquier movimiento circular. R. Doran interpreta este pasaje en el sentido de que los campesinos *bailaban* alrededor de la columna, como si se tratara de una danza ritual (R. Doran, «Introduction», en *The Lives of Simeon Stylites*, pp. 30-31).

²³ Esta prohibición había estado vigente en vida de Simeón, ya que las mujeres no podían entrar en el recinto donde se levantaba la columna. Cf. *Vgr* 14 (su propia madre), 23 (una pecadora) y 25 (una serpiente hembra), y Teodoreto de Ciro, *Hist.* 26, 21 (una reina árabe).

²⁴ La entrada principal al santuario cruciforme era a través de la basílica meridional, dotada de una fachada con tres puertas. Las mujeres, si se situaban en la puerta principal, podían ver la estrella a lo lejos, ya que esta puerta estaba en el mismo eje que la columna y la abertura situada sobre la entrada de la basílica septentrional.

ISBN 978-84-9879-529-5



9 788498 795295